

Hitzaurrea

Gipuzkoako Diputatu Nagusi naizen aldetik, lerro labur batzuk idaztea dut handizuren, XX. mendeak eman duen gipuzkoar seme handienetako historialari bikaina omentzeko Euskalerrriaren Adiskideen Elkartearen saio honetan.

Aita Jose Ignacio Telletxearen jaidura intelektuala prestutasunaren eta atergabeko emanaren eredu izan daiteke. Ez ahal naiz erratuko esaten badut Telletxea irrika batek hartua izan zela bizitza osoan: historiaren jakintzak, iraganaren xerkak. Telletxeagan jakintza ez zen etxe huts bat, baizik datuz ongi hornitutako eraikuntza bat, narrazio klasikoaren gaitasun bat, diskurtso literario maisuki emandako bat.

Artxibo ikertzailearen bide eta bidexka guztiak ibili zituen. Kazetaritza kronikan hasi, eta heriotzak eraman zuenean oraindik eskuartean zerabilen Bartolome de Carranza nafar artzapezpikuaren azterlan bikainean amaitu, Kontrarreformaren aroa nazioarteko jakintza maila gorenean ipintzeko erudiziozko ikerketa sakon eta xeheaz.

Gutzik ezagutuko zituzten, berak bezala, *Archivum Secretum Vaticanum* eta gisako artxibo katramilatsuak, baina Gipuzkoan zituen sustraiak, eta beraren historia izan zituen iker eta jakintzagai: iraganeko garai guztiez idatzi zuen Jose Ignacio Telletxeak, baina bere begietako kutunak XVI. eta XVIII. mendeak izan ziren. Donostiako historiari emana den Dr. Camino Institutuaren bitartekotzaz, gainera, historialari belaunaldi oparo baten maisugoa gauzatu zuen Telletxeak, bere aldizkariaren orrialdeak haiei zabaldua, eskuzabal bezain trebe.

Izan ere, historialari bikain bat izateaz gainera, aita Telletxea gizaki on bat izan zen. Eskuzabala, kartsua, berotasuna besteri kutsatu eta eginarazteko ahalmenduna, zuhurra, langile nekaezina; beti esku bete proiektu, gehienetan azken mugara heltzeko gaitasun apartekoaz.

Gipuzkoa zorretan da Jose Ignacio Telletxearekin; nahiago nuke Euskalerrriaren Adiskideen Elkarteko lagunek eskaini dioten azterketa bilduma hau aitortpen eta omenaldi zabalagoen atari balitz.

Markel Olano Arrese
Gipuzkoako Diputatu Nagusia

Introducción

Para mí es un honor, en mi calidad de Diputado General de Gipuzkoa, tener la oportunidad de escribir unas líneas en este homenaje que la RSBAP dedica al que ha sido, sin duda, uno de los más importantes historiadores de su generación y uno de los más ilustres guipuzcoanos del siglo XX.

La trayectoria intelectual del padre José Ignacio Tellechea es un claro ejemplo de honestidad y dedicación sin tregua. No creo confundirme al afirmar que Tellechea ha estado a lo largo de toda su vida habitado por una pasión: la del conocimiento histórico, la de la búsqueda del pasado. En su caso, este conocimiento está complementado por la brillante exposición de los datos, con una capacidad narrativa clásica acompañada de un discurso que sabía manejar con una brillantez literaria poco habitual.

Se dedicó con éxito a todos los registros de la actividad de investigador de archivo. Desde la crónica periodística, hasta la más exhaustiva y minuciosa erudición del más alto nivel internacional con su aportación al conocimiento de la época de la Contrarreforma a través de su magistral estudio del arzobispo navarro Bartolomé de Carranza, tema que todavía profundizaba, entre otros, cuando le sorprendió la muerte.

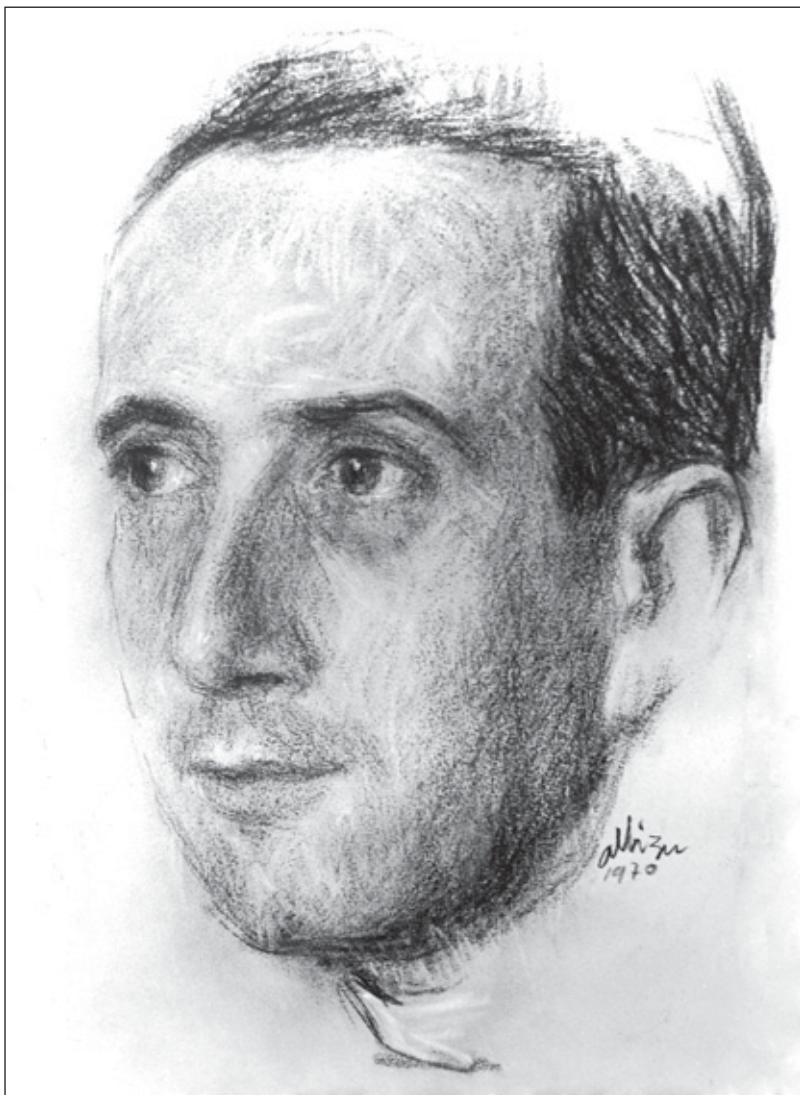
Conocedor como pocos de archivos complicados como el del Secreto Vaticano, pero enraizado en su Gipuzkoa natal, de cuya historia era profundo conocedor y entusiasta investigador, José Ignacio Tellechea escribió sobre todas las épocas del pasado, pero con una predilección especial por los siglos XVI y XVIII. A través del Instituto Dr. Camino de historia donostiarra, Tellechea ejerció, además, de maestro de una generación de historiadores a quienes prestó las páginas de la revista con generosidad y acierto.

Porque, además de un gran historiador, el padre Tellechea era sobre todo una buena persona. Generoso y entusiasta, de esos que contagian su entusiasmo y animan a hacer cosas, además de discreto e incansable; siempre lleno de proyectos y con una capacidad envidiable de coronar con éxito la mayor parte de ellos.

Gipuzkoa le debe mucho a José Ignacio Tellechea, y esta colección de estudios que le dedican sus Amigos de la RSBAP no debería de ser más que el inicio de otros reconocimientos y homenajes.

Markel Olano Arrese
Diputado General de Gipuzkoa

José Ignacio Tellechea Idígoras
In Memoriam



*HOMENAJE A TELLECHEA, EN LOYOLA,
18 DE NOVIEMBRE DE 2006¹*

Querido Ignacio,

A modo epistolar, ese género literario tan querido por ti, no en vano nos has ofrecido y nos vienes ofreciendo en tus investigaciones tantos textos epistolares, de sabios e intelectuales, siempre tan bien escogidos, con ese olfato tuyo de historiador egregio, ameno, riguroso, digo que siguiendo ese modelo epistolar me permito, en nombre de la Comisión de Gipuzkoa, y en el mío propio, ofrecerte unas palabras sentidas, de unos amigos que te quieren y admiran.

El de hoy es un homenaje especial, no al uso, ya sé que no eres amigo de homenajes, y es verdad, comparto contigo esa idea de que a veces los homenajes son presagio de finales, y no es el caso, somos dados a olvidar y a homenajear cada día a los que tanto hacen por nosotros, los más cercanos, creo más en los homenajes de cada día, ese día a día en el que debemos ser generosos y recordar a los que queremos. Por eso, la Bascongada, siempre te tiene presente, y si no manifiesta todo lo que debía, debes saber y lo sabemos, eres Ignacio de esos Amigos que concitan el respeto, la admiración de todos y todas, sin reservas, todos te admiran y te respetan, te quieren y estamos orgullosos de tenerte entre nosotros. Vendrán más reconocimientos, todos merecidos, pero yo espero y seguiré contando contigo en ese día de la Sociedad, el mejor homenaje, no el de un día, sino el de todos los días y en las obras.

Como médico que soy, y tú tienes muchos amigos médicos, quisiera comenzar recordando a Gregorio Marañón. Hemos hablado a veces de aquellos contactos tuyos con el Dr. Marañón, tu padrino en el campo del saber historiográfico y quien te puso en la pista de Carranza. Aquel Marañón con el que compartiste gratas conversaciones. Mesa en su casa. Aquel Marañón que debió

(1) Discurso leído en el Homenaje dispensado por la RSBAP a D. José Ignacio Tellechea en Loyola el 18-XI-2006.

descubrir en ti ese enorme talento. Aquel que te apoyó en la Real Academia de la Historia. Dejo aquí constancia de ese médico humanista sabio y tu nombre, unidos, releyendo el preciso prólogo que dedicó en esa obra “Así murió el Emperador”, Carlos V.

Y los médicos entraron en tu vida en un momento crítico y delicado, en tu hermoso libro “Tapices de la memoria” has relatado aquella decisiva vivencia vital, allí están los nombres de algunos galenos a quienes recuerdas con emoción y gratitud. Quiero citar al Dr. Pérez Cenzano, aquel cirujano que te operó in extremis, formado en los escenarios más duros de la cirugía, y a quien veo con alguna frecuencia y siempre que le veo me trae tu recuerdo. Superaste, casi milagrosamente, aquel trance, providencial, y los que bien te conocen afirman que hay un Tellechea antes y otro Tellechea después de aquella crisis seria de salud. Desde entonces, cuánta labor infatigable, cuántos libros, cuántas conferencias, cuánta vida. Otro médico y cirujano que te admira me suele contar que te vio en un programa de televisión y al ser preguntado por el entrevistador por el número de tus publicaciones le señalaste una distancia espacial. Desde la pared hasta un buen número de metros de distancia. Tu producción literaria ha sido ingente, valiosa y de referencia en tantos campos.

Tu feracidad de escritor, libros, en revistas, periódicos, incontable, recuerda en algo a tu tío José de Arteche, salvando las distancias, prolífico escritor y biógrafo.

Profesor Tellechea, docente en la Universidad Pontificia de Salamanca, yo te solía ver, no nos conocíamos entonces, mejor dicho yo te conocía, tu no a mi todavía, te solía ver desde mi ventana del Colegio Mayor Hernán Cortés, cuando tú te dirigías a tu Colegio un poco más adelante. Tu labor docente en Salamanca es bien conocida y admirada, tengo el testimonio de un buen amigo común, Luis Enrique Rodríguez San Pedro, con quien hemos hablado en ocasiones sobre ti, y me queda una idea clara, Tellechea ha sido siempre un hombre independiente, ha dicho lo que creía y pensaba en cada momento, con una honestidad intelectual proverbial, sin caer en paños calientes ni conveniencias, admirable independencia académica y personal, tan difícil de conseguir y mantener, siempre costosa y que al fin se paga. Recuerdo aquella sentencia de Fenelon que decía a su pupilo que en la vida es importante prepararse bien, tener capacidad, ser diligente, pero aún es más importante pertenecer a un grupo, “appartennir a un clic”. Creo que Ignacio nos has dado y nos das una lección de independencia e integridad.

De esa académica Salamanca, quisiera recordar a tantos, pero a uno en especial, Olegario González de Cardedal, y tantos más.

Tellechea sacerdote. Hombre de iglesia, profesor del Seminario, amigo y confidente de tantos ilustres hombres de la jerarquía eclesiástica, quizás con aquella especial relación que tuviste con el cardenal Roncalli, luego Papa Juan XXIII, con Monseñor José Sebastián Laboa, a los que recuerdas de modo emotivo en tantos libros tuyos, y especialmente el sentido prólogo de tu “Los sueños de Francisco Javier”, que se acaba de publicar en este año de Xabier. Y también quiero citar a D. Joaquín Goicoecheandía, con el que tuviste una relación especial de profundidad.

Tu labor pastoral, el bien espiritual que has podido hacer, sólo Dios lo conoce, pero además de tus consejos, de tu labor personal a tantas personas que se te han acercado, están tus libros que a miles de personas, en algún momento, les habrán tocado alguna fibra de su corazón. Ahí está tu archiconocido “Ignacio de Loyola solo y a pie”, traducido a tantas lenguas, también al euskera por el benemérito Pedro Berrondo, y tu reciente “Los sueños de Francisco Javier”, al que se refirió monseñor Uriarte, en una homilía suya en los jesuitas de San Sebastián. Y tantos más.

He dejado casi para el final tu vinculación a la Bascongada de los Amigos del País y la dirección de la Biblioteca Dr. Camino de Historia Donostiarra.

Los que aquí nos reunimos, Amigos de la Bascongada, en esencia, te admiramos como el gran historiador de la Sociedad. Gracias a ti comenzó la Bascongada a conocer con rigor su pasado, sus inicios, rescatando los epistolarios de los hombres de la Bascongada del siglo XVIII, iniciando los célebres seminarios de Historia de la RSBAP, abriendo los ojos y el horizonte de los lazos de la Bascongada y la Nueva España, México, aquellos 550 socios mexicanos y la RSBAP. Cuánto te admiran y te quieren en el Colegio de las Vizcaínas, Eneko Belaustegigoitia, José Mari Basagoiti, entre otros, ordenaste aquel Archivo. Y en la Iberoamericana, la magnífica y querida Cristina Torales, para ellos eres el padre Tellechea, el admirado historiador y sacerdote.

Fue decisiva tu labor para la impresión facsímil de los Extractos de la Bascongada, siendo director el Dr. Barriola. Y sucediste al buen amigo Julián Martínez en la dirección del Boletín de la RSBAP, que está en tus manos, tan brillante, y en las de Rosa Ayerbe. Ambos mantenéis ese Boletín que ha cumplido ya los 61 años de existencia ininterrumpida.

Tenemos la suerte de tenerte en la Junta Rectora de Gipuzkoa, pero sobre todo, tenemos tu disponibilidad y colaboración siempre entusiasta y sin remilgos. Pronto, el día 2, estaremos en el Palacio de Insausti y tu recibirás como nueva amiga a la historiadora Elena Alcorta.

La historia de San Sebastián está en los tomos que componen la colección Temas Donostiarra del I. Dr. Camino, cuántos historiadores, noveles e incipientes, luego tan reconocidos, se iniciaron por tu generosidad en las páginas de esos volúmenes, pues creo que has sido generoso ayudando a la publicación de tantos trabajos interesantes, huyendo de rigorismos y encorsetados moldes académicos, sin perder en esencia calidad suficiente de los que publicaban en esas páginas, algunos historiadores profesionales, otros eruditos y amateurs, pero cada uno aportando algo nuevo o de valor.

Querido Ignacio, tu palabra inspirada, elegante, acertada, tu tono y estilo que acompañan a la profundidad del mensaje, han hecho mucho bien a tantos. Dios te ha dado unos talentos que has puesto al servicio del lema ignaciano. A mayor gloria de Dios. Ignacio y Javier, uno gipuzkoano y otro navarro, como tus raíces, han sido y son dos de tus grandes valedores.

En esta Santa Casa, recordando a San Ignacio, hago tuyo el lema que orientó su vida y la de Xavier, y de alguna manera también la tuya “En todo amar y servir”.

Que Dios que nos ha dado a los aquí reunidos el privilegio de conocerte y tratarte, te siga conduciendo en tu vida, también en el último recodo de la misma, para que sea largo y fructífero, según su voluntad.

José María Urkia Etxabe
Presidente RSBAP. Gipuzkoa

CON RECONOCIMIENTO Y GRATITUD A JOSÉ IGNACIO TELLECHEA

A la hora del adiós a José Ignacio Tellechea Idígoras, unas líneas de reconocimiento y gratitud desde Azpeitia para él, por cuanto, desde su larga y fecunda labor de investigador y escritor, enalteció, como pocos, a diversas personas azpeitianas.

Conocida y pública era su relación con el escritor azpeitiano José de Arteche, a quien él, por razones de parentesco, llamaba “el tío Joxe”. De él recibió, como regalo, un ejemplar de la primera edición de su SAN IGNACIO DE LOYOLA (1941) y cabe admitir que la lectura de este libro y tantas otras conversaciones privadas entre los dos, en especial, la que mantuvieron horas antes del fallecimiento de José de Arteche sobre temas ignacianos, fueran el

germen de la posterior decisión de escribir, con tan singular dedicación y acierto por José Ignacio Tellechea, el libro: *IGNACIO DE LOYOLA, SOLO Y A PIE* (1986).

Desde su condición de familiar, querido y admirado en el hogar de los Arteche, tuvo la feliz idea de publicar, en forma de libro, aquellos setenta artículos que, a raíz de la muerte de nuestro escritor azpeitiano (23-9-1971), fueron publicados en diversos periódicos y revistas, como fiel reflejo del cariño y respeto que supo granjearse entre tantas gentes, y que su viuda, Maritxu, los guardaba recopilados con amoroso cariño en su carpeta. El libro titulado *CANTO A JOXE* (Grupo Dr. Camino de Historia Donostiarra - Kutxa, 1972) se presentó, con motivo de su primer aniversario de fallecimiento, prologado por José Ignacio Tellechea, reflejando en sus líneas el profundo y generalizado testimonio de reconocimiento a que se hizo acreedor el finado.

En esa línea relacionada con José de Arteche, creo, es oportuno recordar el precioso prólogo que también José Ignacio Tellechea hizo al libro del Dr. Antonio Villanueva Edo: *JOSE DE ARTECHE Y ARAMBURU – VIDA Y OBRA DE UN VASCO UNIVERSAL*, publicado por la Fundación Kutxa en el año 1996, coincidiendo con el 25.º aniversario de la muerte de Arteche. Mención especial se merece su valiosísima aportación al libro *JOSÉ DE ARTECHE, UN HOMBRE DE PAZ* (2006), publicado en dos tomos, gracias a la noble iniciativa de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, coordinado por José María Urkia, Presidente de la Comisión de Gipuzkoa, y presentado el 17 de junio de 2006 en el Salón de Plenos del Ayuntamiento de Azpeitia, donde José Ignacio Tellechea, además de hacer posible la terminación y publicación de la tercera edición del libro de Arteche, *SAN IGNACIO DE LOYOLA*, escribió dos entrañables epílogos destacando en uno, sus sentimientos ignacianos, y en el otro, su gran labor como bibliotecario de la Diputación Foral de Gipuzkoa.

D. José Ignacio Tellechea Idígoras vivió aquí, en Azpeitia, desde la cercanía que produce siempre una sintonía especial con los actos que se celebran, tanto el de la efemérides del día del primer centenario del nacimiento de José de Arteche, el domingo 12 de marzo de 2006, como el citado de la presentación del libro en su honor, *JOSÉ DE ARTECHE, UN HOMBRE DE PAZ*, el 17 de junio de 2006

Tuvimos el alto honor de compartir junto a él y ser testigos de excepción de dichos actos. El 12 de marzo, en la iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón, en la Avda. de Loyola, donde concelebró la Eucaristía a la memoria de José de Arteche, junto a D. Iñigo Mitxelena, sacerdote-responsable de la

citada iglesia, como cuando, tras la terminación de la misma, se tributó un homenaje público al finado escritor frente al monolito que el Ayuntamiento de Azpeitia tiene dedicado en su honor en el centro de la calle que lleva su nombre. D. José Ignacio Tellechea siguió con singular emoción todo su desarrollo: el Aurresku de la pareja de dantzaris del Grupo “Itsasi” de nuestra localidad. Las bellas melodías que el bertsolari José Lizaso dedicó a José de Arteche, como los poemas entrañables de nuestro Amigo de la RSBAP Imanol Elías, quien, con voz firme, afecto y cariño, fue narrando la singular y generosa trayectoria vital de Arteche, nuestro escritor y humanista. El propio Tellechea sería el encargado de entonar el rezo del “Gure Aita” por el alma de José de Arteche, antes de que, al ritmo de los txistularis, la numerosa concurrencia de público cantara un emocionado “Agur Jaunak”.

El 17 de junio, la presentación del libro JOSÉ DE ARTECHE, UN HOMBRE DE PAZ supuso para José Ignacio Tellechea una jornada emotiva y cargada de referencias artechianas. Siguió con singular atención, desde las primeras sillas colocadas en el Salón de Actos del Ayuntamiento de Azpeitia, las brillantes intervenciones que, tras las palabras de saludo y bienvenida del Alcalde de Azpeitia, D. Julián Eizmendi Zinkunegi, pronunciaron, tras un entrañable prólogo de presentación del acto y motivo del mismo que hizo D. José María Urkia Etxabe, Presidente de la RSBAP Gipuzkoa, Dña. María Teresa Echenique Elizondo, Amiga de Número de la RSBAP, D. Fernando Salazar Rodríguez de Mendarózqueta, Director de la RSBAP, D. Joxe Joan González de Txabarri Miranda, Diputado General de Gipuzkoa y Dña. Miren Azkarate Villar, Consejera de Cultura y Portavoz del Gobierno Vasco. Cita cultural que terminó cantándose por todos los asistentes, puestos en pie, el “Agur Jaunak” con los txistularis del “Grupo Izarraitz” de Azpeitia.

A la terminación de esta presentación del libro, D. José Ignacio Tellechea fue saludado con especial afecto, tanto por la familia Arteche, como por sus numerosas amistades que acudieron a la misma. Cuando salía de la Casa Consistorial se encontró con una grata sorpresa: se trataba del concierto de audición que el “Quinteto de Metales” de Azpeitia (2 trompetas, trompa, bombardino y tuba) estaba ofreciendo en los “arkupes” del Ayuntamiento, con obras de Bach, Puccini, Haendel, Thomas Arne, etc. Tellechea se sentó él sólo en la primera fila de los asistentes y siguió el concierto con verdadera atención. A su finalización, felicitó cariñosamente a los jóvenes músicos, en tanto exclamaba ¡Qué maravilla!

Al hacer memoria, con la relación del anterior párrafo a esta referencia musical y dada la singular atención con que estaba escuchando a los músicos,

no puedo dejar de recordar la exquisita sensibilidad musical que ya nos había mostrado él cuando, con motivo de la publicación del libro titulado *MÚSICA SEMBRADA*, sobre el *ORFEÓN DONOSTIARRA - BERE KONDAIRA* (1897-1978), escrito por D. Miguel Pelay Orozco y publicado por Kutxa en 1980, donde D. José Ignacio Tellechea nos obsequió con un soberbio prólogo al libro, auténtica expresión de su refinado gusto musical y profundo conocimiento de los ambientes corales, tanto de los populares como de los grandes orfeones y, en especial, de su Orfeón Donostiarra.

Tampoco puedo olvidar, al mencionar su valiosísima aportación al citado libro, las palabras de afecto, a la vez que sinceras y profundas, que nuestro común y buen Amigo D. Juan Antonio Garmendia Elósegui, le había dedicado en momentos difíciles de aquella enfermedad que, el año 1980, tuvo a Tellechea al borde de la muerte y que, bajo el título de “Carta a Ignacio Tellechea”, se publicarían en la obra *HOMENAJE A J. IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS*. Dicho trabajo se publicó en el *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*, tomos I y II (año 1982-1983), por el Grupo Dr. Camino de Historia Donostiarra (*RSBAP*) - Obra cultural de Kutxa. En las palabras referidas a la sintonía musical que observaba en su íntimo amigo personal, le expresaba:

Amabas la música, la poesía, la vida, el arte, la naturaleza, la gente.

Te extasiabas igual ante las sintonías de Mozart que ante las melodías de los pájaros de Aurtiz y de Lasaga.

Sin duda alguna, en la rica sensibilidad musical de D. José Ignacio Tellechea tenía significativa influencia la formación, también en el arte del pentagrama, que recibió en el Seminario de Vitoria.

El propio Tellechea, en un bellissimo apartado de su libro *TAPICES DE LA MEMORIA* (Kutxa 1991), titulado *Esplendor musical*, evocaba con su proverbial memoria las raíces y ambiente en que la música fue tomando parte de su formación y de la identificación y sintonía, cada vez más gustosa en su disfrute. Creo que resulta –a mi juicio– suficiente, la transcripción de dos párrafos del citado apartado para percatarse de la hondura y enriquecimiento de cuanto supuso para él la música:

Y no estará de más desvelar que en aquellos años vivió el Seminario de Vitoria un esplendor musical que difícilmente tendrá parigual en toda la historia de la Iglesia en el conjunto de sus detalles: Los cinco primeros cursos se estudiaba solfeo, los tres siguientes Canto Gregoriano, y los cuatro últimos historia de la música y canto pastoral. Todos los días dedicábamos media hora de clase a la formación musical.

¡Cuánto y dónde se dio tanto en tan poco tiempo! Nos criaron en auténtico lujo musical, llegamos a saborear la música, conocimos el vértigo del oyente y del intérprete, nos habituamos a Orlando de Lasso, Guerrero y Soto de Langa, como a Wagner o Debussy. ¡Cómo vamos a aceptar el arrumbamiento de todo aquello, el avasallamiento de la riada posconciliar, el imperio de los rascaguitarras, de lo fácil y chabacano, de la indisciplina, las improvisaciones de vida breve, cuando el arte es exigente y arduo, ars longa!

Entre las referencias a personas azpeitianas en los escritos de José Ignacio Tellechea, además de las referidas a San Ignacio y José de Arteche, es menester recordar, siquiera en una descripción muy sintetizada, algunas más.

En su libro *PAPELES VIEJOS* (publicado por la Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, S.A. en 1968), con dedicación expresa *A mi querida y entrañable Guipúzcoa, que me vio nacer hace cuarenta años*, nos ofrece Tellechea dos artículos con referencias azpeitianas: el uno, referido al convento de Santo Domingo de Azpeitia (1590-1), y el otro, a la relación de Juan de Rivera e Ignacio de Loyola. Elogio de la Compañía de Jesús (1607).

En el artículo *EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO DE AZPEITIA* (1590-1), recordándonos que este convento, según datos recogidos del historiador dominico, fray Juan López, obispo de Monópolis, que habla de él en su *Quarta parte de la Historia general de Santo Domingo y su Orden de Predicadores (Valladolid, 1615)* 692-3, Tellechea nos informa que el convento estuvo instalado en el que fue de agustinos con el título de San Nicolás de Tolentino, fundado por Pedro de Arriaga, azpeitiano, vecino y residente en Sevilla. Que, tras renuncia hecha por los agustinos y pleito dirimido en la Real Chancillería de Valladolid, don Juan de Arriaga y su mujer doña Magdalena de Arriarán obtenían licencia para fundar un nuevo convento. El licenciado Labayen, canónigo y enfermero de la catedral de Pamplona, fue el comisionado por el obispo para ser juez ejecutor, que desposesionase oficialmente a los agustinos y diese posesión a los dominicos. El acto tenía lugar el día 24 de enero de 1591, poniéndose el convento bajo la advocación de Santo Domingo.

He de señalar por mi parte que, sobre la historia del convento de Santo Domingo de Azpeitia, tanto nuestro historiador y escritor azpeitiarra, Amigo de la RSBAP, D. Imanol Elías Odriozola, en su libro *AZPEITIA HISTORIAN ZEHAR...* (editado por el Ayuntamiento de Azpeitia en 1997), como por el Dr. D. Ignacio Arteche Elejalde, *HISTORIAS DE AZPEITIA* (editado igualmente por el Ayuntamiento de Azpeitia en 1998), dejaron constancia amplia y detallada del convento de Santo Domingo y su relación inicial con el de San Agustín.

En su interés por dar a conocer la figura de MARTIN DE ZURBANO, “alias de Azpeitia”, Obispo de Tuy, Presidente de la Santa Inquisición y Maestro de Teología, aportó nuevos datos (DV 3-6-1986) a la publicación que, sobre este azpeitiano, había escrito la Madre Asunción Arrázola, el año 1982, en una de las publicaciones de Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos.

Si destacó la talla europea del músico polifonista azpeitiano Juan de Anchieta, es de justicia recordar y agradecer a José Ignacio Tellechea la valiosa gestión que, nacida de su fina sensibilidad y aprecio por el arte, tuvo para con el gran artista azpeitiano –el escultor Juan de Anchieta– y que realizó ante la Diputación Foral de Gipuzkoa en 1988, con motivo del cuarto centenario de la muerte del citado escultor, logrando que, dos años más tarde, en 1990, la citada Institución reeditara, en esta ocasión con prólogo de D. Juan San Martín, el libro que, en 1943, el catedrático de Historia del Arte Medieval D. José Camón Aznar escribió sobre nuestro artista, respetando el texto íntegro del mismo.

Su presencia y participación entre otros diversos acontecimientos culturales en Loyola-Azpeitia, como el del acto de homenaje al P. Cardaveraz, fundador de la Casa de Ejercicios de Loyola, con motivo del segundo centenario de su muerte, celebrado el 20 de junio de 1971, disertando una interesantísima conferencia sobre Cardaveraz, Larramendi y Mendiburu. Resulta grato recordar y resaltar en este sentido que, años más tarde, el conocido y apreciado jesuita azpeitiano P. Patxi Altuna (Azpeitia, 1927-2006), destacado filólogo y académico de número de Euskaltzaindia, nos fue ofreciendo, entre sus muchas e importantes aportaciones culturales, interesantes trabajos sobre los citados jesuitas.

El 28 de julio de 1984 D. José Ignacio Tellechea tomaba parte en el entrañable acto de homenaje organizado en el salón de actos de la Casa Torre de Empanan de Azpeitia (Obra Socio-Cultural de Kutxa) al ilustre azpeitiano D. Ignacio Pérez-Arregui, con motivo de su primer centenario de nacimiento.

En el artículo que, con el título *Del ombú al nogal* (Homenaje al bertsolari Pedro María Otaño, de Zizurkil) y recordando el viaje que el propio José Ignacio Tellechea hizo a Argentina, publicó en el periódico “El Diario Vasco”, con fecha 14 de mayo de 1985, tras una amplia referencia de las actividades del citado bertsolari en tierras argentinas, hacía, al final del artículo, una delicada referencia al libreto de la ópera “Artzai-mutilla”. Ópera bascongada en 3 actos, con letra de Pedro M. Otaño y música del azpeitiano D. Félix Ortiz y San Pelayo, estrenada con gran éxito en el Teatro Victoria de Buenos Aires, con fecha 18 de febrero de 1900.

La evocación afectuosa de la figura de quien fuera gran investigador e historiador, también azpeitiano, D. Carmelo de Echegaray, Cronista de las Provincias Bascongadas, la hizo publicando en 1987 el libro titulado *CARMELO DE ECHEGARAY. CARTAS A D. SERAPIO MÚGICA (1899-1925)* (Grupo Dr. Camino de Historia Donostiarra, 1987).

Plasmo el recuerdo de amigo leal en su libro *TAPICES DE LA MEMORIA* (Kutxa, 1991), para su compañero de estudios en el Seminario de Vitoria, el nuarbetarra Ascensio Gurruchaga, a quien califica de mago de las teclas.

El año 1991, con motivo del V Centenario del nacimiento de San Ignacio de Loyola, las aportaciones de D. José Ignacio Tellechea Idígoras sobre la figura y obra de nuestro santo universal destacaron por la profundidad de sus planteamientos, su admiración sincera del hombre converso y su trayectoria posterior, en el día a día, puesta en total disposición de seguimiento a Dios desde el contacto permanente a las personas y a la sociedad en que vivió.

De ello tenemos constancia por la publicación posterior de sus conferencias y escritos. De entre las más destacadas de esa efemérides ignaciana, señalemos:

Sus cuatro lecciones sobre San Ignacio de Loyola, impartidas en la Fundación Juan March de Madrid. La primera de ellas con el título de *LA GENUINA IMAGEN DE SAN IGNACIO DE LOYOLA*, publicada después en la revista *RAZON Y FE* (tomo 224, septiembre/octubre 1991)

También tomó parte en el Congreso Internacional de Historia sobre *IGNACIO DE LOYOLA EN LA GRAN CRISIS DEL SIGLO XVI*, celebrado en Madrid del 19 al 21 de noviembre de 1991, organizado por la Universidad Complutense. En el mismo intervinieron 35 expertos en la obra ignaciana provenientes de seis países. La ponencia de Tellechea se desarrolló bajo el título de *IGNACIO DE LOYOLA, EL REFORMADOR*. Fue publicada la misma dentro de la Colección Manresa n.º 11 (Mensajero - Sal Terrae).

Su participación con un prólogo precioso a la reedición del libro *SER Y SABER MODERNOS – EL CONDE DE PEÑAFLORENDA Y LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS (1729-1785)*, Estudio Histórico/Social y Filosófico del jesuita azpeitiano P. Joaquín Iriarte, S.J. con epílogo del P. Gabriel Inchaurreandieta, S.J., publicado por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País dentro de la colección “Ilustración Vasca” (tomo IV - Donostia 1991), editado con el patrocinio del Departamento de Cultura de la Diputación Foral de Gipuzkoa, presentado el 29 de diciembre de 1991 en el Salón del Trono de la Diputación

Foral de Gipuzkoa, y al día siguiente, en la Sala de Recepciones del Santuario de Loyola. Con ocasión de estas presentaciones del citado libro D. José Ignacio Tellechea en su intervención manifestó:

El libro supone un homenaje a su autor, a los jesuitas y al propio Conde de Peñaforida, pero sobre todo, ha sido una adhesión de la Sociedad Bascongada a la conmemoración del V Centenario del nacimiento de San Ignacio de Loyola.

Debo a D. Juan Antonio Garmendia Elósegui, mi siempre fiel amigo, miembro que fue de la Comisión LOIOLA 91, la referencia inicial de estas importantes aportaciones que D. José Ignacio Tellechea realizó con motivo del V Centenario del nacimiento de San Ignacio de Loyola y que, ahora, con ocasión de la preparación de mi modesta aportación, con este artículo, al libro-homenaje en honor del finado escritor e investigador, he tenido la oportunidad de conocerlas en el Archivo de Loyola, gracias a la amabilidad del P. Félix Zabala, S.J. y sus atentas y eficaces colaboradoras Olatz Berasategui y Merche Martín –Biblioteca de Loyola–, donde, entre sus miles de obras, se encuentran la mayoría de los libros y gran parte de los artículos publicados en revistas por Tellechea.

D. José Ignacio Tellechea pudo comprobar personalmente, en la jornada de homenaje que se le tributó en Loyola, el 18 de noviembre de 2006, el interés y cariño con el que el Archivo de Loyola se honra de disponer y ofrecer su inmensa e importante aportación a la cultura para conocimiento de todos.

Cuanto nos reunimos en esa fecha en el entorno de la singular y hermosa mesa de la Sala-Recibidor del Santuario de Loyola, convertida, con motivo del acto académico que se celebró en su honor, en oportuna y acertada exposición con cerca de un centenar de libros escritos por el propio D. José Ignacio Tellechea, fuimos testigos gozosos y admirados de su fecunda labor de investigador e historiador, siempre puesta al servicio de la cultura, al mejor conocimiento de la historia de tantas y tan diversas personas, entre las que Ignacio de Loyola ocupa un importante lugar.

En su libro ESTUVO ENTRE NOSOTROS - MIS RECUERDOS DE JUAN XXIII EN ESPAÑA (editado por la Biblioteca de Autores Cristianos - año 2000), detallando el viaje que, junto con su compañero e íntimo amigo el sacerdote D. José Sebastián Laboa, realizó el año 1954 a diversos lugares de España, acompañando al entonces Arzobispo de Venecia, Cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, nos recordaría Tellechea su visita a Azpeitia-Loyola el 17 de julio de 1954.

Sábado 17 Julio

Noche descansadísima. Visita a Azpeitia y Loyola. Siempre se viaja mejor después de un descanso gratificante.

Parada en Azpeitia, en la magnífica parroquia en la que fue bautizado San Ignacio de Loyola.

La llegada fue inesperada. Avisados don Lorenzo Zubeldia y don Nicolás Apaolaza, que aún estaban en la sacristía tras un funeral, junto con el sacristán y un muchacho hijo de éste, lo recibieron y acompañaron. Félix Epelde, que así se llamaba el sacristán y su hijo Paco, aún muchacho, encendieron las luces de la iglesia. Roncalli oró arrodillado ante el Santísimo y luego tuvo ocasión de saber que el buen sacristán tenía dos hijos carmelitas y otros dos sacerdotes diocesanos. Luego se acercó a la pila bautismal en la que fue bautizado San Ignacio y se recogió profundamente ante ella con las manos juntas.

Paco, aquel niño convertido hoy en hombre de cerca de sesenta años, recuerda la estampa del cardenal como si la volviera a ver: “Nunca he visto a un hombre recogido y orante ante el baptisterio como Roncalli. Me quedó grabada su impresionante imagen”, me dice casi cincuenta años más tarde.

También recuerda que los muchachos que jugaban cerca del pórtico de la parroquia se agolparon en torno al cardenal cuando salía para besarle el anillo. A lo largo de aquel viaje se repetiría muchas veces esta escena, que llamaba la atención del cardenal. Una mujer que contempló todo desde los pisos altos de la famosa casa mudéjar de Anchieta, frente a la parroquia, bajó con un bebé en brazos. Ella le besó el anillo, pero al bebé Roncalli le dio a besar la cruz pectoral. La mujer se llamaba Felisa. Aquel bebé tiene hoy cincuenta años y presume de aquel inesperado privilegio.

A poco más de un kilómetro está Loyola, y en ella, la casa natal del gran santo que universalizó su apellido. Su visita causó gran impresión al cardenal. Entonces la casa estaba convertida en capillas, sobrecargadas de obras de arte de todo tipo. Altares, candelabros, reliquias, relieves, cuadros. Con motivo del año ignaciano (1991) recuperó su antiguo sabor de mansión de la familia Loyola, y ahora nos acerca más al ambiente que conoció Iñigo, el menor de los trece hermanos. Seguramente que la actual Santa Casa le hubiera gustado más a aquel visitante ilustre.

Sin duda que le impresionó más la imponente basílica, con su airosa cúpula y el complejo arquitectónico dentro del cual está engarzada, como una joya, la Casa Torre de los Loyola. Es una fastuosa obra, diseñada por Fontana, arquitecto italiano, concluida en pleno siglo XVIII, de la que apenas pudieron disfrutar los jesuitas, expulsados en 1767. Justamente en una

de las alas se albergaba entonces el noviciado y, posiblemente, el filosofado jesuitico con espléndida biblioteca, uno y otro entonces pobladísimos. Roncalli tuvo ocasión de saludar a la ferviente muchachada. Dice que se entretuvo hablándoles de los jesuitas de Bérghamo.

Cabe señalar, finalmente, que D. José Ignacio Tellechea, como una muestra más de sus constantes investigaciones y estudios de la vida de Iñigo de Loyola –el azpeitiano más universal–, nos aporta su obra *LOS SUEÑOS DE FRANCISCO DE JAVIER* (Ediciones Sígueme - Salamanca 2006): quizás constituya uno de sus últimos libros publicados, en el capítulo *Todo empezó en un cuarto de París*. Es una bella y muy sugestiva narración sobre Iñigo y Francisco, dos de las mayores figuras de la historia de la Iglesia.

José Ignacio Tellechea Idígoras, siempre cercano a Loyola-Azpeitia, a los jesuitas, como colaborador de prensa también nos dejó entrañables artículos, principalmente desde las columnas del periódico “El Diario Vasco”. Ahora, al volver a releer, nos resultan todavía más afectuosas: “*Un Papa en Loyola*” (DV 30-10-1982) - “*Los años juveniles de Iñigo de Loyola*” (DV 25-2-1982) - “*San Ignacio y la pescadora de Zumaya*” (DV 1-2-1984) - “*San Ignacio en la literatura*” (DV 5-2-1984) - “*Memoria de San Ignacio de Loyola en Azpeitia*” (DV 31-7-1985) - “*San Ignacio de Loyola solo y a pie*” (DV 10-6-1986), etc

En la grata rememoración de estas y otras referencias compartidas en reuniones de la Bascongada en su sede de Donostia, en el Palacio de Insausti de Azkoitia, etc. y la mencionada e inolvidable cita de la jornada-homenaje que se le tributó en Loyola-Azpeitia, el 18 de noviembre de 2006, por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, evento organizado por D. Juan Ignacio de Uría, en colaboración con el Museo Zuloaga, de Zumaia, nos asocian en el recuerdo y gratitud que sentimos hacia D. José Ignacio Tellechea Idígoras.

Goian bego.

José Ignacio Alberdi Egaña
Investigador. Presidente de Honor de
la Musika Eskola “Juan de Antxieta”

*ANÉCDOTAS Y RECUERDOS EN LA VIDA DE
JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS*

Cuando en la Comisión de Gipuzkoa de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, decidimos dedicar el Boletín 2008/2 como libro-homenaje a nuestro querido amigo José Ignacio Tellechea Idígoras, fallecido el pasado 8 de marzo de 2008, no dudé en participar de una manera personal en dicho libro, ya que tuve la oportunidad no sólo de conocerle, sino de entablar una buena amistad con él, en la que aprendí mucho de un hombre tan completo, con una calidad humana excepcional y un investigador nato, que se pasó prácticamente toda su vida entre bibliotecas y archivos.

Cuando estaba pensando sobre qué tema escribir, llegó a mis manos a través de su hermana M^a Ángeles, unos apuntes escritos por Tellechea de su puño y letra el año pasado 2007, mientras estaba enfermo. Como tenía una letra difícil de entender, me pidieron que los transcribiera, y en ese momento, pensé que el boletín-homenaje era una buena ocasión para que dichos apuntes salieran a la luz, así que gracias a M^a Ángeles que encontró dichos documentos, los he transcrito y de esta manera podrán ser disfrutados por todo aquel que quiera leerlos.

Los apuntes son variados, comienzan con recuerdos de su infancia, cuando estaba en Ituren estudiando y tiene palabras de respeto y admiración, por los que fueron sus maestros, Doña Teresa, D. Paco Tena y D. Bernardo Domenzain. De este último recuerda una colección de distintas figuras geométricas en fina madera muy pulimentada. Gracias a ella, aprendieron lo que eran los paralelogramos, las pirámides o el cono truncado.

Son interesantes también las notas referentes a la amistad que tuvo tanto con el Dr. Marañón, como con D. Menéndez Pidal. José Ignacio Tellechea presentó en la Academia de la Historia, con tan sólo 29 años, un trabajo sobre la muerte de Carlos V y el Dr. Marañón hizo las palabras de bienvenida. La conferencia tuvo un gran éxito, a pesar del espanto que le producía a José Ignacio tener que hablar delante de personas tan brillantes.

Una de las anécdotas que me gustaría destacar, por su simpatía es la de la relación que tenía nuestro querido José Ignacio con el Papa Juan XXIII. Lo conoció en Venecia, antes de que fuera elegido Papa, y después de que José Ignacio se pasara toda la semana en Venecia montando una réplica de la Virgen de Covadonga, regalo para el Cardenal Roncalli, el último día, dicho

cardenal le pidió que fuera a dar una vuelta por Venecia, ya que era una ciudad que había que conocer. José Ignacio salió de paseo con la idea de empaparse de la belleza de Venecia, pero en cuanto atravesó la plaza de San Marcos, se encontró de frente con la biblioteca Marciana, y con lo que le gustaban los papeles a José Ignacio, no se lo pensó dos veces y entró para curiosarse e investigar. Se pasó toda la mañana en dicha biblioteca y cuando volvió a comer y el Cardenal le preguntó que era lo que había visto, José Ignacio tuvo que confesar que se había pasado toda la mañana en la biblioteca. Esta anécdota quedó grabada en la mente del Cardenal, ya que cuando llamaba y preguntaba por José Ignacio, si no estaba, su comentario era, seguro que está en alguna biblioteca investigando.

Esta anécdota nos recuerda el amor y la devoción que tenía nuestro querido José Ignacio Tellechea por los libros y la investigación. Gracias a él, tenemos una riqueza documental excepcional y a pesar de que ya no está con nosotros, estoy segura que desde dónde se encuentre, nos va a seguir echando una mano, para que la investigación siga su curso.

Por último, quería agradecer a la familia de Tellechea, las facilidades que nos han demostrado a la hora de publicar este boletín-homenaje, que sinceramente creo es el mejor homenaje que le se puede realizar a un hombre tan amante de los libros y de los archivos. Goian Bego José Ignacio!

Bei-zai

Esta expresión me lleva a la infancia, a los 7, 8 años en Ituren, cuando en las tardes de verano pasábamos las horas cuidando las vacas mientras pastaban. De qué hablábamos, a qué jugábamos en tantas horas apacibles, en aquellos atardeceres veraniegos. Éramos Javier de Echeverría, Jorgito y José Luis, ambos de Alchumas, la casa vecina de enfrente.

Eran algo menores que yo, muy poco. A veces en verano les daba clases con toda formalidad en el desván de Luisenea. Yo hacía de maestro. No recuerdo lo que les enseñaba, si que interrumpía la escuela con la palabra mágica “Recreo”, y entonces bajábamos al portal a jugar a la pelota en un pequeño rincón.

Bei-zai, cuidar las vacas. Es una expresión frecuente en la escuela. Cuando un niño fallaba o llegaba tarde, el maestro indefectiblemente le preguntaba donde había estado y el contestaba “cuidando las vacas”. Cuidarlas era mirarlas mientras pastaban para que no salieran de sus linderos, cosa que nunca hacían. Además el cuidado de las vacas requería otra cosa cuando esta-

ban trabajando, esto es formando juntas. El niño iba por delante haciendo el camino. Por cierto, el dar la vuelta total para volver sobre sus pasos al grito era “itzuli”, dar la vuelta completa, nada que ver con la “vuelta” al País Vasco.

Ilunabarra era la hora de la retirada, del ganado a su cuadra, tras beber en el pilón y otro lugar y dejar el camino de vuelta bien provisto de sus abundantes residuos diarios fuertemente olorosos. Retirado y recogido lo del ganado, venía la operación del ordeño que lo hacían los mayores.

Acaso entonces llegaba la hora de un juego sencillo infantil. En castellano es alzamiento de bubbles. En euskara se decía el pote pullas. Mientras todos los demás niños se escondían en la cuadra, generalmente bajo la hierba cortada, había uno que con los ojos tapados cantaban algo que igualmente cantó mi padre de niño.

Kiliketan, kaleketan, irumeko portaletan bici zarete.

Bai edo ez, era la contestación de los que se escondían, denunciando ingenuamente con su voz el lugar donde se escondían. El último descubierto era el que se sucedía en el juego de la búsqueda.

Esto y el columpio familiar eran los juegos preferidos. El columpio era un palo colgado en una larga sogas que estaba enganchada en un hueco del techo.

Tendría que añadir a este relato de verano, dos pequeños detalles relacionados con ovejas.

Una vez, a uno que no recuerdo se le extravió una oveja en la cuesta de Buztin Iturri hacia Ameztiá. Se nos hizo casi de noche y nos costó descubrirla, creo que nos ayudó el sonido de las campanillas que llevaba. Nombres: *kalanka, txitintxa, pulumpa*, conocí el gozo de la oveja perdida y hallada.

El segundo episodio era una ovejita cuyo badajo del cencerro quedó atrapado por un arbusto duro, que no le dejaba moverse, si intentaba moverse, se atrapaba más. Costó mucho soltarlo, pero al final pudo retozar libre.

21/VIII/07

Doña Teresa 23/VIII/07

Anita Garralda, mi querida amiga de infancia de Ituren, tan familiar en mi casa como de Luisena, me da la noticia: hace unos días ha muerto Doña Teresa Eraso, un nombre mítico. Teresa Eraso, la jovencísima maestra de las

niñas de Ituren en un pequeño edificio anejo al ayuntamiento al que se subía por unas pequeñas escaleras exteriores.

Mi primer recuerdo es distante. Yo frecuentaba la escuela de los niños. Doña Teresa, así se llamará siempre, era muy seria, menudita, empuñaba con sus manos su bicicleta. Al abrir la escuela todas las niñas le saludaban con un saludo de formalidad. Era muy respetada y querida, jamás tuvo problema escolar alguno.

Su doble viaje diario, mañana y tarde, en bicicleta por el pueblo, pensando, con cierta frecuencia.

Mi relación con ella surgió a raíz de la guerra civil. Paco Tena, el buen maestro de los niños, tuvo que dejar el cargo porque achacó que era argentino para no ser movilizad. Por ello. Doña Teresa hubo de encargarse temporalmente de toda la escuela. Creo que fue poco tiempo.

Por entonces, me preparaba yo para el ingreso en Bachillerato. Después del cierre de la escuela Doña Teresa me daba clases particulares, con ello aprobé el ingreso. Siempre me dijo que fui su alumno predilecto y brillantísimo.

Siempre la respeté y quise. La visitaba en su casa de San Esteban, le llevaba algunos artículos míos, el San Ignacio. Ha debido morir nonagenaria. Le rindo tributo de gratitud. Fue una florecilla humilde y digna querida y admirada de todos y una gran educadora.

Bernardo Domenzain 11-11-07

No lo conocí. Mi padre pronunciaba su nombre con respeto. Era el mecenaz que aportó a la escolita de Ituren una fundación de la que yo también me beneficié en mi infancia.

La escolita inolvidable de mis años 1934-37. Estaba situada en el edificio de la Iglesia, cerca de Yoanera e Irionsona, a la orilla misma de un reguero que salía de madre los días de fuerte lluvia y crecidas que nos permitía amontonar barro en las orillas y hacer pequeñas presas intentando sostener el agua.

Era un pequeño edificio regular de cuatro huecos, dos de ellos con ventanas y dos sin ellas: al frente el pupitre del profesor, D. Paco Tena, sobrino del párroco D. Faustino Urbizu hijo de su hermana Doña Luisa Arbizu, a quien abandono su marido en Argentina dejándole dos hijos: Paco, que fue mi maestro y Leopoldo. El primero soltero de por padre al que traté cariñosamente hasta el final de sus días como secretario de San Esteban.

A la escuela de niños entrábamos mañana y tarde, con un espacio de recreo en cada turno. Los sábados barreríamos la escuela con serrín humedecido y en invierno poníamos una estufa de leña en el centro de la escolita.

Los niños, mucho más que las niñas jugueteaban en clase, porque en casa los empleaban en labores del campo, cuidar las vacas, cuidar pesebres o iban al campo delante de ellas cuando trabajaban en Y con el arado (goldia), acompañándolos a sus maestros, celebrábamos con devoción el mes de mayo, en los años de supresión de crucifijos, presidían dos por un cuadro de la Inmaculada floreada de clavelines rodeadas de rosas que traíamos por turno.

D. Paro era serio, casi severo. A los niños rebeldes los castigaba con golpes de palmeta. El peor castigo era con los dedos en punta. Pero eran muy raros.

Con todo, lo que yo quería dar a conocer era la fundación de Domenzain cuya fiesta o conmemoración se celebraba en la onomástica de S. Bernardo, 20 de agosto.

Gracias a D. Bernardo, los niños y niñas de Ituren tuvimos en los años precedentes a la guerra, material escolar gratis: plumas, plumillas, tinte, papel, cuadernos, los libros (enciclopedia), mapas murales, la gran serie de los recortables de Paluzie de Barcelona en los que aprendíamos la geografía de Europa recortando los mapas y pegándolos en el cuaderno base.

Pero la joya de la corona era una caja roja que el maestro guardaba en un armario y que contenía una colección de distintas figuras geométricas en fina madera muy pulimentada. En ella aprendíamos su descripción: paralelogramos, pirámides, cono truncado. El colmo de un niño de ocho años era decir y saber lo que era un paralelepípedo. Honor y gratitud a D. Bernardo Domenzain.

El Dr. Marañón 12/09/07

Lo conocí a través de mi querido amigo y algún día profesor D. Pablo Bilbao Arístegui. En las Navidades de 1955 le hablé con entusiasmo de mis hallazgos carrancianos en Roma y le llevé un trabajo recién editado, con la edición de un texto del Padre Maldonado sobre ocho manuscritos europeos. La cosa satisfizo al Doctor y le escribió a Pablo que se alegraba que un joven así se dedicase a Carranza.

Yo le visité por primera vez nada más ir a Madrid a dar mi curso en el Seminario Hispano-Americano. Sería a fines de febrero o principios de marzo

de 1957. Me recibió en su casa de la castellana en un cuartito lleno de libros y con fuerte olor a madera antigua y noble. Lo que me ofuscó y conquistó, no fueron sus cinco academias, sino su persona llana y sencilla que irradiaba simpatía. Todo fue liso y llano.

En esa primera entrevista me dijo que fuese a verle cuando quisiera, que sería siempre bien recibido y al instante.

Al año siguiente el trato era normal. Fui a visitarle a finales de febrero cuando mi ida a Madrid. En la tertulia le dije que tenía entre manos un trabajo al que no sabía que destino darle: un folleto o pequeño libro, una conferencia, o un artículo.

En el acto puso su mano en mi antebrazo y me dijo: Usted nos dará una conferencia en la Academia de la Historia. Yo tenía 29 años. Me asustó aquel pensamiento y lo rechacé, pero inútilmente.

Mi trabajo proyectado versaba sobre la muerte de Carlos V, que murió hacía 400 años. Como le acusaron a Carranza de profesar palabras luteranas, Carranza citó en el proceso en su defensa a todos los testigos de la muerte que le acompañaron. La información era preciosa y novedosa.

Tres o cuatro días después me llamó por teléfono al Seminario. Me dio el aviso el botones Santiaguüito que alborozado me preguntó si Marañón era del Real Madrid. Le dije sí y díles a mis compañeros de mesa, que celebraron el equívoco.

—Padre— así me llamó siempre— ya está todo arreglado. Nos dará Usted la conferencia el 25 de abril, en el acto público en que celebraremos el Centenario. Mi espanto subió de punto.

Todavía unos días después me llamó—Padre, tengo plena confianza en Usted, pero yo voy a hacer su presentación y quiero conocer su texto. Se lo llevé al instante y quedé muy contento.

Y llegó el 25, me presentó, di cuenta de mi cometido y con éxito. El quedó satisfechísimo, todos le felicitaban y él felicitó a los amigos que me acompañaban: D. Maximiano Romero de Lemas, José María Herrero, Javier Echenique, Melquíades...

Aquella misma noche me escribió una carta de su puño: Le felicitó de nuevo, tiene Usted rendida a toda la Academia. Tenía junto a mi a Menéndez Pidal que constantemente me decía al oído: Qué maravilla! Presente Usted su primer tomo sobre Carranza y yo contestaré a su discurso en la Academia (noche del 25 de abril de 1955).

El primer tomo lo acabé hacia 1961-62. El lo tuvo en sus manos, me lo pidió y lo apretaba contra su regazo. Lo llevó a Toledo para leerlo el fin de semana. Cuando fui para que me lo devolviera, se armó una confusión, porque no lo encontraba en casa, sino que lo había olvidado en Toledo. Salió publicado en 1962, pero no lo llegó a ver ¡ Qué pena y qué pérdida para mí!

Entre 1957-62 se sitúan mis encuentros con él. Muchas veces le llevaba separatas de mis artículos. Siempre me escribía, aunque no fuese sino un par de líneas.

Una vez le vi emocionalmente alterado. Me trajo al cuartito en que le visitaba un libro contra Ortega del famoso dominico P. Estaba irritado porque le llamaba filósofo hermafrodita. Mención merece el capítulo sobre Menéndez Pidal que lo dejo para más adelante.

La sorpresa cayó sobre mí creo que el mes de marzo. Yo había ido a Valencia a investigar sobre unos papeles de jesuitas del siglo XVI. Nada más llega, por la noche a la residencia sacerdotal de Trinquete de los Caballeros, me llevó en su topolino el Vicario Puchos o futuro obispo de Santa Tera. Manuel Cossío se acercó a mí a las escaleras y me dijo: La radio anuncia que ha muerto Marañón. A la mañana siguiente fui en avión de Valencia. Estuve largo rato junto a su cadáver: nadie me reconoció. Sorbí mi pena solo.

El entierro fue fabuloso con una masa humana a ambos lados de la Castellana y avenidas siguientes. Recuerdo que fui codo con codo con Laín Entralgo, con quién conservé amistad hasta su muerte.

Tras la muerte de D. Gregorio conocí a su gran mujer, Doña Lola. Para sorpresa mía le era familiar. Me regaló un paquete con separatas y un block con apuntes de mano de Marañón sobre Carranza.

Un día me preguntó si conocía a Gregorito (el hijo). Le dije que no. En el acto le llamó y me mandó a verle.

—D. Gregorio, Usted no me conoce de nada.

—Pero qué cosas dice Usted, Padre. Usted es familiarísimo en mi casa, solo le voy a decir una cosa que usted no sabe. En un hombre como mi padre, de vida tan llena, es difícil que entren en su ámbito nuevas personas. Pues en los últimos años hay dos que han entrado de pleno en su corazón: Laín Entralgo y Usted. Fíjese si me es conocido. El hijo poseía la misma simpatía que su padre.

Alguna vez vi a Marañón en San Sebastián. Solía escaparse en el María Cristina y hacia escapadas a Biarritz. Un verano quiso visitarme en Ituren con

D. Juan Zaragüeta y Pedro José Irastorza. Se lo impidió una llamada médica. También quiso enseñarme Toledo, pero no hubo ocasión. Un día que di una conferencia en el Seminario de Toledo me prometió venir a escucharme, pero no pudo ser. ¡Qué número hubiese sido Marañón en el Seminario de Toledo escuchándole a un curita treintaero!

No sé si fue en vida suya o después, pude utilizar su coche para llevar de Toledo a su cigarral de Paula Merder, bellísima muchacha que fue Miss Transilvania. Vivía en el Colegio de la Almudena y era amiga de un rubito de Santander-estudiaba Políticas- que un día la trajo a mí no se porqué, porque quería ser católica. Era judía.

Era inteligentísima. La catequicé con la ayuda de lecturas. La ceremonia en el Hispano-Americano fue maravillosa. Las teresianas le regalaron por la misma un encaje blanco ancho que hizo las veces de vestido. Luego pasamos el día en el campo Paula-que añadió el nombre de María-su amiga y yo.

Todavía estuvo algún tiempo en Madrid. Terminó la carrera y se fue a Estados Unidos. Alguna vez me llamó por teléfono. 50 años después, me la encontré en Miami a mi paso por el país. Había engordado mucho por enfermedad, conservaba sus maravillosos ojos azules y su voz bien timbrada.

Se había casado con un Wilson, y había adoptado dos niños ya crecidos, una subnormal. Dedicada por entero a obras sociales. Me dijo que nunca olvidó mi catequesis, que le orientó en su vida.

Por cierto, el chofer que nos llevó a los dos, me preguntó en el viaje, que estaba haciendo yo, pues lo tenía loco a su señor, a quien en sus viajes le oía hablar a todo el mundo de mí con elogio. A raíz de su muerte y entrevista con Doña Lola, me dijo que antes de morir empezó D. Gregorio a tener dificultades de habla y se daba cuenta de lo que le venía. Ella acudió al agustino que le confesaba y lo previno. El agustino le comentó la última vez que se confesó, me dijo: No tengo más que nosotros para dar mil gracias a Dios por todo lo que me ha dado. ¡Qué más quiere que tenga! Así era Marañón.

Menéndez Pidal

Fue D. Gregorio quien me puso en contacto con D. Ramón. La circunstancia fue muy singular. Había yo terminado en Roma –2 años– la transcripción de un amplísimo epistolario –más de 150 cartas herejes de Emilio José Leza y Rufino José Cuervo. Las encontré en la Biblioteca Marciana (S. Marcos de Venecia en una ocasión memorable).

La Semana de Pascua de 1955 aproveché la vacación para llevar a Venecia la réplica de la Virgen de Covadonga que encargó el cardenal Roncalli (de Venecia), al taller de las Misioneras de Gijón. Luego, atento del caso por nosotros (Laboa y yo), se lo regaló al arzobispo de Oviedo Monseñor Lancirina. He de recordar que en julio de 1954, Laboa y yo acompañamos-mejor, llevamos a Roncalli a San Sebastián-Pasajes, Loyola, Javier, Bilbao, Comillas, Covadonga, Lugo, Santiago, Astorga, Salamanca, Ávila, Valladolid, Burgo de Osma, Zaragoza, Montserrat, Barcelona, Sangüesa.

También tengo que recordar un detalle, curioseando en los fondos de la Marciana, topé con el nombre de Leza y recordé que siendo adolescente D. Luis Mordes Olivar nos dio un curso intensivo de literatura, una semana entera y cada vez que mencionaba el nombre del cuadro, ponía los ojos en blanco.

He de añadir para completar el hallazgo que tuvo lugar e último día de mi estancia en Venecia. Había pasado toda la semana encerrado, montando las piezas de la Virgen de Covadonga. Luego le ayudé al Cardenal a meter en armarios en un gran salón del patriarcado todos los libros que había recibido de la Nunciatura de Madrid. El estaba conmigo y muchas veces se me acercaba para comentar la historia de cada libro. Hube de optar por procurar ocuparme de él yo e ir metiendo los libros al montón sin concierto. Al final, una noche, entre los dos ordenamos unos restos de los viajes de Pío X en un pasillo que daba al dormitorio del antiguo papa: Cuántas veces cuando paso por el Colegio Romano de la Inmigración nos invita: Venid a Venecia y os haré dormir en la cama de Pío X.

Decid que el hallazgo fue mi última obra de Venecia. Aquella mañana en el desayuno me dijo: Lleva Usted días sin salir, Venecia es precioso, tiene muchas cosas que ver.

Salí después del desayuno, me encontré en la maravillosa Plaza de San Marcos. A los pocos metros descubrí un hermoso edificio con su inscripción Biblioteca Marciana. Mis planes turísticos se vinieron al suelo. Pasé toda la mañana en la biblioteca y descubrí muchas cosas. Cuando atravesé la plaza a zancadas, llegué al patriarcado justo al momento de sentarnos a la mesa. Cuénteme que ha visto Usted. Con rubor tuve que confesar que nada más que la biblioteca Marciana. La cosa quedó grabada en la mente de Roncalli. Cuando pocos años después (1958) llamaba y preguntaba a Laboa por mí, siempre le comentaba, ya estará en alguna biblioteca, mira que venir a Venecia y meterse en una. Si pienso en los millones de turistas que pasan por Venecia, muy pocos entrarán en la Biblioteca Marciana.

Volvamos a Menéndez Pidal. En febrero de 1957 no sabía que hacer con aquel fantástico epistolario de Cuervo y le consulté a Marañón.- Vaya Usted inmediatamente a D. Ramón, yo le hablaré de ello. Y una tarde tras cita previa, me acerqué por primera vez a aquella mansión, llena de libros y tuve frente a mí a D. Ramón. La entrevista fue fácil. Cuervo había muerto en París en 1911, pero D. Ramón le había tratado. Era tan religioso que para recibir al médico se vistió de chaqueta. Le produjo entusiasmo mi hallazgo e inmediatamente decidió que la editaría por entregas nada menos en el Boletín de la Academia Española. Para cuando salió la última entrega Roncalli ya era Papa. Al publicar lució entero, como se permite me permitió añadirme una pequeña dedicatoria impresa. Más tarde tuve ocasión de entregarle en persona al Papa un pequeño libro encuadernado en seda blanca. El se maravilló de la entrega y me dijo: O sea que aquel paso suyo por la Biblioteca si fue fecundo?

Cuervo fue la ocasión de mi encuentro con Menéndez Pidal. Fue llano y sencillo. Aceptó con entusiasmo mi oferta y prometió editarlo en el Boletín de la Academia. El conoció a Cuervo en París y decía que era un católico ferviente que para recibirlo se vistió de chaqueta. Al terminar la entrevista en el piso alto de su casa, no sé cómo me espetó: le tengo mucha simpatía a Juan XXIII, más que a Pío XII. Le conté mi relación con Juan XXIII y tuvimos una charla de una hora y quedamos definitivamente amigos.

Salió el artículo de Cuervo, tuvimos ocasiones de muchos encuentros. Uno de los motivos era Padre las Casas. Le llevé alguna corrección de un escrito suyo, que les recibió con humildad y gratitud. Y más tarde las declaraciones de P. las Casas en el proceso de Carranza que fueron una revelación para él. Eran las cosas normal con notario y no en blanco y negro. Incorporó el hallazgo a su libro.

Muchas conversaciones tuvimos con el tiempo. Siguió con gran interés el Concilio y yo le informaba. En algún momento airoso, me dijo: me voy a dar de baja del ABC. Me hablaba con entusiasmo de un Manolín, sacerdote asturiano que fue catequista suyo y en algún momento pude apreciar la raigambre católica de su familia heredera de un pariente o abuelo que renunció a una magistratura por no pasar una Constitución.

Fue invitado por un israelí a visitar el país y completar su recogida de cantos sefardíes. Le regalé unos evangélicos como Bedecker para el viaje. No recogió cantos sefardíes, pero vino impresionado de la visita a Cafarnaun. Entonces descubrí el discurso del pan de vida de S. Juan G. Le impresionó que entre aquellos hermanos sonase la voz de Cristo.

En una ocasión se confesó conmigo y cuando sufrió su hemiplejía, según me dijo Jiménez, no hacía más que decir: yo haré todo lo que me diga el Padre Tellechea.

Más tarde, antes de morir y estando bien de la cabeza le dije: D. Ramón, tendrá un susto y no quiero. La última vez que vi en vida a D. Gregorio me dijo con mucha seriedad: No le deje de la mano a D. Ramón. Si no ocurre una catástrofe, D. Ramón morirá sereno. Se emocionó visiblemente, me agarró con fuerza de las manos y dijo emocionado: gracias, muchas gracias.

Elena Alcorta Ortiz de Zárate
RSBAP Comisión Gipuzkoa

QUERIDO JOSÉ IGNACIO:

Nos conocimos el año 1951 en Roma en el caserón romano de Vía de la Scrofa.

Coincidimos varios personajes de esta tierra vasca y también de otras provincias, dedicándonos a diferentes facetas culturales y religiosas, tú, principalmente con tus importantes investigaciones y tesis sobre el arzobispo Carranza, José Sebastián Laboa llegando a ser Secretario del Cardenal Cicognani y Nuncio Pontificio en Panamá, Paraguay y Malta., Félix Ayo violinista, disco mundial de diamante y profesor de violín para virtuosos en la Academia Romana, Bernabé Martínez cantante de ópera...y yo pintor

Fueron unos años de gran aprendizaje cultural y enriquecimiento personal.

Al regresar a nuestra tierra, seguimos conservando y consolidando nuestra mistad.

Recordamos con gran emoción tus visitas a Pinpirin, nuestra casa en Hondarribia. No fallabas, acudías todos los veranos bien solo o acompañado por tus familiares, tu hermana M.^a Ángeles y su marido Patxi, también con tu sobrino Ignacio; y en nuestro jardín, además de compartir una merienda, nos dabas tus bendiciones y nos enriquecías con tu sabiduría.

En el año 1977 oficiaste la ceremonia de matrimonio de nuestra hija Oáya, en la que el sermón fue muy emotivo, comparabas la vida de matrimonio con una obra de arte.

En el 2005 me fue concedida la Insignia de Oro de Hondarribia y por motivos de salud no pudiste acudir a la entrega de la misma... pero...una vez más no me fallaste, me enviaste un conmovedor escrito que fue leído en la Sala Capitular del Ayuntamiento y sentí tu presencia. Y... no sólo eso, sino que al día siguiente y acompañado por tu sobrino... nos visitaste en Pinpirin.

Poco a poco la salud te fue traicionando; tras largo periodo ingresado en la Residencia y con una aparente mejora de salud volviste a casa a los cuidados de tu hermana M.^a Ángeles y Patxi. Te visitamos M.^a Josefa, Oáya y yo y charlamos un rato contigo.

Comentabas a mi hija: “He visto las barbas a San Pedro”. Ella te preguntó: “¿de qué color son?”. Tú respondiste: “No me acuerdo muy bien”. “Entonces es que no se las has visto”, te dijo ella. A pesar de tu frágil estado de salud, seguías conservando el humor y una vez más tuviste fuerza para darnos tú bendición.

Podría seguir narrando muchas anécdotas y encuentros contigo y tu familia, José Ignacio, pero desgraciadamente no me encuentro en mi mejor momento de lucidez.

Para nosotros mi familia y yo, José Ignacio, significaste un alto en el camino, un aparte, un afecto profundo, sinceridad y consejo.

El Señor guarda un sitio para ti.

Agur José Ignacio

Enrique Arbizu y Oayá
Pintor

TRES VISITAS A BILBAO

Sí, fue una gran suerte conocerle. Aún mayor el entrar en contacto con sus Obras. Pero cuando alcanzo la meta de sentirme realmente afortunado fue en las tres visitas en las que coincidí en Bilbao con José Ignacio Tellechea. Dos atendiendo con su bondad a invitaciones que le hice, y la tercera por invitación de José Bustamante Bricio, Presidente de la Sociedad Bilbaína.

Primera Visita: Los Fueros Vascongados y Larramendi

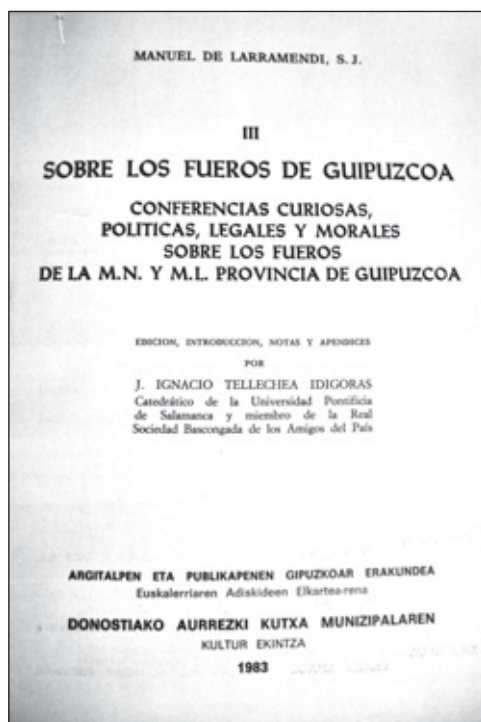
El Comité de Actividades Culturales del Círculo Vasco le propuso realizar en Bilbao una presentación de la obra “Manuel de Larramendi S.J. - III - Sobre los fueros de Guipúzcoa” (Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones S.A. - Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, 1983), cuya edición había preparado José Ignacio Tellechea Idígoras. Con su habitual sencillez y mejor disposición aceptó la propuesta.

La “gratisima noche larramendiano - bilbaína”, según su personal dedicatoria, tuvo lugar el 30 de Enero de 1984.

Vino en compañía de sus amigos el Pintor Enrique Albizu, la esposa de éste y de Juan Antonio Garmendia. Como teníamos tiempo por delante, lo primero que hicimos fue mostrarles, por sorpresa, el cuadro de Albizu: “Chica con cesto y arrantzales”. Era éste un lienzo de gran tamaño, que había pintado hacía bastantes años (1966), que sabíamos le traía particulares recuerdos y

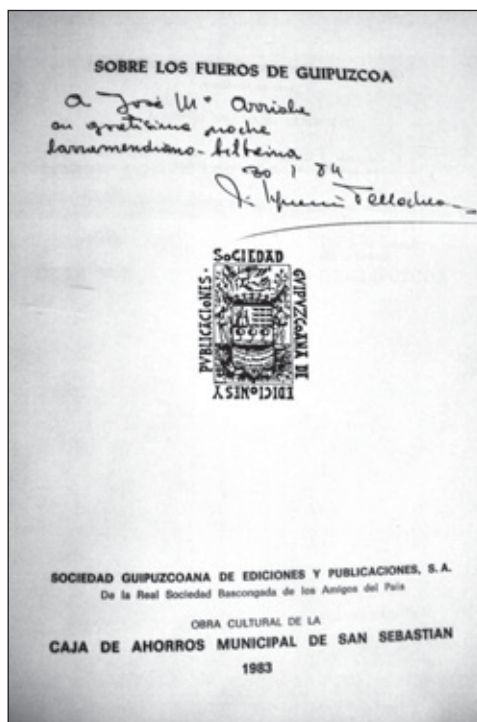
cuyo paradero desconocía. La sorpresa de la presentación fue recibida con emoción por su autor y, sobre todo, por su esposa en cuya mirada vimos un halo de sensibilidad especial, al rememorar con nostalgia el lugar, las circunstancias en las que se pintó y, de modo particular, al recordar al personaje central, la bellísima “ondarrabitarra” que, siendo aún una niña, habían conocido y de los “arrantzales” que posaron de modelo, algunos ya fallecidos.

La conferencia de Tellechea se desarrolló en el Salón de Actos que disponía la Compañía de Seguros Aurora, en la Gran Vía bilbaína, a rebosar de público, pues, al reconocido presti-



gio del conferenciante, se unía el tema de la Conferencia, muy sugerente y, todo hay que decirlo, sobre esta obra se había generado cierta polémica pues el Nacionalismo Vasco, culto y democrático, quiso hallar en la figura de Larramendi, según la interpretación de Tellechea, el eslabón que tras las conocidas obras de Juan Bautista Erro (“El Mundo Primitivo o Examen Filosófico de la Antigüedad y cultura de la Nación Bascongada” Madrid, Imp. de Fuentenebro, 1815), Juan Antonio Zamácola (“Historia de las Naciones Bascas” en tres tomos, Auch, Imp. Vda. De Duprat, 1818) y Agustín Chaho (“Histoire des Basques” Bayonne, Imp. P. Lespés, 1847; “Histoire Primitive des Euskariens-Basques”, Bayonne-Madrid, Jaymebon, Edit, 1847), venía a adelantar en un siglo la formulación escrita y sistemática de los Fundamentos del separatismo vasco.

José Ignacio Tellechea centró la figura de Larramendi dentro del concepto del pactismo fuerista, muy próximo a las ideas que sobre los nacionalismos históricos, su papel y su encaje en España tenía su mentor, primer admirador y mejor amigo el Dr. D. Gregorio Marañón. Para no extenderme, las ideas de éste no pueden quedar mejor compendiadas que en un breve comentario autógrafa que he descubierto y sobre cuyo origen creo que merece la pena detenerse: La mundialmente conocida “Librería de Antaño”, de Buenos Aires ofreció en uno de sus catálogos (2007) un ejemplar del libro de Winston S. Churchill: “Grandes Contemporáneos”, (1ª edición, Graf. Agustín Nuñez, Los Libros de Nuestro Tiempo, Barcelona, 1943). El libro (1937) comprendía los juicios de Churchill sobre un conjunto de grandes personalidades que él había tratado. El ejemplar que se ofrecía presentaba



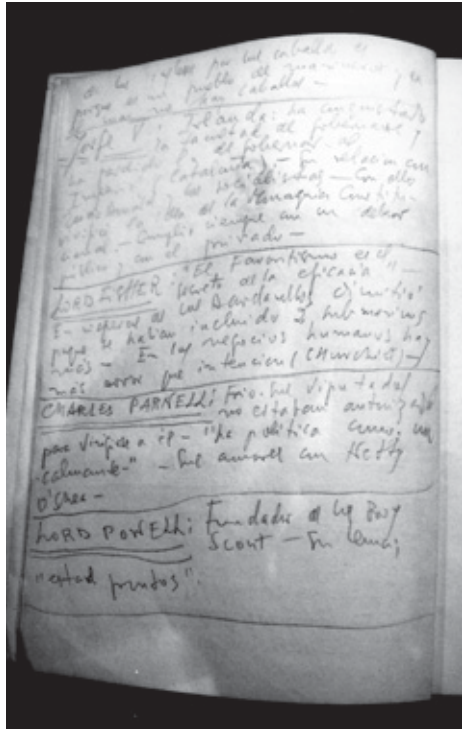


Chica con cesto y arrantzales, 1966

Lienzo, 146x198cm.

ALBIZU

una característica muy importante: Llevaba adherido el original de una carta dirigida por Randolph Churchill, hijo de Sir Winston, al Dr. Marañón y, además, incorporaba cuatro páginas manuscritas en las que comentaba la impresión que a él le hacían los atinados comentarios de Churchill sobre las diversas personalidades. Entre otros se detuvo Marañón en la figura del Rey Jorge V, que le sugiere un comentario brevísimo pero que yo considero como el mejor resumen de los deseos del Ilustre Doctor sobre los nacionalismos: “Jorge V: Irlanda: ha conquistado la facultad de gobernarse y ha perdido la de gobernar un Imperio (Cataluña)”² Esta añoranza sobre el papel de Cataluña, en igual o mayor medida lo sería para el País



Vasco, nos ponen de manifiesto su pensamiento sobre las grandes posibilidades de tal integración con espíritu direccional, ejercicio de liderazgo en la administración, técnica y economía.

(2) Llama poderosamente la atención que en esta fecha 1943, se tradujera y editara en España una obra del Premier Británico, artífice de la victoria; toda la historiografía moderna coincide en reconocer que si tal cargo hubiere recaído en Mac-Mahón o en Lord Halifax, mucho mejor colocados que él para tal nombramiento, no se hubiera producido la histórica resistencia de Inglaterra. Pues bien, para los que conocimos el franquismo, era imposible que tal edición en España, que evidentemente tenía que molestar profundamente a la Embajada Alemana en Madrid, se hiciera sin el consentimiento de Franco. Ello viene a confirmar la tesis de que en 1943 Franco dio un giro a su política con Alemania y los Aliados de los años anteriores, muy distinta a como se relató por la propaganda del Régimen, tal como ha puesto de relieve, recientemente, Stanley G. Payne: “Franco y Hitler, España, Alemania, la II Guerra Mundial y el Holocausto” Madrid, La Esfera, 2008.

Esta tesis de Marañón que defendía las grandes posibilidades de Catalanes y Vascos en la orientación, ordenación y dirección de importantes ámbitos de la actividad estatal, especialmente económica, ha sido defendida por otros innumerables intelectuales, entre los que destacaría a sus grandes amigos, Ortega, Lain y, sobre todo, en el campo político por Francisco Cambó.

Para mi particular interpretación, admitiendo que pueda haber opiniones discrepantes, una posición muy paralela a la que se deduce del texto de Marañón, era la de Larramendi con su pactismo-fuerista, según la interpretación de Tellechea. El pactismo histórico entre los territorios vascos y la Monarquía Española daba tal entrada y poder a las personalidades vascas, que éstas eran indispensables en la dirección de las cuestiones más importantes de la gobernación del Estado, incluidos los inmensos territorios de ultramar³.

Para terminar esta primera visita diré que a mi juicio, cualquiera que conozca la historia de los inicios de la Democracia en España, con especial referencia a Euskadi, podrá confirmar la influencia que tuvieron las tesis de Larramendi, según la exposición recuperada por Tellechea, en el Nacionalismo Vasco. Lo que queda reflejado, mejor que en cualquier formulación teórica, en la propia composición de los primeros Gobiernos del País Vasco, tras el Estatuto de Autonomía, que presidió Carlos Garaicoechea. ¡Qué lejano queda todo ello!

Segunda Visita: Carranza, los Erasmistas Españoles y San Ignacio de Loyola

Fue para mí, sin duda, el encuentro más entrañable. Con motivo de la instalación definitiva de mi Biblioteca, creí que era obligado invitar a visitarla y celebrar en ella un almuerzo con un reducido número de miembros de la Compañía de Jesús. Acababa de cesar, después de catorce años, en el Consejo Social y el Consejo de Gobierno de la Universidad de Deusto, a lo que se unía mi deseo de rendir un mínimo homenaje de gratitud a quienes tanto debía en mi formación. Como tengo por costumbre, siempre nos acompaña una personalidad destacada por su preparación y así pensé en José Ignacio Tellechea, cuya biografía de San Ignacio (“Ignacio de Loyola sólo y a pie” 8ª edic.,

(3) Muy recientemente ha vuelto sobre esta idea el gran historiador e hispanista, el Premio Príncipe de Asturias, John H. Elliot; en una entrevista publicada en “El Correo”, de Bilbao (10 de Agosto de 2008) dice: “**P.**- ¿Qué es para usted Cataluña? ¿Nación? ¿Nacionalidad histórica? **R.**- Bueno... Por varias circunstancias no se separó como Portugal de la Corona española. Pero esa separación fue históricamente posible. Por el contrario, los vascos tuvieron un papel muy importante en la administración del reino de Castilla a partir del siglo XVI”.

Salamanca, Edics. Sígueme, 2002) está reconocida como la más humana, próxima y documentada.

Fue el 5 de Diciembre de 2003. Citando de memoria, asistieron el P. Provincial, el P. Melecio Agúndez S.J., mi querido profesor de Filosofía que acababa de volver de Roma después de ocupar muy importantes cargos en la Curia Generalicia, P. Jesús Eguíluz S.J., Presidente del Consejo de Gobierno de la U.D., P. Roberto Pascual S.J., P. Dionisio Aranzadi S.J., P. Luis Armendáriz S.J., otros varios profesores o miembros del Consejo de Gobierno de la U.D.: José Luis Zubizarreta, Rafael Aguirre, Gaspar Martínez, Mixel Unzueta y algún otro, que siento no recordar.

Llegó Tellechea e inmediatamente captaron su atención las obras sobre el erasmismo español de Marcel Bataillon, personalidad tan próxima a él (“Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del Siglo XVI”. Fondo Cultura Económica, México - Buenos Aires) o la novela de Miguel Delibes, “El Hereje”, que con afecto le cita en sus agradecimientos, los Autos de Fe de Valladolid y otras ciudades.

La primera figura a la que dedicó un comentario en profundidad fue a Erasmo de Róterdam. En cuanto la vio tomó de su estante la edición facsímil de los “Comentarios sobre el Catechismo Christiano”.

Yo desconocía que precisamente él había preparado y dirigido dicha edición. Con el libro en sus manos nos contó la aventura personal, nada menos que de su descubrimiento del manuscrito original del Catecismo. Maestro como era él en la técnica, la más difícil para todo historiador, del manejo y dominio de las fuentes, ¡qué emoción no sentiría en tal momento!; se le reflejaba ahora en su rostro al recordarlo y supo contagiar a todos su entusiasmo.





Abrió también con enorme interés el libro de Erasmo: “Novum Testamentum omne multo quam antehac diligentius ab Erasmo Roterdano” (Basilea, Ioannem Frovenium, 1519) con anotaciones en sus márgenes, posiblemente del propio Erasmo, con correcciones para una nueva edición y que Tellechea se propuso estudiar en cuanto dispusiera de tiempo ¡Cuántos maravillosos propósitos y proyectos que no pudieron terminarse tendrían en su privilegiada cabeza!

Como le fascinaba el personaje tomó después el libro de Erasmo: “Des Erasmo Roterod. Hiperaspistae Secundus adversus librum Martini Lutheri, eni título

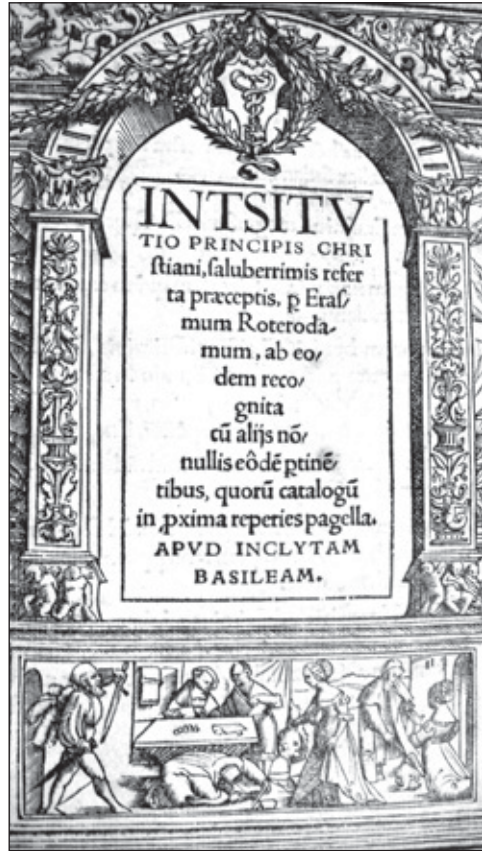
fecit, Servum arhitrum” (1527) y con su saber universal en la materia nos ilustró tan bien y con tanta sabiduría y simpatía, fruto de su gran bondad, de la malísima relación de aquél y Lutero, que se refleja en tal libro, así como sobre su mucha mejor relación con Melachton (José Ig. Tellechea: “Melachton y Carranza. Préstamos y Afinidades”. Salamanca, Universidad Pontificia, 1979).

Cuando se encontró con la obra de Erasmo: “Institutio Principis Christiani...” sentenció con un movimiento de su cabeza en señal de afirmación: “Este sí que era uno de los libros de cabecera del Emperador Carlos, que nunca se separó de él y que siempre pensó que sería el libro base en la formación de su hijo el Príncipe Felipe. Gran facaso éste del Emperador Carlos”.

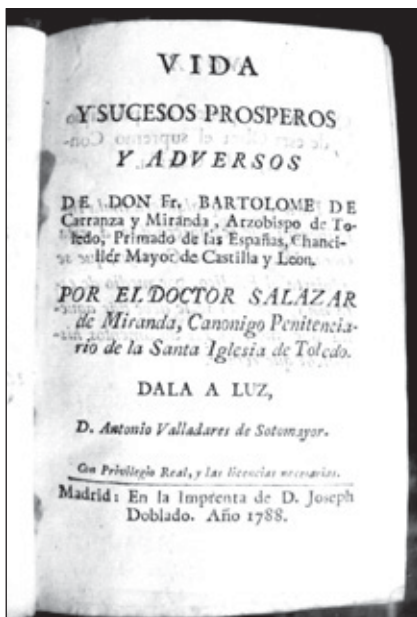
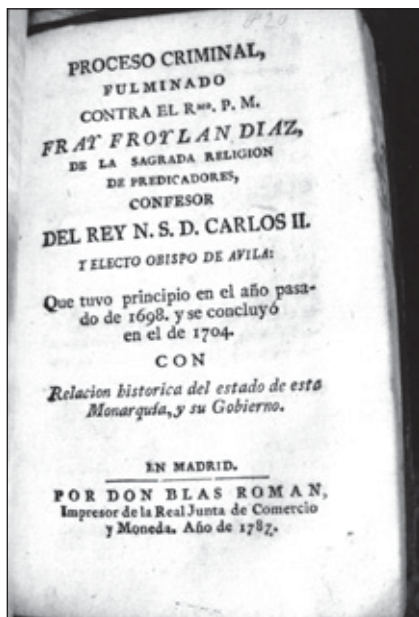
¡Con qué profundidad nos iba relatando la relación del triángulo que constituyen Erasmo – Carranza – Carlos V! Pero todo se quiebra cuando a la muerte del Emperador aparece la figura auténtica de Felipe II. Así nos mostró Tellechea un pequeño, solamente en su tamaño, libro publicado por él: “Así murió el Emperador” (Salamanca, Universidad Pontificia, 1995). Y con aque-

lla seriedad que imponía cuando la conclusión era realmente importante, sentenció: “Aquí en este pequeño libro se contienen todas las claves del origen del Proceso a Carranza y de la implacable persecución a la que se le sometió”⁴.

Seguro que hay quien piensa que el Proceso a Carranza fue uno más de tantos como abrió la Inquisición a personalidades y escritores del mundo religioso. En este orden de ideas puedo decir que todavía hace unos días hallé un libro con dos partes: “Proceso criminal fulminado contra Fray Froilán Díaz... Confesor del Rey N.S. D. Carlos II” – “Vida y sucesos prósperos y adversos de Fr. Bartolomé de Carranza” (Madrid, Imp. Blas Román, 1787 e Imp. Joseph Doblado 1788): Así los juzga su autor, Doctor Salazar de Miranda:



(4) No es fácil comprender la figura de Felipe II si no la ponemos en oposición a su padre Carlos V. Supongo que alguien habrá hecho tal estudio, pero es difícil encontrar en la historia un caso más evidente de las Tesis Freudianas sobre la idea subconsciente de “matar al padre”. Carlos V trajo más libertad; véase por ejemplo en algo tan delicado como la Imprenta, el gran número de impresores alemanes que desembarcaron en España (Fadrique de Basilea, C. Cofman, J. de Francour, Hagenbach, Hurus, Menardo Ungut, J. Cromberger, etc.). Felipe II, al contrario, concede el monopolio de la impresión de libros religiosos, en exclusiva, a Plantino, para su adecuado control. Otro ejemplo: Si Carlos V dispuso de la Biblia Políglota, en cuatro idiomas, del Cardenal Cisneros, joya de la bibliografía española, impresa en Alcalá por Guillén de Brocar, Felipe II tiene que hacer algo que lo supere y envía a Flandes a Benito Arias Montano, bajo cuya dirección Plantino imprime en cinco idiomas la Biblia de Amberes o de Arias Montano. Y así se podrían multiplicar los ejemplos.



Creo que es simplista la opinión de que en los trabajos de Tellechea estamos ante un importante estudio histórico de un *Proceso inquisitorial más*. Nada de eso, para mí hay mucho más. Cuando en silencio medito en la figura de José Ignacio Tellechea, en su enorme formación de historiador, de humanista, de intelectual en toda la amplitud de esta palabra, que dedicó, como él nos dejó escrito, más de cuarenta años a la vida de Fray Bartolomé de Carranza, hasta el punto de que, creo, puede decirse de José Ignacio Tellechea que estuvo metido en la piel de Carranza, no puede pensarse que le guiara a ello un puro afán de investigación histórica, que sólo persiguiera una exposición biográfica de Carranza, meticulosa y exacta hasta sus últimas consecuencias. No, en mi interpretación Tellechea, en su exhaustiva investigación sobre Carranza, no quiso hacer una pura y completa biografía histórica. Para mí, sutilmente, trató de mostrarnos, no sólo en este tema sino también en otros⁵, unos hitos históricos en los que la Historia podía y debería haber toma-

(5) Estoy seguro que otro momento histórico que investigó y en el que le hubiera gustado profundizar es en todo el periodo del final de la Guerra de la Independencia, el nefasto reinado de

do otros rumbos distintos, lo que nos hubiera conducido a situaciones totalmente diferentes y mejores de las que se han alcanzado en la evolución real de la historia vivida. En toda su implacable investigación nos quiso dar de la forma más sutil su idea de que la Historia ha podido ser distinta de lo que ha sido y que ha habido hitos, momentos, actuaciones personales, para tomar otros derroteros y que hubieran conducido a un mundo mejor y más cristiano. El profundizar en esas bifurcaciones de la Historia es para mí el gran mensaje que se trasluce en todas las investigaciones de Tellechea, de forma especial en sus estudios del Proceso a Carranza.

Cuando Carranza viene del Concilio de Trento, con su resumen personal de lo allí tratado, publica la obra “Summa Conciliarum” (Venecia, Signum Spei 1548, 1ª edic. Salamanca, Andrea de Portonacis 1549) con las ideas reformistas de las primeras sesiones, en lo que se precipita, pues luego aquéllas se rectificaron. Lo cierto es que a la postre de todo el Proceso a Carranza se impusieron las tesis de la Contrarreforma. Alguien tenía que venir a conducir y en alguna medida reconducir a ésta y ahí surge la figura de San Ignacio de Loyola.

¡Con qué deleite le escuchaban los miembros de la Compañía de Jesús que nos acompañaban hablar de San Ignacio de Loyola, de detalles locales de su vida, de su recia espiritualidad! Y, cómo no, vuelve a salir el tema de Erasmo y de la pretendida contraposición entre éste y el gran Santo vasco.

Para nuestro invitado no existió en absoluto el antagonismo entre ellos que algunos han querido ver. Ignacio de Loyola, desde su conversión, fue el más eficaz reformador del siglo XVI y de todos los tiempos, por lo que en muchos aspectos aprovechó las buenas ideas sembradas por el gran humanista, por ejemplo en la formación del clero, lucha contra la superstición o el fariseísmo con su ridículo ceremonial, etc., pero al mismo tiempo fue su crítico y juez. Frente al humanismo renacentista de Erasmo, Ignacio impone un humanismo teológico dogmático y militante; lo resumiríamos en la contraposición Renacimiento Humanista versus Restauración Católica o Contrarreforma⁶. Por eso Erasmo, con su suavidad tolerante nunca llegó a ser el caudillo de la renovación eclesiástica, aunque tanto influyó en muchos, como en Carranza, mien-

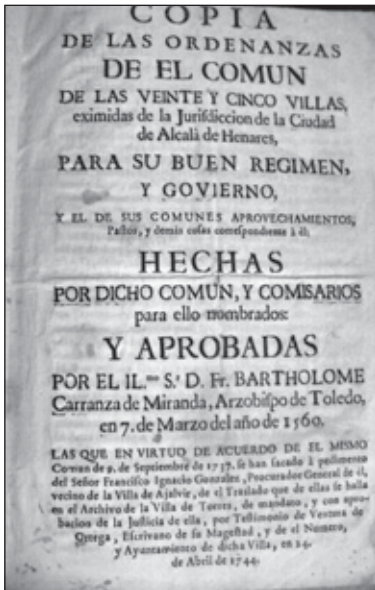
...

Fernando VII, con todas sus consecuencias en el siglo XIX, momentos en que la Historia de España podría haber tomado también otros rumbos. Puede verse su magnífico Prólogo a la obra: “Juan Antonio Llorente, español maldito” de Francisco Fernández Pardo, San Sebastián, Lit. Danona 2001.

(6) (Ricardo García Villoslada: “Loyola y Erasmo” Madrid, Edic. Taurus 1965).

tras que Ignacio de Loyola fue el intrépido Capitán de la Contrarreforma. No hay duda de que en su carácter tuvieron profundas diferencias.

Y así iba transcurriendo el almuerzo y su larga sobremesa. Recuerdo que nos dio alguna primicia, como la de sus últimas investigaciones que le iban reafirmando en la idea de la vizcainía originaria de Bartolomé de Carranza, ya que, para nuestro gran historiador, tenía que tener sus ancestros en el Valle de Carranza, en las Encartaciones de Vizcaya, dado la vinculación histórica entre apellidos y topónimos^{7,8}.



3ª Visita: Una lección magistral sobre el Arzobispo Carranza

La tercera visita, a invitación de la Sociedad Bilbaína tuvo lugar el 7 de Abril de 2005.

Esta conferencia se centró, más que en el proceso a Carranza en una visión biográfica del mismo.

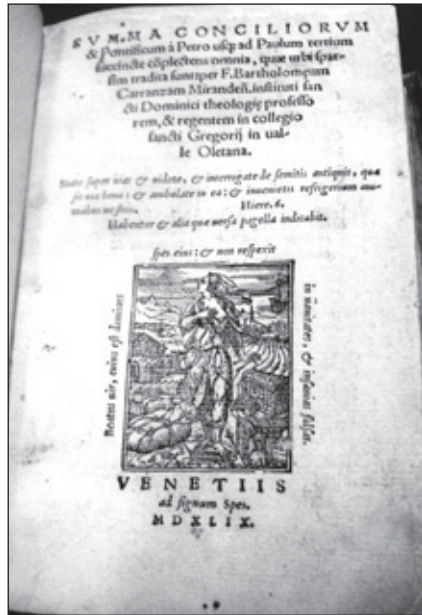
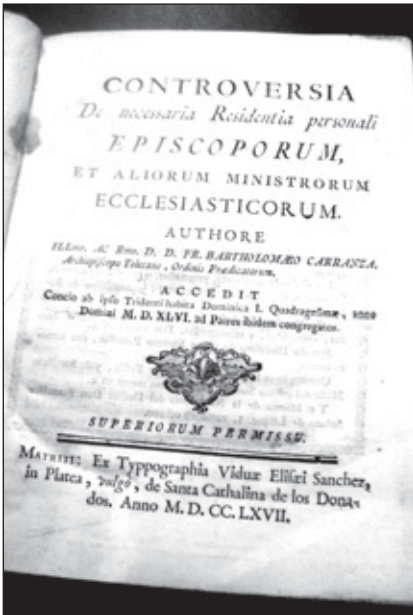
En ella dio una serie de detalles de sumo interés. Así, cabe destacar que en la visita del Papa Juan Pablo II a Salamanca hizo una mención expresa al arzobispo Carranza: “Fue el primer Papa al que vi personalmente mencionar elogiosamente a Carranza”, dijo José Ignacio Tellechea. También manifestó que esa

(7) Sería terrible atrevimiento por mi parte apuntar que el apellido Carranza está muy extendido en España. He conocido personas con tal apellido en el Condado de Treviño y, nada digamos, en Andalucía: El famoso torero “El Algabeño” estuvo casado con una Carranza, padres de nuestro compañero de Universidad Pepe García Carranza, pero la palma se la lleva Cádiz donde tal apellido es uno de los más ilustres en la historia de la ciudad.

(8) En una autoconcesión a la vanidad, me perdonarán los lectores, que les diga que pude mostrarle a José Ignacio Tellechea algo relativo a Carranza que él no había visto (era difícil, casi imposible) y fue un ejemplar de: “Copia de las Ordenanzas de El Común de las veinte y cinco villas eximidas de la jurisdicción de la Ciudad de Alcalá de Henares... Aprobadas por el Ilmo. Sr. D. Fr. Bartholomé Carranza de Miranda, Arzobispo de Toledo en 7 de Marzo de 1560”. Este ejemplar tenía su historia pero lo dejaremos para otra ocasión.

misma mañana había tenido la satisfacción de localizar en Carranza la casa solar de la familia, confirmando la primicia que nos había dado como hipótesis, pero bien fundada, de la vizcainía originaria de los Carranza, en la 2ª visita comentada en este artículo.

Destacó la labor de Carranza en el Concilio de Trento, pero aún sin concluir el mismo el Arzobispo se lanzó prematuramente a publicar en Venecia dos de sus grandes obras: “Summa Conciliorum” (1ª edic. Venecia, Signum Spei, 1548) y “Controversia: de Necesaria Residentia Personali Episcoporum” (1ª edic. Venecia, Signum Spei 1548).



En ambas obras se recogen ideas reformistas, próximas al erasmismo, que comenzaron a plantearse en las primeras sesiones del Concilio, pero luego rectificadas. Estas diferencias ideológicas, unidas a las enemistades que se creó con el deber de residencia de los Obispos y las envidias suscitadas por su nombramiento como Arzobispo de Toledo, están de forma larvada y sibilina en el sustrato de su proceso, ante el cual su antes amigo Felipe II “miró para otro

lado”. ¿Se limitó a eso?⁹. No hay duda de que tal como nos había manifestado Tellechea anteriormente, la muerte del Emperador fue decisiva en el desencadenamiento del Proceso a Carranza.

Terminaba Tellechea su intervención afirmando la terrible injusticia cometida con Carranza, que “fue en palabras de un purpurado romano: “Un Borromeo fallido en España”.

También la estela de su saber ilimitado, humanismo, caridad y espiritualidad religiosa de José Ignacio Tellechea Idígoras hacen de él una persona a la que no puedo dar calificativos que sólo la Iglesia puede otorgar, pero sí decir que es uno de los intelectuales más brillantes del País Vasco en el último siglo.

José María Arriola Arana
Notario

LÍNEAS DE RECUERDO

La evocación del querido y admirado amigo que ahora homenajeamos, corre paralela desde el principio (1976), cuando le conocí, hasta el final (2008), en que se nos fue, a la relación que mantuvimos al hilo de nuestro común interés por los estudios sobre la Inquisición española; interés que Tellechea plasmó en su monumental obra sobre el arzobispo Carranza.

Conocí a José Ignacio en aquel año 1976, con ocasión de reunirnos en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, en un Curso sobre la Inquisición que habría de resultar premonitorio del posterior despliegue de estudios, Centros de investigación, Jornadas, Congresos, etc. que seguirían después. El Curso de La Magdalena tuvo una figura consagrada y central, Marcel Bataillon, y otros prestigiosos y reconocidos investigadores y docentes

(9) La buena relación de Carranza con Felipe II se dio sobre todo cuando éste se trasladó a Inglaterra para contraer matrimonio con María Tudor, hija legítima de Enrique VIII, todo ello por mandato de Carlos V. Pero no hay que olvidar que en esta época todavía vivía el Emperador que puso un empeño especialísimo en ese matrimonio, siendo cierto que al contraerlo Felipe II, posiblemente sin agrado, lo hizo por obedecer el mandato real - paterno. Se cuenta que Carlos V al escribir a la Reina de Inglaterra proponiéndole tal matrimonio, le decía que “me ofrezco yo mismo a contraerlo, si mi hijo no se aviene a ello”. Prueba evidente de que tal hecho le contrariaba.

(Henry Kamen, Tomás y Valiente, Cuenca), entre los que figuraba el propio Tellechea. Tenía entonces cuarenta y ocho años y gozaba de un merecido prestigio por sus publicaciones sobre Carranza y otros varios temas. Pasamos dos semanas en Santander y aquello fue el principio de una honda y sostenida amistad que habría de llegar hasta su muerte.

En el Curso de La Magdalena, tanto en las aulas como en tertulias y coloquios más informales bajo los árboles, a la vista del mar, Tellechea habló, como no podía ser menos, del ilustre arzobispo de Toledo, convertido en piedra angular de sus preocupaciones intelectuales, pero también de la Inquisición en general. Al término del Curso publicamos las intervenciones y ponencias, juntamente con algunas otras relevantes aportaciones (de Domínguez Ortiz, Caro Baroja y García Cárcel), en el primer número extraordinario de la Revista Historia-16, incontables veces reeditado y reproducido. En él figuraban unas profundas reflexiones de Tellechea sobre la Inquisición, con el título de *Martillo de herejes*.

A aquel primer Curso siguió años después la fundación en la Universidad Complutense del Instituto de Historia de la Inquisición, del que Tellechea fue profesor y conferenciante habitual. Coincidimos también en Congresos organizados por el propio Instituto, en los que él intervenía siempre con modélica autoridad, pero también con ponderación y modestia admirables. Transcurrieron así años y décadas trenzados en una relación científica y humana de ordinario apacible y sosegada, pero a veces estremecida por los altibajos de su salud. Esa relación se intensificó más tarde por nuestra común pertenencia a la Real Academia de la Historia, y hasta por el hecho menor de que yo osara entrometerme en su campo, escribiendo unas breves *Notas al proceso del arzobispo Carranza*, a modo de resumen de sus ingentes publicaciones y de reflexión sobre la dinámica enfrentada de apologistas y críticos en el proceso del célebre eclesiástico.

En los últimos meses, una querida amiga común, la profesora María Rosa Ayerbe, me tuvo al tanto de las últimas y alarmantes noticias de su enfermedad, por desgracia ya incontrolable. Todavía hablé con él por teléfono en alguna ocasión. Habiendo superado en otras ocasiones trances en extremo graves, siempre había la esperanza de que José Ignacio, una vez más, se sobrepusiera y siguiese adelante. Pero, por desgracia, ya no fue así. Aquel sacerdote, investigador y amigo admirable se fue para siempre. Pero para siempre mantenemos nosotros vivas las enseñanzas de su magisterio y amistad.

José Antonio Escudero

De las Reales Academias de la Historia
y de Jurisprudencia y Legislación

JOSÉ IGNACIO TELLECHEA Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Tellechea siempre se encontró “como en su casa” cuando escribió sobre temas históricos de la Compañía de Jesús y cuando trataba como amigos a los jesuitas. Los conoció de cerca en la Universidad Gregoriana de Roma. De ahí que sus profesores, al celebrar el solemne acto académico que en 1991 conmemoraba el quinto centenario del nacimiento de San Ignacio, le eligieron a él como ponente, no siendo jesuita. Para entonces su biografía del santo (su “Solo y a pie”) había traspasado muchas fronteras y constituía ya un referente indispensable para todo lo que en adelante se publicara sobre San Ignacio.

Quiero señalar también el afecto, el cariño que guardaba hacia sus viejos profesores, retirados ya algunos de ellos en las enfermerías de las casas jesuíticas de Roma, a los que visitaba invariablemente en sus viajes a la Ciudad Eterna. Sin que la lista sea exhaustiva, quiero citar a los jesuitas guipuzcoanos Antonio de Orbe, Antonio de Egaña y Félix Zubillaga, que siempre recibían la visita de su antiguo alumno con verdadera emoción.

Subrayo cuatro obras escritas por Tellechea que tienen mucho que ver con la historia de la Compañía.

1. El de la fundación del primer colegio de jesuitas en San Sebastián, que él escribió como una de sus contribuciones a la Biblioteca del Dr. Camino, a cuya fundación en 1966 él contribuyera eficazmente. El libro, verdadero modelo de cómo se debe hacer una investigación, se titula “Una historia turbulenta. La fundación de la Compañía de Jesús en San Sebastián (1619-1627)”. Apareció en 1997.
2. A él debemos la exhumación de la figura y la obra del jesuita andoaindarra Manuel de Larramendi, largo tiempo sumidas en el olvido. El autor de la “Corografía de Guipúzcoa” y de “El imposible vencido”, sobre el aprendizaje del euskera, encontró en Tellechea un sincero admirador que se propuso resaltar a un autor olvidado, pero digno de figurar entre los mejores escritores de Guipúzcoa.
3. Y qué diremos de su “Solo y a pie”, biografía con profunda apoyatura documental de un investigador al que en cierta ocasión “Eusko Ikaskuntza” calificó de “historiador químicamente puro”. Pero, por encima de todo, el “Solo y a pie”, leído, según testimonios, por Juan Pablo II y por Benedicto XVI, es un seguimiento del “Peregrino” Ignacio escrito con alma. “Es un libro –testifica su autor– que ha

hecho bien a mucha gente”. Y para muchos críticos, la mejor biografía que se ha escrito de San Ignacio. En buena parte, por lo que ya hemos apuntado, por la profunda sintonía espiritual y afectiva entre biógrafo y biografiado.

4. También la hubo entre Tellechea y otro santo jesuita, Francisco Javier. La primera vez que José Ignacio visitó Javier fue en 1954, acompañando, con monseñor Laboa, al patriarca de Venecia, Roncalli, cuatro años después papa Juan XXIII. La visita al Castillo y los recuerdos y las cartas del santo navarro le impactaron de tal modo que, años más tarde, en 1981, con motivo de la grave enfermedad que estuvo a punto de llevarle a la muerte, encomendó su curación a la intercesión del santo misionero. José Ignacio quedó en deuda con él y pensó en escribir, en agradecimiento, una biografía de Javier para la que tenía escogido el título: “Solo y a la intemperie”. En realidad su obra es conocida como “Los sueños de Francisco de Javier”, y es la última biografía que escribió y que apareció hace sólo dos años. Lo de “Solo y a la intemperie” es el título del último de los 16 capítulos de la obra. Lo de los sueños lo justifica el autor “porque ellos nos descubren el meollo de su vida. En ocasiones soñó dormido y en voz alta, como cuando gritaba “más y más”, soñando que padecía trabajos, frío, tormentas, bajo la mirada de Dios, a quien generosamente pedía pruebas y más pruebas.”

Para terminar, quiero aducir el testimonio de una emocionada semblanza del presidente de la Real Sociedad Bascongada, José María Urkia Etxabe, que apareció en el “Diario Vasco”, con fecha 12 de marzo de este año. Dice así, dirigiéndose a José Ignacio:

“Muchos, equivocadamente, pensaban que eras jesuita. Ya sé que nunca te desagradó esta confusión. Tu amor por Ignacio está bien impreso en tu nombre de pila que subrayabas, firmando el José con una J inicial y el Ignacio con todas sus letras. Tu amor por la Compañía nos ha dejado tu reciente y última biografía sobre el santo navarro Javier”.

Dice que muchos lo pensaban así. Si no jurídicamente, era jesuita de corazón, como historiador y, sobre todo, como amigo.

Juan José Etxeberria S.J.
P. Provincial de la Provincia de Loyola

MEMORIA DE UN HOMENAJE

En octubre de 1980 Ignacio Tellechea se debatía entre la vida y la muerte. Y más cerca de la segunda. En su espléndido libro que publicaría años más tarde, *Tapices de la memoria* (Kutxa, 1991), y que, por cierto, presentamos en la propia Residencia Sanitaria, evoca aquel calvario (sobre el que Luis E. Rodríguez-San Pedro ha hecho una admirable descripción), además de ofrecernos un apasionante retrato de su personalidad y el desarrollo de su vida.

Superada, pues, feliz y milagrosamente aquella gravísima crisis gracias Dios y a la ciencia médica, el *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*, del entonces Grupo Dr. Camino, publicó hace 25 años su *Boletín-Homenaje a Tellechea*; obra que debe mucho a Joseba M. Goñi Galarraga y al entusiasmo de no pocos colaboradores. La historiadora Selma Barkham, entre otros tantos, y a quien J. Ignacio mencionaba especialmente. Nada menos que 79 aportaciones contenía aquella publicación, en sus dos tomos con 1.735 páginas.

Recoger aquí la génesis de todo aquello nos llevaría a un espacio, que ahora no es el caso. Pero la gestación de aquella histórica publicación es todo un hito imposible de olvidar y que ya quedó registrado en el *BEHSS* (1984).

Se presentó en una memorable sesión el 3 de diciembre de 1983 en la Biblioteca Dr. Camino –antigua Caja de Ahorros Municipal–, con asistencia de las primeras autoridades institucionales, representación de numerosas entidades y un sin fin de personalidades de nuestro mundo cultural.

Había yo escrito, a raíz de lo que todos creíamos un inminente final, una especie de obituario, *Biografía afectiva*, que, afortunadamente no tuvo que ver entonces la luz. Sin embargo, quiso Ignacio que tal necrológica se publicara después en el citado *Boletín*. Y así fue. También se publicó en el muy poco conocido opúsculo, *J. Ignacio Tellechea, solo y a pie* (Salamanca, 1994).

Hoy, lamentablemente esa necrología responde a la penosa realidad. A pesar de ser un texto escrito hace casi 30 años, me permito reproducirlo aquí porque, a pesar de que falte información sobre tal período dado el tiempo transcurrido, lo que allí se dice sigue siendo hoy tan actual como en 1980.

Ignacio Tellechea (Biografía afectiva)¹⁰

Así, sin más, es como muchos le conocemos y llamamos. Nos bastan esas dos palabras para compendiar en ellas todo el impresionante mundo que encierran. Los datos biográficos que a continuación se exponen hablan por sí solos para explicar, sin mayores comentarios, ese mundo que, naturalmente, no vamos a descubrir a estas alturas pero que es obligado lo recordemos aquí:

Ignacio Tellechea nació en San Sebastián el 13 de abril de 1928, en la Plaza de Guipúzcoa, frente por frente de la Diputación Foral. Y es interesante destacar esto último porque una beca obtenida de la Diputación de Guipúzcoa fue el arranque de la fulgurante carrera de Tellechea, hijo de una honradísima familia vasca, modesta en recursos económicos (sus padres, venerables nonagenarios, D. José Tellechea, de Ituren, y Doña Valentina Idígoras, de Zumárraga, viven, felizmente, todavía, en el común hogar familiar de padres, hijos y nietos, de la donostiarra calle Usandizaga, en la plazuela del paseo de Colón, que conserva aún el último chalet de las desaparecidas villas que antaño se asomaban a la playa de la Zurriola). Como suele gustar de recordar Tellechea, esa beca fue sustancial y definitiva para realizar su carrera sacerdotal y, como consecuencia, su formación humanística e histórica y su consiguiente carrera cultural.

Primeras letras en ikastola, escuela de Ituren y dos años de bachillerato en el donostiarra Instituto Peñaflorida. Tras conseguir la beca de la Diputación, pasa a realizar sus estudios sacerdotales a los Seminarios de Bergara y Vitoria (1940-1951).

En la Universidad Gregoriana de Roma (1951-1956) obtiene el doctorado en Teología con medalla de oro y la licenciatura en Historia de la Iglesia. Allí –como en Vitoria, como en Salamanca– es inseparable compañero y amigo del actual obispo de San Sebastián, D. José María Setién. Dicen, los que allí vivieron y conocieron esos años, que Setién y Tellechea eran los alumnos más brillantes de aquella Universidad. El trío lo completaba D. José S. Laboa,

(10) En los artículos publicados recientemente en el *Boletín* de la Bascongada (LXIV, 1, 2008), en el homenaje a J. Ignacio coordinado por M.^a Rosa Ayerbe, siendo presidente de nuestra RSBAP José M.^a Urkia, queda actualizada la biografía de Tellechea en sus rasgos fundamentales. Y su bibliografía (1949-2008), debida una vez más a Joseba Goñi Galarraga.

Además de lo dicho, y aparte sus indispensables *Tapices de la memoria*, el propio José Ignacio publicó su bio-bibliografía en *Eusko Ikaskuntza* (19), con motivo del premio Manuel Lekuona (2001).

luego prestigioso nuncio. En Roma, también, obtuvo Ignacio el Diploma de la Escuela Vaticana de Paleografía.

Por estos años (1954) acompaña durante veinte días al cardenal Roncalli (luego, Papa Juan XXIII) en su viaje peregrinante por la Península. Primero son nuestras tierras (Javier, Roncal, Begoña) y luego Comillas, Covadonga, Santiago de Compostela, Astorga, Salamanca, Alba de Tormes, Ávila, Valladolid, El Pilar de Zaragoza y Montserrat. Después, en 1955, fue huésped durante varios días del agradecido cardenal Roncalli en su palacio patriarcal de Venecia. (Es una grata coincidencia señalar aquí el hecho de que Tellechea ha sido invitado para explicar a través de las pantallas de televisión aquel memorable viaje).

Su tesis doctoral, que trató sobre el tema «La Inmaculada Concepción en la controversia del P. Maldonado, S. J., con La Sorbona» –y a la que se refiere D. Javier Aizarna en páginas precedentes– mereció ser galardonada con Medalla de Oro por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y fue publicada en «Victoriensia» en 1958.

En la Universidad de Madrid obtiene la licenciatura en Filosofía y Letras (Sección de Historia) con premio extraordinario (1965). Es entonces cuando D. Jesús Pabón, catedrático de Historia Moderna en la Complutense y director de la Real Academia de la Historia, insistió en tomarle como ayudante para impulsarle así a la cátedra. Tellechea declinó el ofrecimiento. Y es entonces, también, en este período universitario madrileño, de entrañables vivencias y experiencias prácticas en la biografía de Tellechea, cuando entabla una profunda, una gran amistad con D. Gregorio Marañón y con D. Ramón Menéndez Pidal. Por insinuación del primero –y tal vez sea una cierta indiscreción decirlo aquí– Tellechea confesó a Menéndez Pidal. Con ambos sabios tuvo una honda relación, fundamentalmente en el terreno de la intimidad espiritual y sacerdotal. Algún día lo escribirá el propio Tellechea, así como su amistad con Laín Entralgo, Zubiri, etc.

Profesor del Seminario Diocesano de San Sebastián, bibliotecario (1956-1966) y rector del mismo (1966-1968), fue también en esos diez años profesor del Seminario Hispano-Americano de Madrid. En la década de los 60 coincidimos viviendo en la Ciudad Universitaria.

En 1966 ganó la cátedra de Historia de la Iglesia en la Universidad Pontificia de Salamanca, habiendo también impartido habitualmente cursos en la Facultad de Teología del Norte, sede de Vitoria. Veinticinco años, pues, de docencia, con miles de alumnos, con miles de horas, con miles de kilómetros en la carretera.

Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, miembro de su Comisión de Guipúzcoa, socio-fundador del Grupo Dr. Camino de Historia Donostiarra, presidente del mismo y director de sus publicaciones.

Correspondiente de la Real Academia de la Historia y de Euskaltzaindia-Real Academia de la Lengua Vasca; miembro de honor del Instituto del Humanismo y Renacimiento de Tours; miembro del Comité Directivo del Archivo Italiano per la Storia della Pietà; miembro de la Academia de la Historia de Venezuela y de la Academia de la Historia de Occidente de México; fundador y director del Instituto Pío de Teología para Religiosas (1957); vocal de la Revista Española de Teología y del Comité de Redacción del Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País; director de la revista «Salmanticensis» durante varios años; miembro del Patronato de la Fundación Universitaria Española, cuyo alma-máter, D. Pedro Sáinz Rodríguez quiso asociar a Tellechea a esta empresa cultural compartiendo con él la dirección de la colección «Espirituales Españoles», dependiente de dicha Fundación y de la Pontificia Universidad de Salamanca...

Asesor del Secretariado Nacional de Seminarios y perito conciliar del Episcopado español en el Concilio Vaticano II.

Ha actuado en congresos nacionales e internacionales en Oxford, Tours, Trento, Roma, Madrid, Cuenca, Ginebra, Augsburgo, Sevilla, Salamanca, San Sebastián. Y como conferenciante en varias ciudades: Madrid, Zaragoza, Córdoba, Salamanca, Valladolid, Huelva, Sevilla, Toledo, Santander (Universidad Internacional Menéndez y Pelayo)...

Su actividad como difusor de la cultura a lo largo del País Vasco es continua: Irún, Tolosa, Zumárraga, Zarauz, Rentería, Hernani, Eibar, Behobia..., y, por supuesto, en las cuatro capitales de Bilbao, Pamplona, Vitoria y San Sebastián. En la capital guipuzcoana, muchísimas veces: las últimas, en la Sala de Cultura de la Caja de Ahorros Municipal, con su magnífica conferencia sobre Santa Teresa en el año conmemorativo de su centenario (diciembre 1982) y en la Casa-Museo de Oquendo, con la presentación de su edición sobre el Almirante D. Antonio de Oquendo, biografía del malogrado D. Ignacio Arzamendi publicada por el Grupo Dr. Camino (abril 1983).

Colaborador de «El Diario Vasco» desde 1958 hasta el presente, con épocas de colaboración asidua y más del millar de artículos. Ocasionalmente, también, de otros varios periódicos.

Como publicista es autor de 35 libros y de más de 300 artículos: la bibliografía que en este mismo volumen se inserta, y cuya elaboración pedimos al pro-

pío Tellechea para este fin, da una completa información de su producción escrita. Y se la pedimos, como muy bien explica Joseba Goñi en las páginas precedentes, implicando al mismo Tellechea Idígoras en su propio Boletín-Homenaje. Obra que debe mucho a Joseba Goñi quien, en comunicación con unos y con otros, con sus idas y venidas a la imprenta de Vitoria y con afectuoso y diligente interés, ha trabajado en estos dos volúmenes generosa, eficazmente.



En fin ¿qué no habría que decir de tantas y tantas cosas que quedan ocultas tras la asepsia de unas escuetas referencias biográficas? Haría falta otro volumen como éste para hablar del sinfín de andanzas, matices, testimonios, anécdotas, vivencias; de los prestigios adquiridos esforzada, honradamente; de los bienes culturales, humanos, morales esparcidos a raudales; de los centenares de amigos y discípulos; de los incontables asesoramientos, dictámenes y juicios emitidos durante tantos años y en tantas ocasiones; de la dirección de tesis y trabajos académicos; del interminable recuento de horas de investigación en bibliotecas y archivos nacionales y extranjeros; de las alegrías, de las penas, de «los gozos las sombras»...

Y hablando de las sombras uno tiene que recordar aquí, sombrío, el mes de octubre de 1980 cuando José Ignacio Tellechea Idígoras se moría ya irremisiblemente, tras un proceso imparable de gravísimas complicaciones y sucesivas intervenciones quirúrgicas a vida o muerte, y convirtiéndose así en una sombra, o mejor en un espectro, de su propia figura. De todo eso, o de casi todo, Tellechea conserva hoy lúcida memoria. Tan lúcida y consciente que —además de hablar él de ello y comentarlo con absoluta naturalidad— prepara un libro, sin duda sobrecogedor pero al mismo tiempo de gozosa esperanza y gran belleza testimonial, espiritual y humana, recogiendo todo aquello: sus varias «muertes». Porque, en efecto, no fue una sola vez. Sus hermanos, María Angeles y Patxi, heroicas víctimas de aquella desdichada e interminable situación límite, mientras atendían agobiadamente a sus ancianos padres, a sus hijos y a su propio trabajo, algo podrían decir también. El libro se titulará seguramente «Tapices de la memoria». Y si cabe hablar aquí de «bestseller», sin duda que lo será. Por eso, porque sabemos que a Tellechea no le molesta el recuerdo y este «revival», y porque estos volúmenes están en gran parte en función de todo aquello, recordamos en estas líneas, y no sin dolor, algo de lo que entonces padeció y padecemos.

En mayo de 1981, cuando el firmante de este artículo convalecía en el Hospital Provincial —no puedo evitar aquí el emocionado recuerdo de la visita

entonces del pobre Leo Etxeberria, que acudía a sus reconocimientos médicos en la Residencia—, recibía en mi habitación los animosos mensajes que desde la vecina Residencia Sanitaria Nuestra Señora de Aránzazu me enviaba Tellechea con su hermana María Ángeles. Gracias a Dios, y a unos magníficos médicos y cuidados sanitarios, salimos ambos sanos y salvos de aquellos centros. No así desgraciadamente el buen Leopoldo Etxeberria, a quien desde estas líneas renuevo mi mejor homenaje.

Pero en octubre de 1980, como decía, las cosas no tenían para Ignacio buen aspecto. En aquel mismo mes moría un admirado y buen amigo: Julio Franco, artista exquisito. En aquel mes terminábamos, casi, nuestra edición sobre el Orfeón Donostiarra (para cuyo libro, del querido amigo Miguel Pelay Orozco, escribió Tellechea su deslumbrante «Preludio»). En ese mes, también, la ciudad era un agobiante escenario de violencias.

Y en aquel mes, sobre todo para mí, comenzaba el patético camino hacia la muerte de mi madre. Y no tardaría en iniciarlo mi padre. En tal estado de tristeza, con la salud quebrada, y en las últimas horas de octubre de 1980, desolado en el ánimo y abatido por las noticias que llegaban de la salud de José Ignacio —para cuyo final, que se estimaba inmediato, todo estaba ya dispuesto y preparado—, escribí, a instancias de un amigo de los medios de difusión y con la idea de lo que todos creímos de inminente publicación, esta «carta» que a continuación se reproduce aquí. Y se trae a estas páginas un tanto forzadamente, con pudor tanto por parte de quien la escribió como por quien fuera objeto de ella, venciendo nuestras propias mutuas naturales resistencias. Pero es un testimonio, un modesto pero auténtico testimonio en una hora dramática, con toda la carga de emoción, de afectividad que sólo los momentos cruciales producen. Se escribió, con pluma nerviosa y apresurada, en la noche del 30 de octubre de 1980. Hoy ve la luz, afortunadamente, con otro carácter. La luz. No las sombras de aquellos momentos. Se titulaba:

Carta a Ignacio Tellechea

Te escribo esta carta, querido Ignacio, en esta hora dramática en que todo parece indicar que humanamente, clínicamente, no hay ya nada que hacer. Me dirás que «hombre de poca fe» y tal vez tengas razón. Creo aún en el milagro, pero tengo el presentimiento de que Dios te quiere ya muy cerca —más aún— de El. Y no lo comprendo demasiado cuando tanta falta haces aquí. Pero así tendrá que ser.

En estos momentos en que te debates entre la vida y la muerte —sereno, pacífico, silencioso, como has sido siempre—, me viene, con el atropo-

llo de los recuerdos, una verdadera oleada de sentimientos y vivencias que no puedo ahora ordenar ni coordinar. Ni falta que hace en este instante.

Me surge como primera reacción, como una agresión primaria, el estupor y el rechazo ante esta tragedia que te consume, que nos conmueve a tantos, y que nos va a privar de ti en el mejor momento de tu madura juventud. Privándonos así de tu profunda e innata bondad, de tu serena y equilibrada actitud ante la vida, de tu admirable sencillez y naturalidad, de tu prudencia y delicadeza en los juicios, de tu trabajo abnegado y callado, de tu espléndida inteligencia, de tu impresionante aportación cultural y científica, de tu contagiosa alegría, de tu arrollador empuje vital.

Lluevan los adjetivos y elogios, que serán pocos. Y sonríe tú con indiferente estoicismo porque, aunque ya sabemos que no te producen entusiasmo, algún día había que decirlo. Y bien alto, por cierto. Desgraciadamente, y como tantas otras veces, tenía que ser esto en ese nefasto –o glorioso– día de las alabanzas.

Te sorprendió a fines de este verano el primer soplo premonitorio de tu mal, cuando nadie sospechaba su gravedad, en Ituren. En tu queridísimo refugio navarro de Ituren. Allí donde lo mismo atendías a tus buenísimos y nonagenarios padres, con esa ternura de amor filial que te ha caracterizado, que jugabas con tus dos sobrinos, José Ignacio y Javier Aizpitarte –a los que idolatrabas–, y otros niños en la plaza, que trabajabas en tu pequeña huerta a orillas del Ezcurra, que atendías al estudiante que iba a pedirte orientación, que recibías a colegas de tu especialidad o que preparabas un tocho –como decías– de folios, repletos de rigor, de notas, de ciencia. O que estudiabas tus intervenciones. O que escribías, con tu vena creativa y literaria, piezas que eran un primor. Sin contar las visitas que recibías de tantas gentes importantes del mundo de la cultura de todas partes.

En Ituren. Allí donde escondes, en aquella biblioteca magnífica, lo que tantos grandes hombres –Marañón, Menéndez Pidal...– han dicho de ti, admirados de tu genio de historiador y científico cuando aún eras un chaval. En aquel precioso y recoleto rincón vasco de Ituren, esa especie de «Itzea» en pequeño, en modesto –sonreirás, entre halagado y burlón, leyendo esto–, pero parecidos en su carácter de «santuario» de dos gigantes, de dos hombres buenos y sabios, de dos amigos que se respetaban, admiraban y estudiaban mutuamente, de dos solitarios dolientes ante el drama actual y la quiebra de valores de nuestra sociedad: Julio Caro Baroja y tú.

Con poco más de tus 50 años en Ituren. Preparando ese monumental «San Ignacio» que algún día veremos y que te lo habían pedido de París. Porque habías despegado y comenzado ya el vuelo del águila por las aulas de Oxford, Roma, Augsburgo, Ginebra, Tours, Trento... Y te traducían ya a

otros idiomas. Y pronto ibas a Estados Unidos. E ibas a ser puntal en las conmemoraciones centenarias de Santa Teresa de Ávila, a las que acudiría el Papa. Y tenías no sé cuántos libros ya medio dispuestos para la imprenta, algunos de ellos viendo la luz y tú, en la UVI, casi sin enterarte. Y qué sé yo cuántos artículos y conferencias a medio hacer. Y tu tercer tomo de Larramendi sobre los Fueros de Guipúzcoa. «Ahora es el momento, ahora. ¡Verás qué Larramendi!», decías entusiasmado ante la arrolladora personalidad del jesuita andoaindarra, tu personaje preferido, junto con San Ignacio y Carranza. Y dentro de unos días saldrá a la luz tu bellísimo «Preludio» al libro sobre el Orfeón Donostiarra: de lo mejor que literariamente has hecho, según dice su autor Miguel Pelay Orozco.

En fin, ya se escribirá sobre el catálogo de tu obra y de tus investigaciones, despacio y con rigor. De momento me quedo con la cifra de tus treinta y tantos libros y la larga lista de tus artículos y colaboraciones, porque no es el lugar ahora de entrar en el cúmulo de todos tus papeles, separatas y recortes, desprevénidos aún por lo imprevisto de tu despedida.

Y de Ituren a Salamanca. De cuya Universidad Pontificia te quisieron hacer creo que rector. Como en su día lo fuiste del Seminario de San Sebastián. Con tus frecuentes escapadas, desde allí, a la Real Academia de la Historia —en la que estabas tan considerado—, al Archivo de Simancas o a donde fuese, con tal de encontrar datos y noticias.

No sólo quisieron hacerte rector de Salamanca. También se ha hablado más de una vez de ti para altos designios en el gobierno de la Iglesia.

Y de Salamanca a Gasteiz, en donde pasabas otros meses explicando tu asignatura. Media vida en la carretera, de un lado para otro. Con unos elementales rendimientos económicos y sin decir nunca una palabra.

Y en cuanto podías a Donostia, tu pueblo. A abrazar a los tuyos, por quienes, a pesar de tus obligadas, largas e incómodas ausencias, te desvivías. A ver amigos, a visitar enfermos, a dejarte «coger» —a pesar de tus agobiantes compromisos— por unos y otros, Y a dirigir tu «Grupo Dr. Camino de Historia Donostiarra». Y digo «tu Grupo», porque verdaderamente lo eras todo en él. A veces comentábamos que hasta «demasiado tuyo». Porque desde buscar los originales a corregir sus pruebas, hacías de todo: tú, con todo lo que tenías, a cuestras con el «Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián», con las «Monografías», con los «Temas Donostiarras». Esos cerca de cuarenta libros se deben también a ti: me encanta ahora pensar que con varios de ellos algo tuve que ver.

Una de tus últimas ediciones de «Dr. Camino», las «Cartas al P. Donostia», del P. Jorge de Riezu, que presentaste con tu habitual brillantez formal y conceptual en la Sala de Cultura, de la calle Arrasate, de la Caja

de Ahorros Municipal de San Sebastián, institución con la que tanto colaboraste y a través de la cual tanto servicio cultural prestaste por medio de tu gran prestigio y de tu bien hacer.

Y siguiendo con «Dr. Camino», tu criatura cultural predilecta, ese «Fondo Serapio Múgica», cedido generosamente por D. José Múgica a nuestra Biblioteca Dr. Camino, a través de la Caja de Ahorros Municipal, y que ordenaste y catalogaste con tanto afán. Así como la edición-homenaje a D. Serapio, «Estudios sobre San Sebastián», que, con ese motivo, preparaste con tanta ilusión.

Y los Amigos del País: tus colaboraciones en su «Boletín»; tu última intervención sobre Peñaflores (que entusiasmo, como siempre) en la Asamblea General de Insausti-Azcoitia del pasado 23 de junio –seguramente tu último acto público–; tu palabra siempre constructiva, respetada e inteligente en las sesiones de la Comisión de Guipúzcoa de la Bascongada, de la que fuiste gran Amigo de Número... Los Amigos del País, una de tus grandes ilusiones.

Y tu pertenencia a varias Academias e Instituciones internacionales... En fin, plumas más importantes que esta insignificante mía –al fin y al cabo, con el único título de la amistad– se encargarán de hacer el recuento de tus méritos culturales y científicos. Por de pronto, ahí están las críticas y recensiones, nacionales e internacionales, a tu obra que ha sido la antítesis de la improvisación o de la ligereza, tan en boga a veces. Y más de uno, ante la envergadura de tu producción, se asombrará del silencio que te ha rodeado y en el que has vivido.

Ya sé que en esta hora crucial no te importan nada –nunca te han importado mucho– esas cosas y que tu principal equipaje es otro. Un equipaje cargado de fuerte y auténtica espiritualidad cristiana; de un sacerdocio consecuente y vital; de una vida austera –iba a decir pobre–, sacrificada y difícil. Pero alegre, esperanzada, no exenta de honda preocupación ante las difíciles circunstancias por las que pasa nuestro país y por las que tanto sufrías. Una excepcional calidad humana, en suma, que ha admirado a tantos y, últimamente, a cuantos te han rodeado –médicos, enfermeras, ayudantes, pacientes, amigos– en tu enfermedad mortal, tan terrible, sin una queja, en silencio, como siempre. Y lúcido, también, como siempre, consciente de toda la tragedia.

En definitiva, a ti podríamos aplicarte ahora la misma rúbrica que pusiste en el segundo tomo de tus «Obras del P. Larramendi», cuando lo dedicaste a D. José Miguel de Barandiarán y D. Manuel de Lecuona «con profundo respeto por su ejecutoria humana, científica y sacerdotal».

Amabas la música, la poesía, la vida, el arte, la naturaleza, la gente. Vivías con la misma alegría e intensidad entre legajos que entre tus peque-

ños cultivos en la huerta de Ituren. Al volante, siempre pensando en proyectos, que en tu cátedra. Entre niños, lo mismo que entre sabios o los baserritarras baztaneses. No supiste lo que es el ocio, las comodidades. Ni la murmuración o la crítica. Siempre igual, de buen humor, afectuoso, educado, servicial, comunicativo, espontáneo, sin repliegues. Siempre suave y respetuoso, sincero, con tu interlocutor. Te encontrabas tan a gusto en un palacio como en una borda, con tal de estar con gente buena, auténtica. Tratabas con igual afecto y respeto a los académicos que a los pastores, a los profesores de La Sorbona que a las modestas gentes de Miranda de Arga, el pueblo de «tu» arzobispo Carranza. Y te extasiabas igual ante las sinfonías de Mozart que ante las melodías de los pájaros de Aurtiz y de Lasaga.

Tenías, en fin, en tu gran inteligencia y experiencia, la ingenuidad de las almas limpias, la ilusión de un adolescente, el asombro ante la belleza, la pureza de intención, el afán del bien, la deportividad del campeón. No concebías el retorcimiento ni la mediocridad.

Eras, ante todo, un alma de Dios. Y un gran humanista. Un humanista independiente, íntegro, libre.

Así te vieron grandes cabezas europeas, como los profesores Marcel Bataillon o Robert Ricard. ¿Cómo no recordar ahora la visita que les hiciste en París, en el inolvidable viaje que realizamos para escuchar a nuestro Orfeón Donostiarra en aquel grandioso concierto del «Palais des Congrès» en 1976? ¡Cuántas veces recordabas aquel impresionante y profundísimo Requiem de Berlioz con nuestro entrañable Orfeón entre las Orquestas Sinfónicas de Boston y de París y los Coros de la Opera de París, bajo la dirección de aquel tremendo japonés Seiji Ozawa!

Y así te veía también el imponente grupo de historiadores con el que convivimos en Augsburg durante aquellas vacaciones de verano en 1979, con motivo del Congreso internacional de la Confessio Augustana. Eras allí, en aquel impresionante mundo germánico y europeo, el único historiador de estas latitudes. Y nuestras visitas entonces al sepulcro de los Fugger, los banqueros del Emperador; a la sala de la histórica entrevista Lutero-Cardenal Cayetano, que cambió la faz de Europa; a Memmingen, escenario de la Guerra de los Campesinos en el XVI; a la grandiosa abadía benedictina de Ottobeuren, «El Escorial de Suabia»; y nuestras cervezas en las inevitables y preciosas cervecerías del gran Munich... Siempre escuchándote y aprendiendo... Y tu apresurada visita, de tren a tren, a la Biblioteca Nacional de París de donde volviste gozoso con el hallazgo de aquella rarísima revista francesa del XIX que recopilaba la música del «maixu» Santesteban... En fin ¿cómo olvidar ahora tantos y tantos momentos irrepetibles y preciosos, tantos actos culturales juntos en estos últimos doce años?

Perdona, Ignacio, que en esta noche de tu soledad, de tu dolor, de tu última esperanza, haya ofendido tu pudor y tu modestia desahogándome desde la intimidad con este recuerdo elogioso, deslabazado y precipitado. Pero no he podido resistir la fuerza de tu influjo ante el bien que has hecho, ante tu ejemplo, ante tus enseñanzas. No sé si te das cuenta del vacío, de la pérdida tremenda que tu partida supone para todos. Y para Euskal Herria, en particular, a quien tanto quisiste en su realidad histórica y actual. Buen viaje, Ignacio, en tu recta final.



Afortunadamente, la recta es aún larga, con buena visibilidad y excelente firme. El derrapaje queda ya en el recuerdo, cada vez más nebuloso, de una lejana pesadilla.

Como muy bien dice D. José María Setién en las páginas precedentes, sólo *otra «revelación»* podrá dar las claves de tan impresionante y venturosa recuperación.

Euskal kultura, gure herria, gure kondaira, urte auetan beren bizian aro ezin garrantzitsuagoa igarotzen dutenak, zorionez, gure lagunaren presentzia eta zeregina edukitzen jarraituko dute.

Bere ekarri gizatiar eta kulturalarekin zati garrantzitsu-izaten jarraituko du gure eguneroko jardunerako eta eragille gure ilusio eta itxaropenarentzako.



Hasta aquí lo escrito en 1980.

En el *BEHSS* (1984) escribió Ignacio un emotivo artículo, *Deo gratias*, recordando sus vivencias y curación y las peculiaridades de aquel homenaje al que calificaba como *conspiración, confabulación de amistad, memoria amicorum*, “de amigos de la tierra, de casa”.

Con rubor, por la alusión personal que contiene, y dejando de lado un obligado pudor, transcribo algunos párrafos de aquel texto:

Memoria o memorial, pues, de amigos domésticos de la pequeña patria: casi absolutamente todos los que figuráis en esta larga lista lo erais ya –admirados maestros unos, respetados colegas otros y no pocos, jóvenes o alumnos queridos–; otros, muy pocos, sois amigos desde ahora por figurar en ella. Y no es el aspecto menos insólito de esta obra este «con-

centrado» de amistad, en tiempos de tanta división y odio, de tanto «cotarro y cofradía», como diría nuestro Unamuno. Estoy contento de tener tantos, tales y tan distintos amigos, y de disfrutar de este testimonio de amistad venturosamente no póstumo; y también de haber dado ocasión a que por un momento el amor acalle con fuerza las voces de la indiferencia, de la aversión y del odio y se haya canalizado por caminos creativos que aportan luz y ejemplaridad a nuestra sociedad enferma. Es como un soplo vivificador en este sábado de adviento, el tiempo de la expectación de dones todavía mucho más altos.

Insólito es también que lo que nació al impulso cálido de una larga vigilia de muerte se convierta hoy en encuentro feliz; y que, a pesar de esto, se incluya en el Homenaje un maravilloso artículo necrológico, sí, y carta de despedida, escrito para el periódico en angustioso trance por el amigo Juan Antonio Garmendia, incrustado ahora en esa que él define «Biografía afectiva» en la que podréis verificar cuánto más peso y sustancia tiene el adjetivo que el sustantivo. ¡Que ya es decir! Esas páginas y las de los que primero colaborasteis están amasadas con angustia; y las de todos los que, como una bola de nieve que aumenta, os habéis ido sumando a la tarea están cargadas de afecto. Aquella iniciativa emocional de los primeros meses de 1981 y últimos del 80 es hoy realidad tangible (...)

Tras agradecer sentidamente la asistencia sanitaria recibida en los diferentes centros médicos de la ciudad, especialmente en la Residencia N.^a S.^a de Aránzazu, y a la entonces Caja de Ahorros Municipal, J.I. Tellechea concluía:

Queridos amigos: lo que germinó envuelto en presagios fúnebres nace hoy como un canto a la vida, como un himno a la alegría. Este acto es el eslabón último de un período de mi vida, de estos dos últimos meses, en que he gozado íntimamente del gozo de sobrevivir: siete conferencias y días inolvidables en Argentina, dos conferencias en Madrid, tres en Zaragoza, una en Valencia y otra en Bilbao, una ponencia en el congreso luterano de Turín y la participación el lunes pasado en un tribunal de tesis doctoral sobre el Arzobispo Carranza en la Universidad Gregoriana de Roma, sin contar las tareas docentes ordinarias, constituyen un record de vitalidad. Además me han facilitado el reencuentro feliz con tantos y tantos otros amigos lejanos, alguno no visto desde hacía treinta años, no pocos de los cuales me decían: «Oí que estuviste algo malucho». Otros: «Cuánta angustia pasamos a tu cuenta!». A los que serenamente respondía: «Sí, algo malucho!, con el funeral preparado, la mortaja dispuesta –que todavía la retiene uno de los aquí presentes– y la Funeraria aguardando la confirmación definitiva».

Pero no voy a caer en la insensata tentación de presumir de la vida, de la supervivencia, ni siquiera pensando que varios de los que me acompañaron han desaparecido de entre nosotros. Y estoy muy lejos de tal ten-

tación, porque, tras lo dicho comprenderéis que, probablemente mejor que vosotros, sé, siento y percibo la vida como un don, un don maravilloso de Dios para mi y para los demás, que he de hacerlo fecundo.

Por todo ello, gracias a vosotros, mis amigos, por vuestro trabajo, vuestro afecto y vuestra compañía. Y sin rubor alguno, Deo gratias, gracias al Señor, al Señor para quien «morimos y vivimos» (Rom 14,8).

Juan Antonio Garmendia Elósegui
8-IX-2008

*JOSÉ DE ARTECHE PRESENTE EN EL HOMENAJE
DE LA BASCONGADA A JOSÉ IGNACIO TELLECHEA*

Ante el deseo de incorporar a José de Arteche al presente homenaje que el *Boletín de la Bascongada* dedica a J.I. Tellechea, nació en mí, de primeras, una intuición deseable, aunque presentida como misión casi imposible e incluso de atrevida intrusión: incorporar un texto, siquiera fuera menor, de quien era tío y entrañable colega de Ignacio, ambos historiadores y escritores, a pesar de mediar una distancia de casi treinta y ocho años entre una y otra defunción (octubre de 1971 / marzo de 2008), añadida a la desventaja para “Joxé” de hacerse presente en este homenaje sin haber podido conocer los mejores años y frutos del trabajo que han dado renombre a su sobrino “Ignacito” –tratamiento primero de Arteche al vástago chaval de familia– y naturalmente incapacitado por su muerte para poder darnos su definitivo perfil intelectual y sacerdotal –aspecto éste último nada indiferente ni secundario para el cristiano Arteche– de su querido pariente.

La historia y el tiempo no admiten reversión de su curso, pero sí retrotraer al hoy a admirados nombres que nos precedieron; en la presenta ocasión nos ha perecido pertinente husmear en el tesoro de artículos de prensa más o menos semanal de Arteche hace cincuenta años, topando por fortuna con el artículo que ni podíamos soñar para el objetivo de este homenaje del *Boletín* con Tellechea como personaje principal en el día solemne de su vida, su Primera Misa en Ituren (Navarra) –que lo publicamos como primicia (bis)– a los diez días de su ordenación sacerdotal el día de San Pedro en la catedral del Buen Pastor de Donostia.

Al traer ahora a la memoria la crónica de Arteche acerca de la jornada de la primera misa de Tellechea en Ituren en julio de 1951, nada nos impide ima-

ginar el gozo del encuentro de ambos en la Casa del Padre con un Arteche confirmado en sus presentimientos que habrían de resultar en verdad proféticos acerca de la carrera sacerdotal e intelectual de primerísimo orden que iniciaba el misacantano; el cronista Arteche, por si acaso, se nos adelantó dejándonos de regalo tan sólo el marco de la solemnidad de la fiesta con el toque del clima paisajístico, religioso, folklórico y, sobre todo, de fervor popular de la primera jornada pública de Tellechea y que sólo nosotros podemos darle ahora contenido al marco.

Artículo de un cronista nimbado por el don de la observación, ante el clima religioso y festivo de Ituren, aunque mucho más atento a palpar la interioridad religiosa de los asistentes al culto sagrado, hasta el punto de olvidarse casi del misacantano mismo, ni aludir siquiera al predicador de campanillas. A Arteche lo que le impresiona es el pueblo orante y su fervor retenido particularmente entre los familiares, fundiendo en un haz a los parientes difuntos y sacramentalmente asociados al acto con la parentela presente. Sólo la música se merece un obligado elogio, por lo demás, tan obligado en una fiesta religiosa entre vascos.

“*Salió el sembrador a sembrar su semilla*”(Luc.8, 5.); la parábola evangélica de la siembra que nos marca una diversidad de implantación de la Iglesia en el mundo, no podemos calificarla en la descripción que del clima religioso de Ituren nos pinta Arteche sino de “*tierra buena y generosa*”, dada la sintonía del pueblo con el acontecimiento: serenidad festiva de todos, participación institucional del ayuntamiento, solidaridad vecinal evidente, exhibición del mejor repertorio musical y folklórico del viejo pueblo navarro tanto en el templo como en la plaza pública ...; qué primera jornada sacerdotal la de Tellechea en el día más solemne y entrañable de su vida!

Sobrias anotaciones del articulista sobre el protagonista sin arriesgarse en peligrosa, aunque presentida con el corazón, fecundidad de la estela sembradora de Tellechea y que sólo ahora nosotros, desde la atalaya de más de cincuenta años podemos contemplarla como exuberante, gozosa y verídica, sin duda a la altura del cuadro idílico de aquel día pergeñado en el artículo que destila sin duda un innegable cariño para con el clérigo de familia.

Por lo demás, las anotaciones del articulista al contar con un miembro de sangre en la jerarquía de la Iglesia, los sentimientos de intimidad religiosa que en los mismos descubre en el silencio de la ceremonia, la sintonía participativa del pueblo tanto en la asistencia al templo como en la comida y, sobre todo, en la fiesta popular de la tarde al compás de la ritual danza baztanesa, etc., son trazos que en su sobria captación nos brindan un cuadro descriptivo de belleza y cariño dignos de la futura trayectoria del neosacerote.

“Misa nueva en Ituren”¹¹

Por José de Arteche¹²

La comitiva partió de la casa¹³. del misacantano. El alguacil, de paisano, marchaba el primero disparando cohetes; seguían tres chistularis tocando una airosa “biribilketa”; un concejal con la bandera de la villa, una gran bandera blanca, y, detrás, el nuevo sacerdote en medio de sus padres y el alcalde. A continuación, llenando la larguísima y única calle encuadrada en mansiones señoriales, iba el vecindario en masa, entremezclado entre bastantes sacerdotes, todos ellos de manteo¹⁴.

Los chistularis cesaron de tocar. Atravesado el pueblo, comenzábamos a ascender la fatigosa cuesta que, por un bosque, entre un helechal donde pacían ovejas, conduce a lo alto del cerro donde se alza la iglesia parroquial dedicada a San Martín, rodeada de un rústico camposanto¹⁵.

El retablo, ricamente dorado, resplandecía de luces. Bajo el presbiterio, los padres del misacantano ocuparon siales de honor, mientras el Ayuntamiento se acomodaba en el banco de respeto, el primero a la izquierda, y los invitados pasaban a los escaños habitualmente destinados a los hombres. El pueblo llenaba el templo rebosándolo hasta el pórtico circular.

(11) Sorprende que el título del artículo no sea el de “*Primera Misa*”, expresión consagrada en castellano para el caso, como no fuera porque Arteche quisiese traer a la mente del lector la expresión euskérica así mismo consagrada de “*Meza Berria*” (Misa Nueva).

(12) *La Voz de España*, 17 de julio de 1951.

(13) Llamada “*Luisenea*”, casa familiar de los Tellechea en Ituren heredada por el padre.

(14) Entre los sacerdotes asistentes hemos podido identificar hasta donde las fotografías nos han permitido, tanto del acto litúrgico como de la posterior informal sesión fotográfica, empujando por quienes fueron ministros en el Altar: D. José Zunzunegui como Padrino del misacantano, pariente por vía materna, además de mentor y maestro en el Seminario de Vitoria como profesor de Historia Eclesiástica y director de la Biblioteca; diácono D. Donato Arrinda, profesor así mismo del Seminario y subdiácono D. José María Maidagán, sacerdote en activo, además de pariente lejano. Ocupó la sagrada Cátedra D. José Sotero Aguirre, acreditado director de Ejercicios Espirituales dentro y fuera de la diócesis de Vitoria. A los sones del órgano desplegó su arte D. Antonio Rey. En calidad de amigos invitados: los cuatro miembros que con Tellechea se habían prodigado en el Seminario como *Quinteto musical*: D. Santiago Garmendia, D. José I. Urdampilleta, D. Francisco Ustoa y José María Larrañaga, en fin, los entrañables condiscípulos D. Francisco Sesma y D. José María Setién.

(15) Justamente en él, y en la misma fosa que sus padres, fue enterrado J. I. Tellechea el 9 de marzo.

Los carretes de cirio, los “*argizaiolas*”, estaban todos arrinconados para que no estorbasen.

¡Qué difícil expresar toda la emoción que emana de estas primeras misas! Conocemos al nuevo sacerdote; lo conocemos desde que era niño; es de nuestra misma sangre; cuando queremos —cuando queríamos— referirnos a él siempre lo llamábamos Ignacito. Y llega un día, casi sin que nos demos cuenta, en que contemplamos a Ignacito —Don Ignacio Tellechea— subir revestido las gradas del altar, mientras los sonos del órgano se dilatan majestuosamente.

Todo, hasta el menor detalle, toca entonces a la emoción religiosa. Los recuerdos se agolpan; parece como que los que faltan, los ausentes definitivos, se asocian de un modo invisible pero positivo al Sacrificio que se está celebrando; miráis de reojo en torno, un poco avergonzados de vuestro propio enternecimiento, y observáis, con una sensación de alivio, que los rostros que a la venida encontrasteis duros, impermeables a la emoción aparecen surcados de lágrimas a pesar de los violentos esfuerzos por disimularlas. Después, al final, el besamanos interminable, mientras el coro canta viril el *Te Deum*, desborda todos los afectos.

Regresamos al pueblo por el mismo orden que a la subida. Al entrar en la villa, un copioso chaparrón disuelve la comitiva. Es la una y media; el cartero reparte la correspondencia; en el portal donde nos refugiamos, entrega la suscripción a un periódico de la capital del viejo reino, correspondiente al sábado¹⁶. ¡Feliz pueblo éste a donde los periódicos llegan con un día de retraso!

Poco después nos reunimos en las vastas estancias de la posada de la Casa Consistorial, una casona con porches en cuyos sótanos se apilan ingentes cantidades de leña. Un hombre representa en la comida a cada una de las casas o caseríos de la villa¹⁷. En total, somos ciento veinte los convidados que, despaciosamente, damos cuenta de un copioso banquete digno del mejor restaurante de una gran ciudad.

Son las seis cuando el alcalde, los concejales y los hombres más representativos del pueblo bajan a la plaza. Los chistularis repiten con suavidad los compases preliminares del “*mutil dantza*”, mientras los hombres, puestos en fila, recorren la plaza y saludan al concurso, inclinándose reverentes con la boina en la mano y repitiendo la frase de ritual “*Aunitz urtez*”

(16) La Primera Misa de Ituren al ser el día 8 de julio se trataba nada menos que del periódico del día de San Fermín.

(17) La costumbre quería que los vecinos invitados al banquete correspondiesen a la invitación donando algún pollo o gallina.

(Por muchos años)¹⁸. Poco después, la larga fila comienza los giros de la señorial danza baztanesa. Un escape de sol asocia a la fiesta la elevada cumbre del Mendaur ...¹⁹”.

Joseba M. Goñi Galarraga
Sacerdote

MIS VIVENCIAS CON D. JOSÉ IGNACIO

Yo ingresé en el Centro Matía Rezola el 8 de octubre de 2007, en la habitación 311 la contigua a D. Ignacio. Me instalaron en el comedor en una mesa compartida con D. Félix Pecina, un señor fino y agradable en su trato, y me dijeron que la otra persona era un sacerdote, escritor, historiador, todo un personaje. En un principio me dio miedo de no estar a su altura intelectual, pero enseguida me di cuenta de su talla humana y la sencillez con que nos trataba. Todo un caballero. Las personas inteligentes como D. Ignacio saben cómo conversar.

Nos contaba cosas preciosas que guardo en mi memoria. Unas veces me hacía reír y otras lloraba. Lo mismo nos contaba sus viajes y andanzas que nos contaba chistes. Había días en que estaba callado, se le notaba que estaba con dolor, pero jamás se quejó.

Los días de Navidad los pasamos juntos. Vinieron a la cena M^a Ángeles, Pachi y su sobrino Javier, a quien siempre le hacía un gran recibimiento. Yo solía poner la música, y recuerdo que un día puse un pasodoble torero en que se repite “ole”. Yo –con mi “taca-taca”– intenté bailar y él, en mi silla, con el brazo extendido como haciendo pases repitió los tres oles, me quedé asombrada, fui donde él y nos reímos juntos.

Con la cuestión comida, yo le preparaba todas las mañanas el pan untado con mantequilla y mermelada. Ese era el termómetro de su apetito. Me llama-

(18) Expresión euskérica correspondida con la de “*Bertze hain bertzez*”, (en nuestro euskera común “*beste hain beste*”: Otro tanto); respuesta al saludo, al parecer, no de uso cotidiano en Ituren sino eminentemente ritual, reservado para las grandes ocasiones como la danza en curso en esta circunstancia.

(19) Montaña del municipio de Ituren de 1131 metros, “*cuyas puntas semejan el más colorado paquidermo antediluviano, (...) mirador casi celeste del valle de Bertizarana*”, (ALTADIL, Julio, *Provincia de Navarra en Geografía general del País Vasco-Navarro* dirigida por Carreras y Candí, F. (Barcelona, s. a., p. 47-48) en cuya cima se sustenta la ermita de la Santísima Trinidad de ferviente devoción popular.



En Navidad. Los cuatro caballeros de la tabla redonda y dos que se colaron... (24-12-07).

ba M^a Ángeles para saber cómo había desayunado. Luego las raciones de comida eran grandes y aunque él siempre me decía “Ana come”, al fin siempre las compartíamos.

Tenía muchas visitas de amigos, alumnos que pasaban por su cuarto.

Un día me dijo “Ana no veo”. Me apresuré a llamar a la cuidadora y enseñada le atendieron, luego vino M^a Ángeles y habló con la doctora.

Otro día me dijo “he pasado mala noche, me ahogaba”. Cuando no estás bien –yo le decía– llámame con unas palmadas, pues a veces no oyen el timbre y yo tengo el sueño ligero, y estamos para ayudarnos. Me daba las gracias.

El 27 de febrero lo llevaron a la Residencia y siempre estuve esperando a que volviese, hasta que el 8 de marzo nos dieron la noticia.

Pasan los días y meses y todo es distinto sin él ¡cuánto silencio!, y ¡cuántos recuerdos! Ya no pongo música lloro mucho por las noches, al final decido volver a mi casa. Saco la conclusión de que en mi larga vida de 89 años he convivido con la persona más maravillosa.

Ana Hernando
Jubilada

HAY QUE ESCRIBIR ...

Recordando el precioso prólogo que José Ignacio Tellechea Idígoras me regaló para el libro *Oroitzapenak* que escribí en memoria de mi “aita”, es mi deseo dedicarle a mi vez estas líneas, atendiendo lo que acostumbraba decirnos cuando a él acudíamos en demanda de consejo. Siempre generoso, no nos regateaba su ayuda como maestro y guía para superar las dudas y, acaso, el desánimo que podía invitar al abandono.

“A trabajar... –nos decía– que esos recuerdos no se pueden perder, deben conservarse en la memoria colectiva, porque de lo contrario lo que permanece inmóvil en nuestra mente se extingue con nosotros mismos”.

Deseando ser fiel a su consejo trataré de recoger, como sencillo homenaje al gran historiador y hombre bueno, algunas de mis vivencias relacionadas con la que tanto amó, la “Bascongada de los Amigos del País”.

Aún no había cumplido yo mis siete años cuando falleció mi “amatxo”. Fue un golpe muy duro para mi padre que, intentando cubrir tan doloroso vacío me llevaba a todas partes. Conocí precozmente el “mundillo” cultural donostiarra, en el que él participaba. José de Olaizola sentía un sincero agradecimiento y admiración por la labor que los “Amigos del País” desarrollaban. No en vano como becario de la Diputación de Guipúzcoa había cursado sus estudios musicales en la “Academia de Bellas Artes” que, sita en Euskalerría 8, fue modelo de centro docente, fundada y dirigida por la precursora de lo que más tarde sería el “Conservatorio Municipal de Música”.

“La Academia de Bellas Artes” reunía, en sus diversos cursos, 360 alumnos en 1900, antes de que un devastador incendio, en 1913, redujera a cenizas el edificio. Contenía, además de un magnífico órgano de conciertos, muy notables obras de arte: Ugarte, Regoyos, Gordon, Salis, Benlliure y Martínez Bryan, son nombres que nos dan una idea de aquella espléndida colección. Habían pasado por las aulas como estudiantes, algunos que con el tiempo llegarían a ser bien conocidos en el campo musical: Secundino Esnaola, Joaquín Sabadie, José Bustinduy, Federico Carasa, Raimundo Basurko, Santos Gandia, Castellanos, Pablo Soba, Benito y Salvador Díaz, Joaquín Iruretagoyena y Manuel Arruti, además del ya mencionado Olaizola. De ellos, Esnaola y Olaizola, junto con Arruti y Sabadie, pasaron (1902) de “La Coral”, que existió en “Bellas Artes”, al recién creado “Orfeón Donostiarra”.

1906 fue un año muy importante para Olaizola, se casó y obtuvo por oposición la titularidad, como sucesor de los Santesteban, en el Cavaillé-Coll de

la Iglesia de Santa María, iniciando así su larga carrera musical. Impulsado por su afición literaria dio a conocer en San Sebastián (1908) su obra teatral *Markesaren alaba*, en tres actos y cinco cuadros, después de haber sido premiada en las Fiestas Vascas de Eibar.

Pasadas dos décadas fundó de *SASKI NASKI* junto con un grupo de inquietos soñadores, animados por el entusiasta Antonio de Orueta. El gran éxito logrado en su presentación en Donostia (1928) y al siguiente año en el Théâtre des Champs Elysées de París les obligó a dar continuidad al esfuerzo inicial, estructurar su organización y ampliar sus actuaciones, viajando por el País Vasco y fuera de él.

De la mano de mi padre empecé a ser precoz testigo de sus actividades, recuerdo que los directivos de *SASKI NASKI* decidieron participar en las conmemoraciones del II Centenario del nacimiento del Conde de Peñaflores, fundador de la “Bascongada de los Amigos del País”, ofreciendo a Munive y a los que le rodearon unas nuevas “estampas” en el programa que en 1930 presentaron en sus actuaciones, “Los Caballeritos de Azcoitia” y “Las Bateleras de Pasajes”. De la música de los dos cuadros de la primera se encargaron P. Donostia y Uruñola respectivamente, y del argumento y música de “Las Bateleras” José de Olaizola, que retomaba el tema premiado en Eibar. En el primer cuadro se contemplaba una tertulia dirigida por el Conde, y en el segundo dos parejas bailaban un minué en un salón dieciochesco. En la otra “estampa” figuraba Pasajes de San Juan con las bateleras de la época que cantaban las coplas de la conocida “Markesaren alaba”. Los antecedentes más remotos que se conocen de estas bravas mujeres son los de “María del Pasaje”, que aparece en el viaje de Magallanes (1519), y la cita que en 1679 hace la escritora, Condesa D’Aulois. Un siglo después el francés Delaporte dejó escrito: “Las encantadoras bateleras como pajaritos cantores iban de una a otra orilla”. Y a principios del XIX el prolífico autor teatral Bretón de los Herreros les dedicó una de sus obras. No es exagerado atrevimiento presumir que “los pajaritos cantores” conociesen las coplas de “la hija de la Marquesa”. Según dicen, están basadas en el “mal de amores” del que fueron víctimas en Motrico dos jóvenes, hija de una marquesa ella y marino él. Las 21 estrofas fueron escritas por el “motrikuarra” Sebero Iturrino, impresas en “bertso paperak”, que tuvieron enorme difusión principalmente en la Costa.

Pasaron 15 años desde aquellas conmemoraciones, yo había terminado mis estudios de Química y el que fue profesor mío, D. Leandro Silván, asumió la organización del Congreso de la Sociedad Española de Física y Química en San Sebastián. Me encomendó la programación y montaje de un Festival de

INDUMENTARIA VASCA



Batelera de Pasajes.

música y danzas vascas e inmediatamente recordé lo que había sido *SASKI NASKI*. El 14 de Junio de 1945, en el Teatro Principal abarrotado de espectadores, entre las “estampas” ofrecidas “Los caballeros de Azcoitia” contribuyeron al gran éxito logrado. Fue mi “bautismo” en esas lides. Al día siguiente nos desplazamos en autobuses a Vergara para el solemne Acto de Clausura en el Real Seminario. No he olvidado la calurosa felicitación que me dedicó el entonces Conde de Peñafloreda.

Esta visita al escenario donde aquellos beneméritos “Amigos” abrieron nuevos caminos para nuestro País, mis posteriores relaciones familiares y la colaboración que más adelante sostuve con otra institución de singular importancia cultural, el laureado “Orfeón Vergarés”, me ayudaron a valorar en su auténtica dimensión lo que había supuesto para la señorial Villa la semilla sembrada en el XVIII por la “Sociedad” que con tanto esfuerzo y dedicación creó el VIII Conde de Peñafloreda. “Amigo supernumerario” desde 1965, había tenido la oportunidad de establecer relaciones próximas con los entusiastas miembros de la “Bascongada”, que por entonces se esforzaban en impulsar actividades y dotarla de renovada vitalidad. Álvaro del Valle Lersundi, Juan Ignacio de Uria, José María Aycart, Ricardo Izaguirre y, cómo no recordarle muy especialmente a José Ignacio Tellechea, que por entonces ponía su mayor empeño en desarrollar una idea de Izaguirre, que al poco lograría convertir en gozosa realidad hasta nuestros días, dedicándole no pocos esfuerzos para superar contratiempos y a veces incomprensiones, su querido “Instituto Doctor Camino de Historia Donostiarra”.

Fueron tiempos de intenso trabajo, pareciera que la rehabilitación del Palacio de Insausti (1964) había dotado de nueva energía a la “criatura” que allí alumbraron los que se reunían dos siglos antes, que el reencuentro con los rejuvenecidos muros que tanto podrían decir de lo que entre ellos se debatía encendía nuevas luces en los sucesores de aquellos preclaros contertulios. Las conmemoraciones centenarias (1963), bicentenario-destrucción y del derribo de las murallas de San Sebastián, le proporcionaron a José María Aycart marco y oportunidad para organizar un ambicioso programa de actos del que destacaré, por el impacto que aún conservo, un interesante ciclo de conferencias y los solemnes hermanamientos con Guipúzcoa y con las Capitales vecinas. Entre aquellas la que pronunció Álvaro del Valle Lersundi sobre: “San Sebastián y la 2.^a época de la RSVAP”, con la que vuelvo a recordar el Palacio de Bellas Artes y su actividad musical. Destacaba la coincidencia entre los orígenes de la primera “Sociedad Bascongada” y sus reuniones y conciertos en el Palacio de Insausti, con los de esta segunda época, con su Coral y la Orquesta creada por su director, Maestro Larrocha, en “Bellas Artes”.

Ese mismo año, por iniciativa de Gabriel Ameztoy, se inauguró un equipamiento acústico para la antigua Iglesia de San Telmo, para adaptarla convenientemente a conciertos y otros actos culturales. Así, dentro del citado programa pudimos celebrar un concierto sinfónico-coral, dirigido por Bello Portu, interpretando “La Pequeña Misa Solemne” de Rossini, con la “Coral de Elizondo” que dirigía Juan Eraso y la “Orquesta de Cámara del Conservatorio”. En el Día de Guipúzcoa otro gran concierto tuvo como escenario el Teatro Victoria Eugenia, donde escuchamos “El Mesías” de Haendel, con el “Orfeón Vergarés” y la “Orquesta Sinfónica de Bilbao”, bajo la dirección de Spiteri. En el descanso, el Alcalde Lasarte impuso la medalla al Mérito Coral a Román Oyarzabal, fundador y director de la coral vergaresa. Cuando en 1964 sucedió a Ameztoy, Ramón Peironcely al frente del CAT, me encomendó la presidencia de la Sección de Música. En mis frecuentes viajes por París, por motivos profesionales, asistí a tres espectáculos de “Luz y Sonido”, los de Chambord y Chenonceau y el que sobre la figura de Napoleón ofrecían en “Los Inválidos” del mismo París. Los tres, muy distintos, me parecieron aplicables al caso de nuestro entrañable Museo de San Telmo, tan querido por la “Bascongada”. Este noble edificio fue salvado de la incuria en la que estaba sumido, en gran parte por su tenaz insistencia hacía casi medio siglo, pero no conseguía superar la atonía en la que permanecía a pesar de las colecciones de arte y etnografía que atesoraba. El CAT, con la anuencia municipal se responsabilizó de llevar adelante el proyecto que previamente había logrado el compromiso de colaboración de los literatos Jesús María de Arozamena, José Berruezo y el compositor Francisco Escudero. Encargamos el montaje y las instalaciones a la casa Philips, prestigiosa empresa conocedora de la más moderna tecnología audio-visual. La interpretación artística se la encomendamos en lo coral a José María Zapirain, la parte instrumental a la “Orquesta Sinfónica de Madrid”, todos dirigidos por Enrique Jordá, y en lo teatral a Cayetano Luca de Tena con su grupo de actores profesionales. El Patronato del Museo de San Telmo aprobó la iniciativa y el Ayuntamiento de San Sebastián financió el presupuesto. Antes de la inauguración oficial (1965) asistió a un “pase” privado el Conservador del Château de Chambord y creador de los montajes de “Luz y Sonido” de los “Inválidos” y de las “Pirámides” en Egipto. Nos felicitó por la amenidad y calidad interpretativa de los hechos históricos de los que “San Telmo” fue testigo, incluidos los “efectos especiales” del incendio y la novedad de “dar vida” a unos lienzos de la importancia de los de Sert. Los primeros a nivel mundial, y entre los que “resucitaba” el conde de Peñaflores con sus “Caballeritos”.

Por entonces había yo leído *50 millions de Français devant la musique*, donde el autor exponía la actividad que desarrollaban las JJMM. Algo conocía

también de lo que en Barcelona presidía el Dr. Roch, con cuyo secretario Capdevilla me carteeé. Me enviaron información y sus buenos deseos de que nosotros pudiéramos imitarles. Lo comenté con el grupo en que colaborábamos para iniciativas musicales: Arbide, Galdona y Zapirain, e inmediatamente le trasladamos a Valle Lersundi lo que pretendíamos. Le pareció muy interesante y, con su apoyo, en Marzo de 1966 se creó la Juventud Musical de la RSBAP que organizó con notable éxito, reuniones, conciertos y conferencias. Incluso el “Amigo” Manuel Urcola nos presentó un precioso proyecto para habilitar en “San Telmo” un local a modo de club, aprovechando un espacio que estaba abandonado. Pero acontecimientos ajenos a nosotros dieron al traste con lo que tan ilusionadamente empezó.

Sin embargo, no cejamos en nuestros esfuerzos. José María Aycart organizó en el Palacio de Insausti (1967) los “Cursos Monográficos del País Vascos”, patrocinados por la “Bascongada” con carácter anual, y los que trabajábamos por la música pensamos que algo podríamos hacer. La Diputación de Guipúzcoa acogió como obra suya la propuesta que la RSBAP le planteo, encomendándole la dirección y montaje de los “Cursos sobre Temas Musicales”. Loyola se reveló como lugar ideal para su celebración, desde el 1 al 11 de Septiembre de 1970, desarrollando el “Curso de Pedagogía Musical” y el de “Dirección Coral”. 66 cursillistas participaron en esta primera edición en que, como complemento, patrocinado por la CAP se desarrolló un programa de actos y conciertos, órgano, clavecín y coros con la inclusión de una charla sobre “Los Caballeritos de Azcoitia”, de Juan Ignacio de Uria; y otra, a cargo de Isidoro Fagoaga, tuvo además como protagonistas a Juan Urteaga, Medina Labrada, el “Coro Anchieta” dirigido por Altuna y la “Coral de Cámara de Pamplona” por Luis Morondo. Como escenario el mismo Loyola, la Casa de Anchieta y el Teatro Victoria Eugenia de San Sebastián.

Al año siguiente fue la recién creada Junta de Cooperación Cultural de la Diputación la que patrocinó los “Cursos” dirigidos por la “Bascongada” en los mismos escenarios de la primera edición, con un renovado cuadro de profesores e incluyendo un “Curso de guitarra”.

Manteniendo el patrocinio y la dirección, los “III Cursos” se organizaron con cambios debidos a la experiencia recogida en los dos anteriores. Se celebraron del 19 al 29 de julio de 1973, utilizando las instalaciones del Colegio de los Marianistas de Aldapeta en Donostia, con un centenar de cursillistas y ampliando la oferta de “Cursos” y, consiguientemente, el cuadro docente con algunos profesores cuyo traslado a Loyola no era factible. También se distinguía un “primer año” de “iniciación” y un “segundo” de “perfeccionamiento”. La celebración anual del “Festival Interescolar de Danzas Vascas”, inaugurada

ese año con la participación de 36 grupos, recomendaba la instrucción de “monitores de danzas vascas” y de “txistularis”, por lo que se incluyeron los correspondientes cursos en esta ocasión.

Asegurada la continuidad de los “Cursos sobre Temas Musicales”, por el compromiso de la Diputación, manteniendo el mismo esquema organizativo hasta mediada la década de los “ochenta”, se logró el reconocimiento oficial de estos estudios por el ICE de la UPV.

La “Cofradía Vasca de Gastronomía” fue otra de las iniciativas de esa época (1967), junto con la “Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones”, ésta última participada a medias por la CAP y un grupo de miembros de la “Bascongada” a los que nos consideraron “suscriptores-fundadores”. La puesta en marcha de ambas engrazaba con precedentes de la 2.^a época de la “Sociedad”, siempre impulsados por el inagotable entusiasmo de Álvaro del Valle Lersunchi, que nos contagiaba a todos los que con él colaborábamos de una u otra forma.

Algo más tarde (1969) le llegó su vez a la “Federación de Grupos de Danzas Vascas” - “Euskal Dantzarien Biltzarra”, cuyo proceso de constitución fue distinto, más parecido al de la creación de la “Sociedad de Ciencias Naturales Aranzadi”. Debido a las dificultades que estas asociaciones encontraban para su legalización, cuando sus proyectos ofrecían garantías de viabilidad el “regazo” de la RSBAP superaba las dificultades, patrocinando como “filiales” a las nuevas entidades. Nos habíamos reunido en el Conservatorio Municipal de Música un grupo de amantes de las danzas vascas, firmantes del Acta de constitución, Jesús M.^a de Arozamena, presidente, Imanol Olaizola, vicepresidente, Javier de Aramburu, secretario y como vocales María Elena Arizmendi, Francisco Escudero y Antonio Valverde. La “Bascongada” aceptó nuestra propuesta y bajo su Patronato iniciamos los consiguientes trabajos. En Zarauz en septiembre de 1970, la Asamblea Constitutiva ratificó la Junta de los “firmantes”, incluyendo a Juan A. Urbeltz (tesorero) y a Barandiaran.

90 grupos de danzas se adhirieron y 2.000 dantzaris, de todo el País, participaron en el “I Dantzari Eguna”. La edición de una revista, la organización de las “Jornadas Internacionales de Folklore” (1972) y de los “Festivales Interescolares” fueron logros casi inmediatos” que permiten estimar la importancia de esta iniciativa. Al fallecimiento de Arozamena (1972) le sucedí hasta 1975, en el que me relevó Vicente Zaragüeta.

En los “Festivales Interescolares”, y desde 1972, distribuíamos unas breves monografías de gran interés sobre personajes o hechos históricos, para divulgar entre los participantes, más de 500 cada año, temas culturales gui-

puzcoanos. “Juan Ignacio de Iztueta”, “Las Danzas del Corpus de Oñate”, “Los Amigos del País”, “Ondarribiko Alardea”, “José María Iparraguirre” y “Salbatore Mitxelena”, son sus títulos; y sus autores: Javier de Aramburu, Ignacio Zumalde, Juan Ignacio de Uria, Iñaki Linazasoro y Karmelo Iturria.

Tuvimos notables colaboradores, como en las “Jornadas de Folklore”, con Julio Caro Baroja, Horak del Tirolo, la británica Amstrong, la israelí Kadman y la búlgara Katzarova.

En Agosto de 1969 Jesús María de Arozamena, Cronista Oficial de la Ciudad, leyó su Lección de Ingreso en la RSBAP en el Salón de Plenos del Ayuntamiento donostiarra (Biblioteca Municipal actualmente), encomendándome las Palabras de Presentación del nuevo Socio. Conversando con Álvaro del Valle Lersundi surgió la idea de rememorar en el Palacio de Insausti una de aquellas veladas dieciochescas que allí se celebraban. Pensamos que si pudiéramos contar con la presencia de Nicanor Zabaleta el acto adquiriría excepcional relieve. Le comunicamos nuestro deseo de que aceptase el nombramiento como Socio de Honor de la RSBAP y convinimos con él la fecha que mejor le acomodara. El 24 de Julio de 1970, a las 7¹/₂ de la tarde, más de 50 invitados asistimos al Ingreso del insigne artista. Comenzó con una interesante conferencia sobre “La Ópera en el Siglo XVIII”, a cargo del eminente cantante y escritor, Amigo Isidoro de Fagoaga. Su brillante disertación fue seguida por la Lección de Ingreso de Nicanor Zabaleta que trató sobre “La Música de Arpa en el Siglo XVIII”, ilustrada con la interpretación de cinco obras de la época, lo que entusiasmó a los oyentes que correspondimos con una cálida ovación.

Tras tomar una copa pasamos al comedor, donde las mesas estaban dispuestas para “le diner aux chandelles”. A los postres, el Presidente de la Comisión de Guipúzcoa, Álvaro del Valle Lersundi, pronunció un bello discurso evocando las memorables veladas del XVIII y destacó la importancia que el Conde de Peñafloreda y sus “Amigos” reconocían a la Música. Con muchos aplauso por su intervención, el Presidente de la Comisión de Guipúzcoa dio por concluida la velada.

Trabajábamos en el “Grupo Promotor de la Facultad de Petroquímica” Astiazaran, Pagola, Santamaría, Muguruza y algunos más, elaborando un anteproyecto en el que se recogían antecedentes guipuzcoanos relacionados con la economía, la investigación y la industrialización. Se recordaba a los pioneros que impulsaron un proceso de innovación auspiciada por la Ilustración en el XVIII. En 1974 tuve la oportunidad, por mi amistad con Ramón Peironcely, de recuperar la histórica portada del “Laboratoriun Chemicum” de

Vergara. A principios del XX, por el derribo del edificio, el Dr. Egaña la adquirió para disponerla como fachada de la “villa” que para su residencia construyó, contigua a su nueva Clínica de Ntra. Sra. de las Mercedes, en San Sebastián. Por aquellos días recibí una llamada de Ramón Vizcaíno, Presidente de la Cámara de Industria, que me trasladaba su propuesta para que aceptara ser candidato a Diputado en las inmediatas elecciones. Consideraban que, si fuera elegido, podría, en mi condición de miembro del “Grupo Promotor de la Facultad de Petroquímica”, apoyar más eficazmente su creación. Proyecto que había asumido la Cámara, como necesario para superar la crisis de la industria sidero-metalúrgica. El arquitecto Manuel Urcola, “Amigo” entusiasta, fue el colaborador necesario para tratar aquellas “piedras” convenientemente. Dirigió el desmontaje y catalogación, levantando el imprescindible plano para su posterior montaje. Mi idea era ubicar el “monumento” en el edificio de la nueva Facultad, como recuerdo permanente de un “glorioso” pasado científico. Pero, pasados 10 años recibí en mi despacho del Gobierno Vasco la visita del Alcalde de Bergara, José Antonio Zabala. Me dijo que, conociendo las “peripecias” de las históricas “piedras” que “descansaban” en los almacenes provinciales, venía a solicitar mi apoyo para llevarlas a la Villa, con el propósito de erigirlas en lugar próximo al edificio del Seminario de Nobles. Con su promesa formal de que así se haría, accedí, pero ha pasado mucho tiempo y aún sigo esperando el cumplimiento de aquella promesa institucional ...

El Director de la “Bascongada”, José Manuel López de Juan Abad, me recordó que tenía pendiente mi Lección de Ingreso y, como las obligaciones hay que cumplirlas, en 1987, en el Salón de la Cámara de Industria de Guipúzcoa la leí, como Socio de Número de la RSBAP. Las Palabras de Presentación las pronunció Juan Antonio Garmendia Elósegui y las de Recepción Juan Ignacio de Uria. A ambos mi agradecimiento por sus pruebas de amistad, aunque pienso que se excedieron en su afecto.

El “Coro de la Catedral” donostiarra organizó en 1989 un merecido homenaje al canónigo-director José María Zapirain con motivo de sus Bodas de Oro Sacerdotales. Excelente músico, fiel a su servicio litúrgico, cuando el organista Manuel Zubillaga me invitó a participar en la redacción del cuaderno-homenaje, acepté encantado porque veía la oportunidad de agradecer “a mi colaborador durante más de 25 años”, tanto esfuerzo y dedicación en favor de la Música.

También fue motivo de satisfacción para mí, al ojear “Psallite Sapienter”, leer el magistral opúsculo con el que José Ignacio Tellechea Idígoras abría la galería de autores, narrando su “vida musical en el Seminario de Vitoria”. Su



Presentación del Cuaderno “Psallite Sapienter”.

El homenajeado José María Zapirain, junto a (de izda a dcha.) José Luis Tellería, Diputado de Cultura; Manuel Zubillaga, organista de la Catedral; José Ignacio Tellechea, presentador de la obra, e Imanol Olaizola, colaborador.

compañía me resultó gratificante, pues con él de presentador me adjudicaron el papel de “telonero”, con mi “Agradecimiento y mis Recuerdos”. No era fácil tener esa oportunidad y menos aún encontrarme junto a él en el Acto de presentación, presidido por el Obispo Argaya. Era difícil coincidir, por su muchísimo trabajo en Salamanca como profesor y sus sistemáticas visitas a los Archivos. Creo que ese día decidí emprender seriamente la labor de escribir “Oroitzapenak”, mi libro con los recuerdos vividos junto a mi padre José de Olaizola.

Al poco tiempo, 13 de Diciembre de 1990, en el Salón de la Cámara de Industria, José Maria Zapirain leyó su Lección de Ingreso en la RSBAP sobre “Apuntes para la Historia de los Organistas Gipuzkoanos 1920-1990”. Me encomendaron pronunciar las Palabras de Recepción del nuevo Amigo de Número.

El trabajo de “Oroitzapenak” me proporcionó motivos para sucesivos encuentros con Tellechea y, ya culminado, llegó el 31 de Agosto del 2001, en que el “Instituto Dr. Camino de Historia Donostiara” (Obra Social de la KUTXA) presentó mi libro. Terminado éste, emprendí otro trabajo de “menor cuantía” que también mereció ser aceptado por su presidente-director y que el mismo “Instituto” incluyó en el *Boletín de Estudios Históricos de San Sebastián* de 2005, con el título de “El Pico del Loro versus Loreto-pea”.

Gracias, muchas gracias José Ignacio por tanto como nos has enseñado.

Imanol Olaizola
Socio de Número de la RSBAP

ERUDICIÓN, PACIENCIA, FE

No fue mucho el trato que tuve de modo personal con Don José Ignacio Tellechea. Éste se dio a lo largo de un curso que, sobre el tema de “Reforma y contrarreforma en el siglo XVI”, impartió durante el período de otoño de 1991 en la Universidad Iberoamericana para los cursantes del posgrado en historia. Participé en él en cumplimiento de los requisitos para iniciar mi camino al doctorado.

Mi memoria guarda, de esos días, su simpatía de cuerpo entero, su charla lineal sobre tiempos pasados que parecían presentes sin apoyarse en libros

o apuntes sobre la mesa, su dedo índice señalando a lo alto y sobre todo el impacto de un océano de palabras pronunciadas con énfasis y convicción, el entusiasmo que expresaba, aún corporalmente, por una historia que no le resultaba lejana o abstracta sino que lo involucraba y nos involucraba, así como el peso casi metálico de sus opiniones y ponderaciones. Ese conjunto de actitudes y discursos me dejó una huella indeleble.

También de esos días, mi biblioteca guarda un pequeño libro que me obsequió en esa ocasión cuya introducción (escrita por él) es más grande que el texto al que introduce, un *Itinerario* escrito en 1585 por el franciscano Fray Martín Ignacio de Loyola, sobrino de San Ignacio, como apéndice a una *Historia del Reino de la China* del agustino Fray Juan González de Mendoza, que narra un “viaje alrededor del mundo”. Ese relato en sus años fue un “best seller” que pudo contar con infinidad de ediciones que alimentaron imaginación y deseo de muchos²⁰. Al posar los ojos sobre sus líneas, lo que más me llamó la atención fue la enorme erudición que mostraba el escritor, aparejada a una simpatía e incluso a una humildad que rara vez se ven juntas en los eruditos o en quienes se creen tales.

Para entonces, como habían pasado sobre mí quince años desde la terminación de mis estudios en la Universidad Gregoriana de Roma y había ya impartido varias veces el curso sobre el siglo XVI que ahora él exponía, yo creía que con lo recibido en la Urbe —entre lo que contaba un seminario extraordinario del nonagenario jesuita Ricardo García Villoslada— estaba más que capacitado para impartir una y otra vez la materia de historia de la Iglesia moderna en donde me la pidieran. No obstante, conforme avanzaba el curso de Tellechea, sembrado de redondas definiciones y con un deslizamiento de impresionante conocimiento sobre hechos, personas, titubeos y decisiones, grandezas y miserias de la época sobre la que hablaba, fui cayendo en la cuenta de que me hacía falta mucho para que lo que de modo superficial me convenía, llegara a ser verdad. Puedo afirmar, por consiguiente, que mi tarea de profesor a partir de entonces se enriqueció con la motivación que recibí en ese curso para estudiar más, para tomar más en serio la infinidad de matices que posee una época que tantas veces se conoce sólo por su superficie o con la poco amable compañía de los prejuicios y para sentir gusto por la tarea de historiar tanto de palabra como a través de la escritura.

(20) Martín Ignacio de Loyola, *Viaje alrededor del mundo*, Edición, introducción y notas de J. Ignacio Tellechea Idígoras, Información y Revistas S.A., Madrid 1989.

Si dije que tuve sólo una efímera oportunidad para encontrarme con este historiador de excepción en persona, no por ello quise decir que no me lo hubiese encontrado muchas veces en el contacto con la letra impresa, pues algunas de las múltiples obras que escribió, que llegaron a mis manos, hicieron vibrar mi ánimo y mi conciencia y deleitaron no pocas veces mi imaginación, despertándola a mundos que acabaron resultándome cercanos y familiares.

Por los senderos de la lectura, pues, me encontré con el intrincado relato de las difíciles relaciones entre las heterodoxias reales o pretendidas y el tribunal de la Inquisición en *Tiempos recios*²¹, título que aludía a la frase acuñada por Santa Teresa en sus tiempos y que tiene larga validez hacia otros: “Tiempos recios éstos que nos tocaron vivir, donde hablar o callar es igualmente peligroso.” Más de una vez la repetición y reflexión de esa frase me ha servido de medicina en senderos emprendidos que no han gustado a gente encumbrada.

Más adelante descubrí con Tellechea a grandes hombres que, por la riqueza de sus personalidades y la infinidad de contrastes de sus vidas, le dieron al autor, a fin de retratarlos, dolores de cabeza pero también, no lo dudo, grandes satisfacciones con el gozo del descubrimiento, que en no pocas ocasiones fue primero y pionero.

Pude enterarme, por ejemplo, de las durezas, intransigencias e intervenciones interesadas de Felipe II, no encontrado en su apogeo sino en el prolongado ocaso de su existencia que, por contraste, fueron en realidad debilidades²². El trabajo abnegado y duro de revisar infinidad de documentos quedó en plenitud colmado con un perfil inédito del monarca que se derramó en los dos tomos de *Felipe II y el Papado*²³.

Pude también darme cuenta, en línea con la lectura de los vericuetos de las heterodoxias españolas, de los sucedidos en las poco fáciles vidas de los “espirituales”, de los místicos reconocidos y los no reconocidos que poblaron lo que muchos llaman “el siglo de oro” y la suerte sobre todo de Miguel de Molinos, el místico “quietista” que vivió y murió seguido por la controversia²⁴. Esas lec-

(21) Sígueme, Salamanca 1977.

(22) *El ocaso de un Rey: Felipe II visto desde la Nunciatura de Madrid: 1594-1598*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2001.

(23) Fundación Universitaria Española, Madrid 2006.

(24) *Molinosiana: investigaciones históricas sobre Miguel de Molinos*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1987.

turas me llevaron a comprender que la Iglesia católica, por tantos títulos “nuestra Iglesia”, puede ser reconocida en su recorrido histórico tanto a base de sucesos externos como siguiendo el itinerario interior de los más sensibles de sus miembros que constituyen una comunidad, tal vez la más auténtica y viva, la que bebe de las fuentes limpias de una palabra que no envejece y apaga la sed del corazón.

Ya interesado en la obra de Tellechea, me asomé con asombro a la riqueza que escondían las páginas de *Ignacio de Loyola, solo y a pie*²⁵, que no integran una biografía de San Ignacio sino una experiencia espiritual, el paso por un itinerario de vida cristiana sembrado de espinas pero también de flores gratas. Conforme se pasan sus páginas —esa fue mi experiencia— la cuestión de la historia y de la biografía pasa a segundo término y le cede el lugar al descubrimiento de la huella que, por los espacios amplios del ancho mundo y por el andar de los tiempos, dejó un espíritu grande, en verdad grande. Se comprende también, si se hacen a un lado los prejuicios de la “distancia científica”, lo que en verdad es una vida santa, cercana a las fronteras del mal y del pecado, pero con la frente en alto descubriendo la luz, una luz que se derrama intensa o que, para decirlo con San Juan de la Cruz, “tiernamente abraza”, como el fuego del amor verdadero. Me enteré después de leer este libro, que no oculta las vivencias alternas de la enfermedad y la salud de su autor, que se ha vuelto en pocos años un “clásico” y que es obligada referencia para todo aquel que quiera acercarse a la persona y obra del fundador de los jesuitas, no por medio de exageraciones retóricas sino con esos peculiares adjetivos: solo y a pie.

Pero donde me encontré con algo así como la médula y sustancia del drama humano sobre la tierra donde la Iglesia ha puesto su habitación, es en la bibliografía tellecheana acerca del Cardenal Bartolomé Carranza, prelado sufriente e incomprensido como ninguno, hombre situado con natural dramatismo como puente entre épocas. La dedicación a conocer y poner en el sitio justo, más de cuatrocientos años después, a este personaje de la Reforma católica fue, sin dudarle, la tarea de su vida. El 22 de julio de 2001 en una entrevista a la publicación *Elkarriketa* dijo: “El próximo año (2002) cumpliré los cincuenta años de matrimonio con el hallazgo de los códigos del Arzobispo Carranza... Todo el mundo cree que estoy terminando y que he agotado el tema, yo digo que estoy empezando... no sé si terminaré, haré lo que pueda y el que venga atrás que continúe... Hace falta tener mucha

(25) Cristiandad, Madrid 1986. Publicó también: *Ignacio de Loyola. La aventura de un cristiano*, Sal Terrae, Santander 1998.

paciencia, porque las mieles del hallazgo duran un minuto y escribir el libro lleva un año, o dos, o más...²⁶

Es evidente que no puedo gloriarme de haber leído la monumental obra de este “carrancista de número” como se autoproclamaba el Padre José Ignacio, sino apenas de haber rasgado su corteza, pero con lo recorrido por algunas páginas dedicadas a este tema, palpé la hondura humana y la tensión permanente entre el ideal y la realidad en la vida cotidiana de la Iglesia, algo que me ha dado aliento para recorrer mis días con una dosis suficiente de realismo.

Caminando un caluroso día de verano del año 2000 por las calles de Valencia entré, como atraído por un imán, a una librería especializada en facsimiles de volúmenes antiguos. Encontré nada menos que el de los *Comentarios del Reverendísimo Señor Fray Bartolomé Carranza de Miranda al Catecismo Cristiano*, libro impreso en Amberes en 1558²⁷. Lo llevé sin examinarlo, más por olfato de bibliófilo que por apetito de lector, y cuando tuve la paz para hojearlo me topé con un maravilloso *Estudio preliminar* firmado por Tellechea el 8 de septiembre de 1976 en Ituren, su pueblo natal, cuarto centenario de la muerte del purpurado toledano. Entre las letras de ese *Estudio* descubrí algo más que erudición y paciencia investigativa: descubrí al Tellechea sacerdote y hombre de fe, a alguien con visión profunda y elevada y por tanto preocupado por la resistencia que no pocos en la Iglesia ponen a la libertad salvífica de la palabra de Dios que, a decir de San Pablo, “no está encadenada.” No resisto citar algunas de sus líneas:

“...Éste que tienes en tus manos, recio libro de tomo y lomo, padeció los más infelices hados...el libro murió casi al tiempo de nacer, y padeció la más triste desgracia que puede tocar a un libro: desapareció del mundo sin que casi nadie lo hubiera podido leer; y quedó envuelto en la sombra de la infamia, sin que se pudiesen descubrir sus supuestos yerros...

...Uno de los primeros pasos que era preciso dar era el de devolver a la lectura serena de todos este libro discutido, combatido, secuestrado, nacido de un alto ideal evangelizador y catequético y de un corazón que amaba apasionadamente a la Iglesia. Carranza quiso que los cristianos pudieran dar razón de su fe y de su esperanza: primero con luz en la mente y renovada fe; luego, y sobre todo, con una auténtica conversión de vida, con sus obras. Su crítica es severa y acerada, nunca acerba. Crítica desde el amor, no desde ninguna especie de alejamiento o apostasía. Su hermosa

(26) Entrevista de Teresa Sala. Página electrónica *Euskonews & Media*. Consulta: 29 de septiembre de 2008.

(27) Ediciones Atlas, Madrid 1976.

prosa se enciende en ocasiones con el hervor del predicador y con los fuegos de la hipérbole: hipérbole para censurar las lacras de su época, o para ensalzar la fuerza de la fe, el don de la redención de Cristo, el dinamismo de los sacramentos, las exigencias de la vida cristiana, la fuerza de la oración, los imperativos de la caridad. Pudo merecer todo lo más una corrección fraterna que le ayudase a aclarar, perfilar o abreviar, y a todo ello estuvo dispuesto, Todo salió de madre artificiosamente, al convertirlo en un abultado proceso de heterodoxia, de prestigio inquisitorial, de conciencia nacional, de voluntad regia, en el que las actitudes llegaron a vacunar los pensamientos con incurable encono, con incalculables consecuencias”²⁸.

En los días del otoño de 1991 en que cursé con él sus temas sobre la Reforma y la Contrarreforma pensé que era jesuita. Cuando supe que no lo era me alegré pues dije: un colega diocesano puede también investigar y escribir bien sobre historia de la Iglesia, de la cultura y de la humanidad que navega por la existencia. Me animé doblemente entonces a seguir mi sendero de historiador no despegado de mi vocación central.

Termino.

Dejo en estas pocas páginas plasmado un recuerdo y balbuceo una oración de acción de gracias por una vida que, como lo dijo Séneca hace dos milenios, “por bien empleada fue suficientemente larga.” Queda en mi interior la dinámica de una existencia tejida en erudición, paciencia casi infinita para la investigación, pero ante todo en una fe cristiana y católica a toda prueba que se transparentaba en su trato y en su escritura.

Por ahí he leído u oído una frase luminosa de la autoría del Doctor Tellechea, que invita al historiador a la humildad y, por consiguiente, a la verdad de su vocación: “Soy como un traperero. He aprovechado pequeños trozos del tiempo”.

Ahora que Don José Ignacio ha superado “el trance de la luz definitiva” que varias veces logró esquivar y esperaba sin temor, bien podemos, sobre todo quienes nos atrevemos a llamarnos historiadores, irnos vistiendo de traperos que aprovechan los pequeños trozos del tiempo que pasan delante de nuestra vista para convertirlos, mirándolos con amor y con intento de comprensión, en signos de un pasado que ayuda a aligerar el peso de nuestro presente.

Manuel Olimón Nolasco
Universidad Iberoamericana - Ciudad de México.
Departamento de Historia

(28) *Estudio preliminar, Comentarios...*, pp. XVIII y XXXII.

A PUNTA SECA

Tellechea Idígoras y la rehabilitación de Carranza²⁹

Eran las cuatro de la mañana del 13 de abril de 1928 cuando José Ignacio Tellechea Idígoras vino al mundo, según contaba él, en San Sebastián, Plaza de Guipúzcoa, número 10, cuarto piso. “Soy por tanto donostiarra de nacimiento. Mas la verdad es que mis raíces profundas me alejan de esta bella ciudad. Mis padres fueron José Tellechea Jorajuría y Valentina Idígoras Aramburu; él de Ituren (Navarra), ella de Zumárraga”.

Las raíces paternas cobraron más fuerza cuando en 1934 la familia se trasladó a Ituren, a cuya escuela, fundación de un Domezáin, acudió el niño. “Todavía –dijo hace siete años– sigue en pie aquella escuelita que amo, con su pequeña tribuna frontal partida por una escalerita de acceso, y lamida lateralmente por un regato que baja del monte Mendaur”.

En 1940 se fue al seminario de Vergara y de allí, un año después, pasó al de Vitoria, del que salió ordenado sacerdote en junio de 1951. Cuatro meses más tarde llegaba a la Gregoriana de Roma, con su condiscípulo y amigo José María Setién. Obtuvo el doctorado –con medalla de oro– en Teología, pero no el de Historia de la Iglesia. Tellechea hizo la tesis sobre Juan de Maldonado y quería preparar la segunda sobre el arzobispo Bartolomé Carranza (Miranda de Arga, 1503 - Roma, 1576), pero no pudo diluir los prejuicios de quien debía dirigirle. Carranza era sospechoso.

De vuelta a casa en 1956, Tellechea fue profesor en el Seminario de San Sebastián y en el Hispano-Americano de Madrid. Diez años más tarde, cerrado el Hispano-Americano, pasó a ocupar, tras concurso, la cátedra Historia de la Iglesia, vacante por muerte del profesor Luis Sala Balust, en la Universidad Pontificia de Salamanca, que ejerció durante treinta y dos años hasta su jubilación.

Medio siglo con Carranza

Día crucial en la vida de este ittundarra de vida y afición fue el 6 de marzo de 1952, sábado, sin clase por la fiesta adelantada de Santo Tomás de Aquino. El joven sacerdote se acercó a la Biblioteca Vallicelliana, encontró en

(29) Artículo publicado en “Diario de Navarra”, el miércoles 12 de marzo de 2008.

el inventario el código K 39 que contiene obras de Carranza y lo pidió. Allí comenzó el medio siglo dedicado por Tellechea a estudios y ediciones del ilustre mirandés, dominico, teólogo, arzobispo y víctima de la inquina fraterna, de la Inquisición y de Felipe II.

La inquina, que prendió la sospecha de herejía, la podemos personificar –entre otros– en Melchor Cano y en Domingo de Soto. A Cano, como es sabido, Gregorio Marañón le llamó ‘energúmeno’, diagnóstico pacato, si se tiene en cuenta que, por ejemplo, el ilustre teólogo dominico predicaba desde el púlpito que sus tiempos eran los del Anticristo y la señal más evidente la veía en la fundación de la Compañía de Jesús, ya aprobada por el Papa. Soto resultó pusilánime en sus juicios sobre la obra de Carranza, que le expresó su desengaño:

“Yo pensé que el remedio para poner en orden las opiniones del maestro Cano era ir vuestra paternidad a Valladolid, y se ha vuelto al revés, (...) sin su autoridad ni hicieran ni pudieran mis émulos hacer nada, ni osaran acometerlo (...) De lo que se ha hecho en este negocio estoy muy agraviado”.

La obra publicada de Tellechea a partir de 1949 alcanza, al margen de abundantes artículos de prensa –incluido este periódico–, medio millar de títulos. Estudió asuntos y dio a la imprenta trabajos de diversa índole, centrados en su especialidad académica, en la edición de epistolarios y en temas guipuzcoanos. Entre éstos, hay que destacar la edición de “Obras del P. Larramendi”, cuatro tomos (1969, 1973, 1983 y 1990) y la biografía “Ignacio de Loyola. Solo y a pie” (1986), que ha alcanzado una amplia difusión internacional, en numerosas traducciones. Hace siete años, él hablaba de siete publicadas y cuatro en curso.

Pero, sin duda, en su catálogo destacan los trabajos sobre Carranza, en especial las monografías, que en 1984 sumaban 111, aportación documental y cúmulo de investigaciones imprescindibles para hacerse una idea de quién fue aquel navarro, fraile eminente y víctima conspicua de poderes cuya fe y devoción conspicuas no les libraba de muy comunes miserias y apetencias humanas.

En el ciclo de conferencias sobre el mirandés organizado hace cuatro años por la Real Academia de la Historia, Tellechea debía hablar de las obras escritas por el dominico. Intervino, pero eludió el compromiso con la advertencia de que “nadie debe atreverse a pronunciar un juicio sobre la doctrina de Carranza sin haber leído previamente” las obras del teólogo arzobispo, en buena parte aún inéditas. Sin embargo, apoyado en el medio siglo de trato con el personaje, concluyó que fray Bartolomé “no fue hereje –al menos cons-

ciente y voluntariamente— y que se aproxima mucho a poder ser considerado como un santo”.

Se abusa de la palabra ‘experto’, galicismo reciente que ha perdido su relación original con experiencia y con perito, de modo que no llamaré a Tellechea experto en Carranza, pero nadie ha estudiado con más entrega que él la vida, obra y proceso del polémico arzobispo toledano. Desde hace muchos años, decir Tellechea es decir Carranza.

Y si éste ha recuperado su buen nombre, se debe a Tellechea.

Cuando Juan Pablo II visitó la Pontificia de Salamanca, citó entre los grandes maestros salmantenses a Carranza, pero no a Cano. Para Tellechea, presente en la sala, no fue un detalle irrelevante.

Acaso debemos lamentar que José Ignacio, nunca ocioso, no sintiera la necesidad de tejer una grande y minuciosa biografía de fray Bartolomé. Se lo dije en una ocasión y lo reconoció. Pero la biografía ha sido género condenado a cierto desprestigio. Algunas de las corrientes historiográficas en boga primaban la visión cuantitativa y colectiva sobre la individualidad. No es menos cierto que muchas de las biografías que se publican carecen de rigor y caen en la rutina, aburrida y acrítica, de repetir lo ya dicho.

La dilatada y minuciosa atención a la figura de Carranza hizo que Miranda de Arga acordara declarar a Tellechea hijo adoptivo de la villa, nombramiento que él exhibía agradecido.

Donostiarra de cuna, con raíces en Ituren, vivió en la tierra del Bidasoa desde niño y en ella reposa.

Fernando Pérez Ollo

Periodista

Redactor Jefe de “Diario de Navarra”

DON JOSÉ IGNACIO

¡Durante cuánto tiempo te llamé así! Y por extensión, con el paso de los años, mi familia: “Mamá ha venido don José Ignacio” me decía cualquiera de mis hijos. M^a Ángeles me comentaba no hace mucho: “Cuando llamabas por teléfono sabía que eras tú por cómo preguntabas por él”. Tú mismo, en *Tapices de la memoria*, haces referencia a esta forma de dirigirme a ti: “Quería que le orientase don José Ignacio, como ella me llama”³⁰.

No me salía hacerlo de otra forma. La primera vez que llamé por teléfono a tu casa para presentarme y pedirte si querías y podías atender mis líos históricos, me dirigí a ti de esa manera por educación, por respeto hacia una persona mucho mayor que yo –entonces tenía veintidós años– y porque tú eras el gran historiador y yo una recién licenciada en Historia. Me costó mucho llamarte. Me habían dicho que eras una persona muy amable, pero... Cuando terminamos aquella corta conversación quedé impresionada por dos virtudes que siempre admiré en ti: tu humildad y tu grandeza. Te interesaba el tema que había elegido, me orientarías, me pondrías en contacto con personas que también sabían del tema. Aquello parecía una alfombra de seda frente a lo pedregoso que yo veía el camino. ¿Cómo era posible que una persona de tu talla se dignase recibir en su casa a una simple licenciada que no sabía muy bien por dónde le soplaban el viento de la Historia? No pusiste ningún impedimento, no tenías ningún problema de agenda ni de horario... No sabes qué fácil me lo pusiste y cuanto te lo agradecí. Creo que no te lo he dicho nunca.

Pero a quien sí se lo dije fue a mi compañero de estudios, gran amigo y gran historiador, Luis Enrique Rodríguez – San Pedro Bezares. De la misma forma que yo, comenzó él esa relación contigo que fue transformándose en una gran amistad y que queda glosada en el anterior Boletín³¹.

Pero mis sorpresas contigo no terminaron aquí. Acudí puntualmente a tu casa como habíamos quedado para comentar contigo las ideas que tenía para preparar mi tesina, los pasos que había dado, los problemas con los que me había encontrado, pedirte tu opinión, que recondujeses lo que creías no acertado... Absorta en estos pensamientos llegué a tu puerta y toqué el timbre.

(30) TELLECHEA IDÍGORAS, J.I. *Tapices de la memoria. Historia clínica* 279.952. San Sebastián, 1991, Sociedad Guipuzkoana de Ediciones y Publicaciones. Caja Gipuzkoa, pág. 374.

(31) RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES, L.E. *Breves glosas personales a los Tapices de la memoria de José Ignacio Tellechea*, en *BRSBAP* LXIV I (2008) 18-26.

Cuando la abriste creo que me quedé sin respiración, desaparecieron de mi mente las ideas y sentí que los tacones no me sostenían. ¡Qué altura tenías! Tuve que ir elevando los ojos a través de tu figura, toda vestida de gris, hasta que alcancé tu mirada. Fueron unos instantes eternos en los que captaste mi confusión y tú fuiste el que rompió el hielo: “¡Claro, tú tienes que ser sobrina de Joaquín Pildain, os parecéis muchísimo!”. Sinceramente era lo último que esperaba escuchar y hablando de tus aficiones musicales y de la relación que habías mantenido con mi tío en el Seminario comenzó nuestra primera entrevista.

Qué fácil era hablar contigo, entenderte, hacerme entender. A los cinco minutos parecía como si nos hubiésemos conocido desde siempre. Tu grandeza física se había reducido al encontrarnos sentados el uno frente al otro con los papeles esparcidos sobre la mesa y había aflorado tu humildad para amoldarte a las deficiencias históricas de tu alumna y con gran finura corregirlas.

A partir de entonces nos vimos en repetidas ocasiones, pero hay una de la que en *Tapices de la memoria* dices “... no la he olvidado y ella tampoco”³². Llevabas por entonces varios meses de terrible enfermedad y cautiverio en hospitales. Mi tesina iba muy adelantada y quería hablar contigo sobre diversos puntos. Pero ¿quién se atrevía a molestarte? Una de las veces que llamé a M^a Ángeles para interesarme por tu salud le comenté que me gustaría mucho verte y hablar contigo sobre cómo iba mi trabajo; y cual fue mi sorpresa al saber que tú no sólo querías hablar, querías ver el trabajo. Revolviendo mis papeles he encontrado la fecha de esa visita que tú buscaste en la agenda de M^a Ángeles y que no estaba registrada. Fue el 26 de Marzo de 1981. No pasaste mucho tiempo en contestar a mi pregunta de cómo te encontrabas. Sólo sé que a los cinco minutos de llegar teníamos toda la habitación llena de folios esparcidos por tu cama, la del otro paciente (vacía aquel día), las sillas... En algún momento pensé en qué nos pasaría a ti y a mi si a algún médico o enfermera se le ocurría entrar en la habitación. Pero este pensamiento desapareció rápido porque tú seguías comentándome lo que debía hacer con este capítulo, con aquel documento, etc. etc. El que más hablaba eras tú. Yo no paraba de tomar notas. ¡Qué vitalidad, al menos histórica, desprendías! Como se suele decir: estabas en tu salsa. Con esta impresión me despedí de ti y abandoné la habitación. Estaba confusa. Ciertamente habías estado muy mal, pero yo te veía de nuevo lanzado por los caminos de la vida y de la Historia. Como así fue, regalándonos otro cuarto de siglo largo a los que hemos tenido la suerte de que te cruzaras en nuestro camino.

(32) *Tapices de la memoria*, pág. 374.

Tengo que decir que has sido incorregible porque en mayo de 2007 te sorprendí haciendo lo mismo en otra habitación de la Residencia. Corregías las pruebas de un libro listo para publicar, sólo que esta vez el asunto era menos descarado porque los folios habían sido sustituidos por un ordenador portátil en el que pacientemente tu sobrino hacía las correcciones que le ibas indicando.

Pasado el tiempo y ya repuesto hiciste el prólogo para la publicación de aquella tesina en la que tanto me habías apoyado y en la que tanto calor y empeño habías puesto.

Como mi situación había cambiado, porque me casé, eras tú el que venías a nuestra casa frecuentemente al regresar de Salamanca o de Vitoria trayéndome noticias de los derroteros de aquel libro por el continente americano, y nos contabas cómo iban tus proyectos y publicaciones.

Cuando tocabas el timbre de nuestra casa y yo decía: “Es don José Ignacio”, nuestros hijos corrían por el pasillo hacia la entrada esperando el turno para ser levantados por ti desde el suelo hasta la lámpara y regreso en medio de una alegría indescriptible. Y cuánto cariño derrochabas. Nunca olvidaré que estando embarazada de Asís fuiste a Filipinas y desde allí viniste con una concha preciosa para bautizarle –como habías hecho con Cristina, Javier e Iñigo– “porque a éste también le bautizo yo”³³.

Ahora que te has ido han aflorado estos recuerdos entre otros muchos que conforman un tapiz muy especial en mi memoria y que he querido plasmar en estas líneas como recuerdo de esa amistad que fue creciendo con el paso de los años y entretejiéndose formando parte de mi vida, de nuestra vida para siempre. Ahora me quedo con la letra y la música de mi nombre entonado por ti.

M^a Pilar Pildain Salazar
Lda. Filosofía y Letras

(33) *Tapices de la memoria*, pág. 520.

“*PARADISUS ANIMAE QUAERENTIS*”. EL P. TELLECHEA Y SIMANCAS

Hasta ahora es la expresión más bella que he leído para definir al Archivo de Simancas. La reflejó, manuscrita, el P. Tellechea en la dedicatoria de una de las numerosas separatas que publicó y entregó para la biblioteca. He querido titular con ella estas breves páginas dedicadas a su recuerdo, *in memoriam*, en acusativo, indicando así la tensión hacia una continua presencia de su persona y su obra en quienes lo conocimos.

Sin duda alguna la faceta externa más conocida del P. Tellechea es la de investigador. Su foco de atención preferente quedó fijado en la etapa posiblemente más compleja de la historia de España: el siglo XVI, época de “tiempos recios” en frase teresiana, tomada por él mismo para uno de sus libros. Si acercarse a penetrar el pasado resulta imposible sin el recurso a las fuentes documentales, a los archivos en los que aquellas celosamente se ocultan y guardan, conocer la centuria decimosexta es impensable sin la visita al Archivo General de Simancas. Proyectado por Felipe II para guardar la ingente documentación que los organismos centrales de gobierno de la Monarquía Hispánica, los Consejos, diariamente generaban, conserva el más rico y abundante venero documental, sólo comparable al Archivo Vaticano, para entender la encrucijada histórica del mismo siglo en que fue fundado. A priori, pues, habría que concluir que Simancas constituyese para el P. Tellechea cita obligada en su larga trayectoria de historiador.

Pero Simancas no sólo guarda la historia tejida fuera de sus muros sino también la suya propia. Desde el momento de su creación a mediados del siglo XVI, paralelamente a la recepción de las remesas documentales enviadas desde la Corte, iba creando y conservando los testimonios escritos de su propio devenir, de su incesante actividad interna. Se fue así constituyendo el “archivo del archivo”, sin parangón en España y uno de los más valiosos de Europa. Cuando en 1844 se abre Simancas a la investigación histórica y comienzan a afluir, en número considerable, estudiosos nacionales y extranjeros (en un primer momento más numerosos éstos últimos), el Archivo mantuvo el cuidado de preservar en expedientes individuales todas las huellas escritas que los centenares de investigadores dejaban a su paso por la continua consulta de los fondos documentales. Son estos expedientes los que permiten reconstruir una parte del itinerario profesional de quienes hojearon paciente e incansablemente los papeles simanquinos. La huella dejada por cada uno será evidentemente tanto más visible cuanto más asiduo haya sido su manejo.

Se comprobará por estos breves apuntes que uno de ellos fue el del P. Tellechea. Cuando a principios del mes de junio recibí la carta de D. José María Urkia Etxabe, Presidente de la Comisión de Gipuzkoa de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, en la que anunciaba la iniciativa de editar un volumen en su memoria y solicitaba la colaboración de quienes lo conocimos, lo apreciamos y participamos de su amistad y de su ciencia, de inmediato pensé que un recuerdo por él deseado consistiría en evidenciar el puesto preeminente que Simancas ocupó en su labor investigadora y el cariño que siempre mostró tanto al archivo como a quienes cuidamos de conservar y difundir este tesoro documental. Al aprovechar para la redacción de estas páginas los inapreciables testimonios conservados en el “archivo del archivo” cumpla un doble deber de justicia: documentar fehacientemente el intenso recurso del P. Tellechea a las fuentes simanquinas, auténtico nervio de su magna obra histórica, y refrendar el valor de unos expedientes reveladores de la vida interna de Simancas que unos funcionarios, en labor callada y oscura, siguen manteniendo y acrecentando en sus casi cinco siglos de existencia.

El expediente del P. Tellechea merece sin exageración alguna el calificativo de extraordinario en su sentido más etimológico: se sale de lo normal. Pocos podrán compararse con él. Se inició el 25 de octubre de 1967, fecha, pues, de su primera visita al Archivo de Simancas. Sus títulos académicos le declaraban Doctor en Teología, Licenciado en Historia Eclesiástica y Licenciado en Filosofía y Letras. Se autodefine como Profesor Sacerdote. A Simancas lo llevó un tema, “su tema”: Bartolomé de Carranza. Así consta en su primera ficha. Parece que esta visita sólo constituyó una primera toma de contacto con el Archivo sin consulta de papeles (tanteo de posibilidades, abundancia o escasez de documentación, condiciones de trabajo...), pues su “Parte de Trabajo” aparece en blanco. La última estancia en Simancas ocurrió el 16 de junio de 2004, postrera presencia en el Archivo aunque no su último contacto, pues éste continuó bajo la forma de correspondencia hasta un año antes de su muerte. Cuarenta años de proximidad, de cercanía, de ligación con Simancas, que a buen seguro significaron para el P. Tellechea no una cuarentena o travesía por el desierto sino una cuarentena pascual, más aún, según sus propias palabras, “*paradisus animae quaerentis*”.

No todos los años visitó Simancas. Hubo espacios temporales en los que sus múltiples ocupaciones y responsabilidades le impidieron consultar directamente sus fondos documentales. Estas interrupciones se produjeron entre 1980-1986 y entre 1990-1995. En esos once años “no calentó la silla de Simancas”, como con su habitual gracejo solía decir. Se distinguen, por tanto, tres etapas simanquinas: 1967-1979, 1987-1989 y 1995-2004. Se mantiene en

el Archivo la tradición secular de rellenar una sencilla ficha cada año que un investigador acude a consultar sus papeles. Uno de sus campos se refiere al tema de investigación, lo que permite conocer los asuntos que han centrado la atención del investigador y las variaciones que han podido sufrir a lo largo de los años. Revisando las fichas anuales del P. Tellechea se comprueba que a cada una de las tres etapas anteriores ha correspondido un tema que focalizó su interés y su curiosidad (término por él tantas veces empleado y que tan certeramente lo define) investigadora. En la primera etapa (1967-1979) el tema sobresaliente es “Bartolomé de Carranza”, enmarcado en otro igualmente recurrente: “Espiritualidad del siglo XVI” y compartido en muy inferior medida (sólo lo apunta en dos años) por la “Historia de Guipúzcoa y San Sebastián”. Aparecen ya desde los primeros contactos con Simancas las dos grandes pasiones intelectuales del P. Tellechea: la comprensión o el acercamiento a la compleja vida intelectual, religiosa y política del siglo XVI, y el deseo por conocer y descubrir la atrayente realidad de su querida tierra vasca.

La corta etapa de 1987-1989 se concentra en un único tema que se repite sin variaciones en la ficha de cada año: “Armadas y galeras. Marina del siglo XVI”. Ajeno a modas e imposiciones, no pudo sustraerse el P. Tellechea a la ocasión que le ofrecía la conmemoración del Centenario de la Armada Invencible para ilustrar de forma concluyente la participación de los vascos en aquella desgraciada efemérides. De la ansiedad por acabar la investigación es elocuente testimonio la carta que en 4 de septiembre de 1989 escribió a la entonces Directora de Simancas, Asunción de la Plaza Santiago, en la que le urgía la identificación del documento de la relación de muertos en la Armada y en la que anunciaba: “Pronto espero obsequiarle con el gran tomo editado”.

Los temas señalados en las fichas de la tercera y última etapa de sus visitas a Simancas (1996-2004) también son invariables, clara prueba de que constituían el núcleo medular de la investigación del P. Tellechea en los últimos años de su vida: “Documentación pontificia”, “Felipe II”, “Monarquía y Papado”. Suponemos que también en estos años aprovechó la oportunidad de los centenarios de Felipe II y Carlos V para acometer una tarea tan ingente como necesaria: identificar y analizar la copiosa correspondencia entre los Papas y los Reyes españoles comenzando por Felipe II. Si todo autor se identifica con su obra y toda obra lleva a su autor (“por sus obras los conoceréis”), las tres etapas de la investigación simanquina del P. Tellechea podrían simbolizarse en tres libros: *Fray Bartolomé de Carranza. Documentos inéditos* (ocho volúmenes), *Otra cara de la Invencible. La participación vasca* (860 páginas), y *El Papado y Felipe II* (tres volúmenes). Para las tres obras Simancas fue depósito documental indispensable.

En una corta pero jugosa autobiobibliografía, a la que unos merecidos homenajes le “obligaron”, afirmaba: “Por decenas de miles se cuentan las horas invertidas en archivos y ante la máquina”. No tengo la menor duda de que la expresión no tiene nada de hiperbólica y desde luego a tan abultado número Simancas contribuyó sobremanera. Se enojaría con razón el P. Tellechea si se intentase medir el grosor de su contribución a la historia con fríos datos cuantitativos, ni siquiera con la enumeración de su amplísima bibliografía. Pero aún a riesgo de contradecirle, aprovechando la inmejorable atalaya de Simancas mostraré la vertiente externa de su investigación simanquina cuyo análisis puede desvelarnos otras características más hondas de su perfil humano y profesional.

Los “Partes de Trabajo”, precisos, minuciosos, diarios primero y desde la década de los 90 la informatización de la actividad de quienes consultan los fondos de Simancas permiten determinar con exactitud, entre otros datos, estancias en el Archivo, legajos consultados y reproducciones solicitadas. En los doce años de su primera etapa (1967-1979) pasó en Simancas 140 días; sólo dejó de asistir el año 1975. Y bien que lo sentía. Así comienza una carta de 28 de abril de dicho año: “Hace mucho tiempo que no paso por Simancas...” Había estado por última vez el 3 de octubre de 1974; ¡un semestre significaba para él “mucho tiempo”! El número de legajos consultados no llega al centenar, concretamente 93. Quiere ello decir que en un día no agotaba la lectura, el análisis, las comprobaciones, las notas... de un único legajo. Podría chocarnos esta forma de proceder, máxime cuando en aquellos años ya existía la posibilidad de xerocopia. Parecería más rentable disminuir las estancias y aumentar los legajos. El P. Tellechea hizo exactamente lo contrario. Y no creo que pudiera ser achacable a la densidad y riqueza informativas, que se dan por supuestas, al menos de algunas secciones y series, de la documentación de Simancas. Hay algo más profundo, en que se patentiza su auténtica talla de investigador: la ausencia de prisas, la sedimentación de los datos, la “infinita curiosidad” (son sus palabras), la intensidad de la búsqueda... *Non multa, sed multum* parece haber sido el lema en su primera aproximación a Simancas. Aún se valora más la minuciosidad de sus consultas si nos fijamos en el número de fotocopias solicitadas, “estupendo medio de estar en Simancas espiritualmente sin acudir físicamente allí”, dice en una de sus cartas. Hemos contabilizado en estos doce años 3.643 fotocopias, algo más de 40 fotocopias por legajo. El P. Tellechea estrujaba la información.

Es interesante fijarse también en las secciones o series consultadas. Un fondo acapara la atención del P. Tellechea desde el primer momento: el Consejo de Estado, organismo que entendió en las relaciones internacionales,

entre las que ocupaba lugar destacado la negociación con Roma, con el Papado. No he realizado un recuento pormenorizado, pero tengo para mí que, descontados unos pocos legajos del Consejo de Guerra, miró y remiró (en ocasiones volvía sobre los mismos legajos) toda la documentación que comprende la serie romana en el siglo XVI y, más concretamente, en su segunda mitad, el reinado de Felipe II. El tipo documental predominante en el Consejo de Estado son las cartas. Solamente a través de ellas, llegadas desde todos los ámbitos del imperio y procedentes de las más diversas personas (virreyes, embajadores, religiosos, artistas, militares, espías...), se podía tener en la Corte puntual noticia de los acontecimientos. En las cartas no sólo se transmiten noticias, también sentimientos, angustias y entusiasmos. El P. Tellechea ha tenido una especial querencia por las cartas. Repasando su amplísima bibliografía, sólo hasta 1997, he contabilizado cuarenta títulos en que aparecen los sustantivos “carta” o “epistolario”. He aquí otro de los rasgos que tal vez explique su preferencia de la intensidad sobre la extensión y su predilección por el análisis de los caracteres humanos, incluidos los heterodoxos. ¿Cuántos títulos suyos se refieren a personajes concretos?

Características distintas se aprecian en los tres años de su segunda etapa en Simancas (1987-1989). 16 estancias, 59 legajos y 1.464 fotocopias son los datos estadísticos. Se invierten los datos de los años anteriores: menos estancias que en la etapa anterior pero proporcionalmente más legajos consultados y más fotocopias pedidas. Su interés es arrojar luz sobre lo ocurrido en el desastre (“desastre es la palabra justa más que derrota”, afirma) de la Gran Armada en 1588 y en ese marco concretar y determinar el apoyo que prestaron los vascos. El P. Tellechea no entendió que España hubiera estado ausente oficialmente en los actos celebrados en Inglaterra para conmemorar el IV centenario y, amante de la verdad histórica, trabajó incansable en aclarar los lados oscuros de un acontecimiento cuyo contexto tan bien conocía por sus investigaciones en la centuria decimosexta. Que sus estudios se centrasen en la aportación vasca corrobora el amor apasionado por su tierra. Para este tema consultó la documentación del Consejo de Guerra. En ella abundan las cartas, pero también los informes, cuentas, relaciones... de quienes tuvieron diferentes responsabilidades en el ejército y en la marina. En este tipo de información, que no requería tanta atención ni minuciosidad, suplidas por las fotocopias, se fijó preferentemente el P. Tellechea.

A sus setenta años, cuando se inicia la tercera etapa simanquina (1996-2004), se declaraba “eterno aprendiz y contagiador de saberes”. No podía definirse con expresiones más certeras. A pesar de la edad, achaques y enfermedades dolorosas y no leves, su actividad en Simancas es más intensa

que en las dos etapas anteriores. Así lo apuntan los meros datos estadísticos. Ciertamente sus estancias fueron ligeramente menores que en su primera etapa (73 días): nueve estancias por año frente a trece³⁴, pero consultó más legajos (121) y, sobre todo, se llenó de fotocopias (7.534), casi el doble de las dos etapas anteriores juntas. Semejante volumen delata una actividad incansable, casi febril, dirigida a su gran meta en estos años conmemorativos de los centenarios de los Austrias Mayores: reunir toda la correspondencia entre los Papas y Felipe II. Si de Simancas llevó tan abultado número, ¿cuántas no sacaría del Archivo Vaticano? Su fuente principal, casi única, siguió siendo el Consejo de Estado en su Negociación con Roma. Libre de ataduras y de corrientes academicistas se preocupó de proporcionar el material documental necesario que permitiese luego un estudio desapasionado y objetivo del reinado filipino. Simancas, “semper vetus et semper novum”, se constituía en uno de sus principales veneros.

Lógicamente esta estrecha vinculación del P. Tellechea con Simancas creó afecto y cariño recíprocos. Su arrolladora simpatía y su carácter alegre y bondadoso contribuyeron sin duda a ello. Dejando aparte el servicio, común a todos los investigadores, apporto un dato demostrativo de la complicidad del Archivo con la investigación del P. Tellechea. Apenas dos años después de su primera venida a Simancas se le escribe el 15 de mayo de 1970 comunicándole que “haciendo una información sobre documentos del Registro General del Sello, ha aparecido uno referente a una ejecutoria del pleito entre Marco Antonio Carranza y el defensor de los bienes del arzobispo de Toledo, fray Bartolomé Carranza, del mes de junio de 1581. Se lo notificamos por si pudiera serle de interés”. La contestación del P. Tellechea revela profundo aprecio: “Si todos los archivos procediesen así, se haría más fácil la investigación”. Existen otras muestras de gratitud que van más allá de la deferencia y cortesía. Me voy a referir a las dedicatorias manuscritas de sus libros y artículos. Elijo algunas: “Cantera documental principal de este libro” (*Otra cara de la Invencible*), “coto de actividades cinegéticas espirituales”, “fabuloso depósito de la memoria histórica”, “sobre el que gravita la sombra de Felipe II”, “de tuis

(34) Creo que las molestias causadas por las obras realizadas en el Archivo desde 1999 a 2007 le retrajeron de venir a Simancas. En carta de 6 de abril de 2006 a Isabel Aguirre, Jefa de la Sala de Investigadores, a quien expresó un afecto especial (las cartas de los últimos años están dirigidas a ella), dice: “¡Cuánto tiempo sin vernos y sin pisar Simancas (algo más de dos años después de su última estancia el 16 de junio de 2004). El año pasado estuve en mayo en Salamanca. Al volver pasé por Simancas pero con su entrada dificultosa no entré”. En efecto, durante varios años la entrada se hizo por el Puente del Rey, en la parte oeste del Archivo.

donis ac datis”, “Devuelvo al Archivo de Simancas los “pichoncitos” cobrados en mis incursiones” (dedicatoria de su artículo *La mesa de Felipe II*)...

Afirmaba al principio de estas páginas que el expediente del P. Tellechea, guardado en el archivo del Archivo de Simancas, se salía fuera de lo ordinario. Patente queda en lo expuesto. La vida intelectual del P. Tellechea fue llena y fecunda. Laboriosidad infatigable y talento excepcional se aliaron de forma permanente a lo largo de su dilatada existencia. Dejó escrito que su lema coincidía con el de Esteban de Garibay, uno de los cronistas, vasco como él, de Felipe II: *In labore quies*. ¿Cómo habrá que imaginar en el P. Tellechea su *quies* eterno?

José Luis Rodríguez de Diego
 Archivo General de Simancas

“*LA MUSICALIDAD DE D. IGNACIO*”

Invitado a colaborar en un volumen-homenaje a José Ignacio Tellechea Idígoras, pienso que, frente a distintos artículos científicos dedicados al prestigioso historiador y especialista del mirandés Fray Bartolomé de Carranza y su época, faltaría un detalle al homenaje si no quedara reflejada su musicalidad, un aspecto poco conocido de D. Ignacio. Es inevitable que a veces estos aspectos musicales suyos se relacionen con algunos de Ituren y míos como músico. Esa quiere ser mi aportación: como “Ithundarra”, amigo y maestro de capilla de la Catedral de Iruña.

José Ignacio era hijo de “Luis-eneko Joshé”, natural de la villa de Ituren, txistulari y atabal con alma de artista por libre. Su abuelo también era ttunttunero. Guardo la foto del día de mi primera misa en la plaza de Ituren (1960), en que aparecemos actuando el sacristán Makutxo y yo como txistularis y José Tellechea como atabal, mientras mi padre encabeza el clásico mutil-danza.

D. Ignacio solía referir que en los años de la inauguración del gran órgano del Buen Pastor de San Sebastián, su padre no paraba de relatar en casa cómo había sonado el instrumento de 5 teclados durante la misa dominical en manos del navarro Pedro Machinandiarena: en el ofertorio, en la comunión etc. Un día le dijeron sus hijos, “pero, Aitá; ¿tú ya oyes misa? Estás todo el rato distraído con la música”. El respondió sin inmutarse: “ya, pero son distracciones litúrgicas...”. La madre de J. I. Tellechea se llamaba

Valentina, dotada de una agradable voz de contralto, cantaba mientras cosía. El día de San Ramón Nonato (31 de agosto) nos repetía inexorablemente a los seminaristas que rondábamos su cocina (siempre caía algo...): “Hoy es San Ramón Nonato, que no nació”, y terminábamos todos a coro, “pero murió”.

Si se analiza el origen de muchas cualidades musicales supuestamente “innatas”, se llega casi siempre a una buena disposición musical de los padres y a los “viejos” organistas de pueblo. Éstos han marcado durante siglos (los conservatorios son de reciente creación) el inicio de la mayoría de nuestros músicos y compositores. Una vez más, es cierta la frase de Joaquín Turina que viene a decir: la generación espontánea no existe en música, de la nada no nace nada. Sin la base popular, sin la aportación de nuestros humildes músicos antepasados, sin la fase anterior de los polifonistas y sencillos organistas y directores de banda, tampoco existirían los Falla, Albéniz, Granados etc. Es decir, no existiría el Everest sin la cordillera del Himmalaya. J.S. Bach es la cumbre, pero se entiende mejor ese picacho en su contexto, la cumbre está rodeada de otros montes, tanto de su familia como de otros autores alemanes de los siglos XVII-XVIII. En otro orden de cosas, en el terreno militar, se atribuye a Napoleón la frase de que la formación de un soldado empieza en el vientre de su madre.

J.I. Tellechea no se dedicó a la música, pero tenía un sentido muy sobresaliente de la armonía. Era capaz de añadir una voz de bajo, escrita o improvisada, en el trío musical que formábamos al anochecer, después del rosario de la Capilla de Ituren, en la huerta de su casa que da al río Ezcurra. De este río escribió el tafallés José M^a Cabodevilla que “siempre lleva agua”, quizá recordando al Cidacos de su ciudad natal, conocido por sus aguas inciertas e inconstantes. El trío estaba formado por la hermana M^a Ángeles Tellechea como soprano, yo adolescente contralto con aspiraciones a tenor, y José I. de bajo.

Hacia 1950 (un año antes de la Primera de D. Ignacio en Ituren, 8 de julio 1951) Tellechea formó parte del “Quinteto Mendaur”, y un 26 de diciembre sus componentes se estrenaron como grupo en un estupendo concierto coral en el piso superior o “gambara-sabaya” de la Posada de Ituren. El Quinteto lo componían Santhi Garmendia (lo recuerdo como un tenor de mucha calidad), Ustoa, Txortena, Urdampilleta (tiene que ser nonagenario), J. Azpitarte y Tellechea (bajo). Felizmente viven todos, excepto nuestro protagonista, y lo pueden atestiguar. Con ellos andaban también Sesma (“Sesmita” lo llamaban) que murió trabajando en la brecha como misionero en América, y el prestigioso profesor D. Donato Arrinda.

A Tellechea le hacía mucha gracia la frase de mi padre cuando, a los pocos años de ingresar en el Seminario, pasé a ser el organista del mismo. Yo no sé qué concepto tendría mi padre de los organistas locales que andaban tocando de funeral en funeral, pero la frase dicha en un caserío de Ithun se las trae: “nik seme apez musikalaria ez dut nai” (“yo no quiero un hijo cura músico...”). No hace falta añadir que las sentencias de muchos de nuestros antepasados, quizás las más profundas y útiles para la vida, no fueron dichas ex *cathedra* desde una alta tribuna, sino más bien mientras se ordeñaban las vacas, como es el caso, o se abordaban otros menesteres similares. También una madre va desgranando ideas, acomodándolas a la medida exacta de los años e inteligencia de su hijo, y lo hace sin más, mientras plancha o friega. Ese sencillo diálogo materno-infantil es una maravilla de la naturaleza, y por supuesto, su lenguaje es tan válido y acertado como las teorías expuestas en el mejor tratado de pedagogía aplicada.

La primera vez que entendí en qué consistía la modalidad, la armonía tonal y la modal, materia que entra en el programa de 4º de armonía de un conservatorio oficial de música, fue gracias a una observación que me hizo Tellechea sobre una armonización de la popular melodía eucarística “Ostian bizi zera”. Yo toqué la versión de José Urrestarazu de comienzos del s. XX, con séptimas de dominante y sensible alterada o do sostenido (aún no estaban muy extendida la armonía modal que llegaba desde Solesmes), mientras que a Tellechea le sonaba la armonización que publicó Luis Urteaga, por supuesto modal (protus o Ier Modo eclesiástico en re), con do natural.

D. Ignacio tenía la cabeza bien amueblada también para el arte y, aunque no era músico profesional, distinguía muy bien ambas escalas y sabía juzgar la música. En definitiva, como el hombre de formación universal del Renacimiento que, según las normas de educación de la época, un ciudadano culto del s. XVI debía ser capaz de sonar un instrumento o al menos entender la música y discernir lo elegante de lo vulgar: Francisco Salinas, Fray Luis de León, o por ejemplo, “ojos claros, serenos” de Gutierre de Cetina o F. Guerrero, que cantaron “a lo humano” y “a lo divino”. Valoraba mucho su propia formación musical en el coro del Seminario de Vitoria: Dimas Sotés, José M^a Zapiráin etc. Otro aspecto musical. D. Ignacio era también socio de la Orquesta Sinfónica de Euzkadi, y me aseguran que disfrutó mucho en sus últimos años asistiendo a sus conciertos.

Él fue quien me llevó a conocer al organista y compositor J. Pildáin en Zumárraga, al Seminario veraniego de Saturrarán, al coro que actuó en la inauguración del “nuevo” Seminario de San Sebastián, a Montserrat de Roma, donde actué como organista en un coro de la misa dominical que pagaba, creo,

la Embajada Española, y junto con monseñor J. Laboa me llevó a la opera veraniega de las Termas de Caracalla (1960): Aida de Verdi, con caballos reales por el amplio escenario... Aquella ópera a la intemperie me dejó fascinado. Una tarde fuimos los dos a la Biblioteca de Lecároz. Él era amigo de un capuchino y sabio bibliotecario, muy delgado, puro espíritu (no sé cómo se llamaba) y desde una de las ventanas de la Biblioteca escuché absorto un rato largo el piano del P. Donostía, que una tarde lluviosa del Baztán se fundía con el paisaje, mientras los dos investigadores hablaban de sus cosas.

También aprendí de él el sentido de la belleza y dignidad de la música en la casa de Dios. Eran los tiempos anteriores al Vaticano II. Quizá nunca hablamos después de la profanación artística de muchos templos, pero no hacía falta insistir en lo que es evidente. Basta con una mirada al panorama.

Cuando esas flautas vacías necesitadas de un soplo divino, resuenan lo trascendente en sus notas (lo intuyó desde Calcuta Rabindranath Tagore), algunos se empeñan en llenarlas de vulgaridad. Si repasamos cualquiera de las religiones monoteístas: Alá desde Arabia, el dios de Buda desde el lejano Oriente, Yaveh desde el Sinaí del Antiguo testamento, y ya “en la plenitud de los tiempos” el Maestro del monte de las Bienaventuranzas, el “Hijo del Hombre”, humano y divino, Jesús de Nazareth, constatamos que ese Dios podrá ser majestuoso y lejano, o sencillo y cercano, pero nunca vulgar. Hagamos un culto bello “en espíritu y verdad”, pues nuestro Dios, además, es bello. El arte religioso no es un fin, es un medio, pero señala el camino de lo trascendente, y a veces más certeramente que la alta teología, que a la postre tiene que reconocer que tampoco explica el “misterio”, inefable por definición. El Misterio se encuentra más allá... siempre más allá.

A propósito, en Ituren había un devoto “guizon” que solía decir “emen ez da Trintate bertze Jaungoikurik”. No andaba equivocado. Para entender la frase hay que estar un domingo de Trinidad en la ermita de Mendaur y cantar el popular “Jaungoiko Santua, Jaungoiko indarsua”, mientras se contempla el ancho panorama que la circunda. Algo del “misterio” debió de intuir y hasta entender el sencillo cashero, y a lo mejor tanto como el teólogo especialista.

Los que asistieron al entierro de D. Ignacio en el cementerio de Ituren (en la humilde tierra, respetando su voluntad) pudieron escuchar el mismo “Jaungoiko santua” cantado por la Capilla de Música de la Catedral de Pamplona y sobre todo por las mismas voces locales, como lo hicieron desde siempre frente al Mendaur. Era una tarde de txirimiri, y mientras cerraban el valle las campanadas del “Illun ezkillá”, se finalizó el acto con el “Ne recorderis”, bello canto local que, según me dicen, José Ignacio, herido ya de muer-

te, lo escuchó repetidamente en su último mes de vida en un CD del coro catedral de Iruña que yo le llevé. Yo me lo imagino, añadiendo a la melodía popular una improvisada cuarta voz de bajo, que seguramente encaja perfectamente en la música de las esferas celestes, música que no es el cielo mismo, pero al menos lo sugiere y señala: “más allá... siempre más allá”.

“In paradisum deducant te angeli, y que los coros de los ángeles te lleven al regazo de Abraham”. Agur.

Aurelio Sagaseta
“Apez musikalaria”

*JOSÉ IGNACIO TELLECHEA, PROFESOR Y MAESTRO EN
LA PONTIFICIA DE SALAMANCA*

A comienzos de octubre de 1984 se celebraba solemnemente la inauguración del curso académico 1984-85 en la Universidad Pontificia de Salamanca. La lección inaugural correspondía en aquella ocasión al Profesor Catedrático de Historia de la Iglesia, Dr. José Ignacio Tellechea Idígoras. El tema, inevitablemente, no podía ser otro que su inmenso trabajo, ya entonces, acerca del arzobispo de Toledo en tiempos de Felipe II, el dominico fray Bartolomé de Carranza. He releído para este caso aquella lección, en la que rezuma plenamente el espíritu del profesor que por aquellas fechas presentaba nada menos que ciento once trabajos sobre el mismo asunto en treinta y dos años de investigación. Su castellano limpio, su franqueza vasco-navarra, su riqueza de conocimientos y un cierto humor, no exento de crítica verdadera, hacen de esta pieza aún hoy uno de los textos más interesantes, para conocer al profesor³⁵.

Nacido en San Sebastián el 13 de abril de 1928, venía siendo, como dicen aún nuestros mayores con fórmula castiza, de la villa navarra de Ituren. Estudia en el Seminario de Vitoria, uno de los grandes centros de espiritualidad sacerdotal y de cultivo de la teología en la primera mitad del siglo XX. Recuerda de entonces nuestro profesor, cómo nació su vocación por el estudio de la historia. Uno de sus maestros, don José Zunzunegui, profesor del Centro, le regaló un atlas histórico alemán y un libro de historia de España. Fue la

(35) J.I. Tellechea Idígoras, *Bartolomé de Carranza. Mis treinta años de investigación* (Salamanca, Universidad Pontificia 1984).

semilla de una gran vocación de historiador. Su colaboración como ayudante de la Biblioteca del Seminario fue el segundo elemento que apuntaló la que iba a ser, ya para siempre, su pasión y su camino: la investigación histórica. “Había descubierto el placer de buscar, de indagar a la vera de una gran maestro, D. José Zunzunegui”³⁶.

Como tantos otros sacerdotes de la época, José Ignacio Tellechea estudió en Roma, en la Pontificia Universidad Gregoriana, viviendo en el viejo Colegio Español de via Sant’Apollinare, cerca de Piazza Navona, junto a otro paisano, José María Setién, que luego sería compañero suyo en Salamanca. Doctor en teología en 1954, el año centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción (con una tesis sobre Juan Maldonado, teólogo y exegeta jesuita del siglo XVI acerca de este misterio), licenciado en historia de la Iglesia por las mismas fechas, diplomado en archivística por la acreditada escuela de la Biblioteca Vaticana, lector empedernido siempre, se convierte en buscador incansable por las riquísimas bibliotecas romanas. El hallazgo primero de los papeles sobre Carranza, “su gran amor de juventud”, como él mismo afirmaba, durante un paseo fortuito que acabó en la Biblioteca Valliceliana, en el mismo centro de Roma, equivale casi a una mininovela policiaca de Conan Doyle o Georges Simenon. Luego, dedicará un semestre a dar clases en el Seminario Diocesano de San Sebastián y en el floreciente Seminario Hispano Americano de Madrid, donde tantas vocaciones misioneras de sacerdotes españoles se prepararon para ir a Hispano América de la mano de la OCHSA, la Obra de Cooperación Hispana Sacerdotal para América. Aún le quedó tiempo durante esta época para sacar la licenciatura en Filosofía y Letras, sección de Historia, en la Universidad Complutense de Madrid, además de visitar asiduamente la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, la Biblioteca Nacional y el Archivo Histórico Nacional, anudando por entonces una amistad, que sería ya constante, con el gran maestro don Gregorio Marañón, quien siempre le animó y le prestó su apoyo.

Pero no es la biografía de José Ignacio Tellechea lo que importa en estas páginas breves. Ni siquiera la aventura de su investigación carranziana, que tan magistralmente él mismo dejó escrita en aquella lección inaugural a la que aludía en los comienzos de estas letras. Lo que aquí especialmente importa es su trayectoria en la Universidad Pontificia de Salamanca y, más concretamente, en su Facultad de Teología, restaurada en 1940, como continuación de la vieja y gloriosa Facultad de Teología de la gran Universidad de Salamanca. Aquí llegó el año 1966, sustituyendo a otro gran historiador, desgraciadamente malogrado

(36) *Bartolomé de Carranza* 12.

en los años de madurez, el profesor Luis Sala Balust, sacerdote de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos. En el *Calendario* oficial de la Universidad del curso 1966-67 aparece por primera vez su nombre como “profesor numerario extraordinario de Historia de la Iglesia”. Por esta misma agenda, fielmente conservada con las demás en las estanterías del Decanato de la Facultad, nos enteramos también de que fija provisionalmente su residencia en el Alto del Rollo, en la Casa de Ejercicios de las Misioneras Seculares, instituto secular fundado por el sacerdote navarro y profesor en Vitoria, don Rufino Aldabalde, uno de los impulsores del movimiento sacerdotal español de la primera mitad del siglo XX, junto con hombres como don Baldomero Jiménez Duque en Ávila, el padre Nieto en Comillas, el obispo don Manuel González en Málaga, don Lamberto de Echeverría en Salamanca y tantos otros.

En aquel momento era Canciller de la Universidad Mons. Mauro Rubio Repullés, obispo de Salamanca; y Rector, don Tomás García Barberena, también ilustre navarro. El Decano de la Facultad era el profesor Ursicino Domínguez del Val, mientras que ejercía de Vicedecano don Juan Sánchez Martín y de Secretario general de la Universidad el sacerdote salmantino don José Sánchez Vaquero. No está de más, en estas letras que quieren testimoniar una ilustre página de la historia de la Facultad de Teología y de uno de sus no menos ilustres profesores, recordar algunos nombres que formaban su claustro por aquellas fechas. Recordemos al agustino Luis Arias; a Luis Arnaldich y Martín de Sobradillo, capuchinos; a Urbano Barrientos y Enrique Llamas, carmelitas; a Eugenio González, Juan Calzada Galache, Florencio Marcos, Gabriel Pérez y Lorenzo Turrado, diocesanos de Salamanca; a un joven Maximiliano García Cordero y a Victorino Rodríguez, dominicos sustitutos de dos grandes maestros, los profesores Alberto Colunga y Manuel Cuervo, respectivamente; a Bernardino Llorca y Miguel Nicolau, jesuitas; al moralista claretiano Antonio Peinador; a José María Setién, diocesano de San Sebastián, y a Casiano Floristán, de Navarra; y al último llegado, Olegario González, todavía Hernández, de la diócesis de Ávila. Un conjunto de ilustres profesores que formaban en aquel momento la combinación más plural y rica de la Iglesia española.

Precisamente este último, Olegario González, y José Ignacio Tellechea, ambos como “profesores numerarios extraordinarios”, se incorporaban a la Universidad ese mismo curso. Debíó de ser una decisión de última hora. De hecho, en el apartado de programas de las asignaturas, el de la asignatura de Tellechea no existe, mientras que en este mismo apartado a Olegario González ni siquiera se le menciona. En realidad, se trataba de la incorporación de savia nueva a un profesorado ilustre, pero aún a remolque de la renovación conciliar, propiciada por el Vaticano II, concluido justo el año anterior, en 1965. La

razón de ello se hizo pronto evidente. En efecto, se estaba gestando la gran crisis de la Universidad Pontificia, nacida precisamente en su Facultad de Teología. Estallaría abiertamente dos cursos después con la huelga de los estudiantes de esta Facultad en noviembre de 1968, año de revueltas estudiantiles y de signos explícitos, anunciadores del final de aquel tiempo singular de las posguerras en Europa y España, y del comienzo de algo nuevo. En la Pontificia esta revuelta y su consiguiente crisis provocó una visita apostólica de la autoridad romana y el nombramiento, poco después, de un Canciller con poderes extraordinarios. Se trataba de monseñor Maximino Romero de Lema, en aquel momento obispo de Ávila. Era un nuevo comienzo, justo en octubre de 1969. Un año más tarde José Ignacio Tellechea era nombrado “profesor numerario agregado”, y en enero de 1970 el Canciller Romero de Lema firmaba su nombramiento de “profesor numerario catedrático”. Tal fue su categoría académica en la Universidad hasta el momento de la jubilación.

Por esos años, y a consecuencia de la crisis sufrida, las figuras rectoras de la Universidad han cambiado todas. Sus nombres son seguramente bien conocidos. Era Rector el profesor Fernando Sebastián Aguilar, claretiano; y era Vicerrector don Antonio María Rouco Varela, mientras que el Decano de la Facultad de Teología se llamaba José María Setién Alberro. Pronto los tres pasarían a ocupar sillas episcopales y a protagonizar páginas importantes de la historia de la Iglesia española. Por su parte, José Ignacio vive ahora en el antiguo y hoy inexistente Colegio Hispano Americano Nuestra Señora de Guadalupe, enhiesto con su poco graciosa figura en lo alto del cerro de San Vicente, uno de los lugares originarios de la vieja ciudad de Salamanca. Va a la Pontificia a impartir clases durante el segundo semestre, porque desde los comienzos había llegado con las autoridades de la Universidad a un acuerdo, dedicar el otro semestre a su Seminario de San Sebastián y al Seminario Hispano Americano de Madrid, mientras existió. Pero, sobre todo, tenía que dedicar un tiempo, todo el tiempo posible, a sus investigaciones. Así, el curso de 1973-74, ya plenamente incorporado como profesor catedrático, ese rítmico ir y venir de Salamanca a San Sebastián y de San Sebastián a Salamanca, pasando por Roma, que casi siempre le cogía de camino, se ha convertido en parte de su vida ordinaria. Por cierto, en Salamanca el Canciller de la Universidad es en ese momento monseñor Vicente Enrique y Tarancón, cardenal arzobispo de Madrid; y su Decano es el joven profesor que con él llegó a Salamanca, don Olegario González, todavía Hernández.

En los antiguos “Calendarios” de la Facultad de Teología, que ahora se denominan “Guía Académica”, José Ignacio Tellechea figura por última vez el curso 1997-98. Sigue viviendo, cuando viene a dar clases, en el Colegio de la

Universidad. Pero ahora —el tiempo no pasa en balde— el gran Canciller es monseñor Fernando Sebastián, arzobispo de Pamplona y Tudela; el Decano es el joven profesor Ángel Galindo; y el Rector era yo mismo, José Manuel Sánchez Caro, que tuve por eso la ocasión de conversar con él precisamente a raíz de las gestiones de su jubilación. Los profesores de la Facultad habían cambiado casi del todo. Sólo queda uno de los antiguos, el profesor Olegario González, que ya es oficialmente “de Cardenal”. Pero el paso del ahora viejo Profesor de Historia no ha sido en balde. Años de docencia y centenares de trabajos publicados. Y cientos de alumnos que le recuerdan agradecidos.

Precisamente a raíz de aquellas conversaciones sobre su jubilación, y de las que posteriormente mantuve con él como Director de Publicaciones, a propósito de la creación de la “Fundación José Ignacio Tellechea”, para la publicación de una recopilación de sus escritos en nuestra Universidad, pude conocerle más y mejor. Por eso, al resumir sus muchas virtudes académicas y universitarias, aún sabiendo que hago injusticia con todas ellas, además de las humanas y las que siempre manifestó como sacerdote ejemplar, quisiera poner de relieve, en primer lugar, su actitud de búsqueda. El mismo lo decía, dirigiéndose a los estudiantes, en aquella lección inolvidable ya mentada:

La actitud de búsqueda, jóvenes que me escucháis, es esencial a ese talante universitario de rectitud de alma. La ciencia, lo dijo Aristóteles hace muchos años, es hija de la curiosidad, de la admiración y del asombro, de la duda, que son la pimienta de la búsqueda ... El espíritu de búsqueda hay que ejercitarlo cada día y cada hora en tareas humildes, porque sólo así, disciplinando el espíritu, como los atletas disciplinan el cuerpo en gestos mínimos, se puede llegar a cotas más altas³⁷.

La búsqueda, naturalmente, conduce al hallazgo. El hallazgo da la felicidad, pero exige después largo trabajo:

El hallazgo, jóvenes que me escucháis, es venturoso, lisonjero, hasta proporciona horas de placentero paladeo. Acaso en ese encantamiento inicial está el secreto del entusiasmo perseverante, del fervor recio que hará falta en las horas calladas, oscuras, pesadas, del consiguiente esfuerzo. No basta encontrar, hacer planes. Hay que trabajar firme, con rigor, con honradez, con calma³⁸.

Búsqueda y hallazgo, gozo del encuentro y trabajo continuado de la obra bien hecha. Esta es la gran lección del profesor e investigador José Ignacio Tellechea a los estudiantes universitarios de hoy, especialmente a los estudiosos

(37) *Bartolomé de Carranza* 12.

(38) *Bartolomé de Carranza* 18.

de la Teología y de la Historia. Hay que buscar, investigar, dudar, preguntar. A veces le decían los amigos, que había tenido mucha suerte encontrando documentos importantes en las bibliotecas y archivos. El respondía siempre, que la suerte acompaña al que la persigue. Y él la persiguió sin descanso. Pudo así escribir páginas decisivas sobre el padre Larramendi, sobre Miguel de Molinos, sobre los efectos de la reforma tridentina en San Sebastián, sobre el arzobispo Carranza, sobre Catalina Erauso, la monja alférez de Donostia, sobre la participación de Guipúzcoa en la Armada Invencible, sobre el epistolario de Miguel de Unamuno, sobre Felipe II y Carlos V y, la que es quizá su obra maestra, sobre san Ignacio de Loyola, “solo y a pie”. En total, según una estimación que seguramente se queda corta, 140 artículos en revistas científicas, veintiocho colaboraciones en obras colectivas, y cincuenta y dos libros, sin contar trabajos de divulgación. Nada de extraño que se ganase la estima y la amistad de historiadores y maestros españoles y extranjeros, como el humanista doctor Marañón, el hispanista Marcel Bataillon, el teólogo Hans Küng, el director de la Real Academia de la Historia, profesor Pabón, el maestro de historiadores don Ramón Menéndez Pidal, el ensayista e historiador de la medicina Pedro Laín, el presidente de la Fundación Universitaria Española Pedro Sáinz Rodríguez, con quien colaboró estrechamente hasta el final, los ilustres historiadores siempre “enfrentados” Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro, monseñor Hubert Jedin, Domingo Ricart y tantos y tantos otros.

Y es que, en las universidades, hay profesores y maestros. El buen profesor enseña a los alumnos competentemente su materia, pero no deja gran huella en quien le escucha. El maestro enseña a pensar y engendra actitudes para toda la vida, hace discípulos. A ellos y a los estudiantes universitarios de todos los tiempos el maestro Tellechea sigue hoy, como lo hacía desde la cátedra, ofreciéndoles un último consejo y entregándoles su última confidencia:

A muchos de los que compartís conmigo la vida colegial os suelo preguntar en el retorno a casa tras la faena matutina: “¿Sabes algo más que cuando viniste a clase?” Sigue así. Aprender, siempre aprender, conquistar mínimas parcelas de la verdad día a día. Es el mejor magisterio. Os confesaré que cuando parecían acabarse mis días, volaba mi cabeza a mis papeles y proyectos, y me venía a la memoria aquella frase nostálgica del admirado Menéndez Pelayo: “¡Qué pena morir, cuando queda tanto por leer!”³⁹.

José Manuel Sánchez Caro
 Profesor en la Facultad de Teología
 Universidad Pontificia de Salamanca

(39) *Barolomé de Carranza* 62.

EL VERANO DE 1936 DE UN NIÑO DONOSTIARRA

0. Dedicatoria

Doy a la luz estas sencillas páginas para honrar la memoria de José Ignacio Tellechea, coetáneo y paisano. Sin duda ha sido uno de los mejores historiadores que ha dado nuestro país a lo largo de los siglos. Le debemos por ello una gratitud permanente. Por lo que a mí toca nunca le agradeceré lo bastante una de sus obras menores que para mí es mayor: “Ignacio de Loyola, solo y a pie”. Ella me ha aproximado más al fundador de mi orden religiosa.

No soy historiador. Se me ha ocurrido dedicarle el relato de mi pequeña historia dentro de un tiempo breve y trágico de nuestra ciudad. Se trata de los tres meses de verano de 1936, “el año más sangriento –en frase de Gabriel Jackson– de la historia de España”.

1. Alumno de los jesuitas

Mi infancia transcurrió en la Parte Vieja Donostiarra en el entorno de la parroquia de San Vicente. Era párroco en aquel tiempo Don Vicente Barrena, hombre de una alta calidad cristiana. De él conservamos sus parroquianos un recuerdo indeleble. Entonces los que habíamos nacido y vivíamos en la Parte Vieja donostiarra considerábamos casi como foráneos a los que habitaban el San Sebastián nuevo, que constituye hoy el centro de la ciudad. De aquellos años, que eran los de la República, conservo el recuerdo entre otros de una calle, Narrica, en su desembocadura en el *Bulevar*, llena de vendedores de periódicos que ofrecían y vociferaban su mercancía: *El Pueblo Vasco*, *El Día*, *Yagi Yagi*, *La Constancia*, etc. Y el asesinato de un periodista de izquierdas muy querido por nuestra familia: Manolo Andrés. A los cinco años mis padres me llevaron al Colegio Alemán. Lo juzgaban importante en orden a servir un día mejor a la imprenta de la familia. El Colegio Alemán estaba situado entonces en el barrio de Gros, entre el paseo de Colón y la calle Nueva. Sin duda el contacto con alumnos extranjeros, algunos de religión no católica, y la misma coeducación contribuyeron a abrir mi mentalidad a otras formas y maneras de ser. Pero al trasladarse mis padres a la zona de Ategorrieta, a lo alto de la Calzada de Eguía, y al tener en la proximidades el colegio de los jesuitas, juzgaron conveniente que dejara el Colegio Alemán y pasara a aquel centro docente para cursar el bachillerato. Villa Carmen, la nueva casa que aún subsiste, tenía debajo las vías del tren y más abajo la carretera que conduce a Irún. Al borde de la carretera, lo mismo que hoy, se levantaba el convento de las reli-

giosas del Servicio Doméstico. Y más atrás, en un alto, Villa Eizaguirre, que era la sede del Colegio jesuítico y que hace años fue derribada. La Compañía de Jesús había sido disuelta por un decreto de la Segunda República y por ello el Colegio figuraba legalmente con el título de “Academia Donostiarra”. Pero la mayoría, por no decir todos los profesores, eran jesuitas, portadores muchos de ellos de la sotana clerical. Para la misa diaria solíamos descender a la iglesia de las monjas, convertida hoy en parroquia con el nombre de San Pío X. En este Colegio, trasladado poco después a su actual sede de la Avenida de Navarra y Calzada Vieja de Ategorrieta, cursé íntegro el bachillerato para ingresar después en la Compañía de Jesús.

2. El 18 de julio de 1936

El “Alzamiento”, como se le llamó entonces a la sublevación militar contra el gobierno de la República, nos sorprendió a los niños en las vacaciones estivales. Recuerdo que era un domingo de julio cuando mi padre regresó a casa de la calle y nos anunció que se hablaba de un levantamiento militar en la zona del África española. Era el 17 de julio, si no me equivoco. Al día siguiente empezó a cundir la anormalidad en el ámbito de la ciudad. Los militares acantonados en los cuarteles del barrio donostiarra de Loyola se unían al levantamiento de multitud de guarniciones dentro de España. Querían poner a San Sebastián y su provincia del lado del Alzamiento. Pero las llamadas milicias del Frente Popular comenzaron a hacerles frente a ellos y a las otras fuerzas que se les unieron (elementos de la Guardia Civil y milicias derechistas). Los escenarios de las diversas batallas fueron los alrededores de los cuarteles militares, del Casino (hoy Ayuntamiento), del Hotel María Cristina, del Teatro Victoria Eugenia etc. Aún se ven en sus paredes algunos de los impactos de las balas. En estos edificios señeros se hicieron fuertes los sublevados. Al final la rebelión fue sofocada y la ciudad permaneció bajo el dominio del gobierno de la República hasta el 13 de septiembre. No se me olvidará nunca cómo, asomado a la ventana de casa, veía pasar allí abajo por la carretera los camiones cargados de cadáveres de caídos y fusilados camino del cementerio de Polloe. Era la hora de la venganza y de la represalia. Los escenarios de los fusilamientos han quedado grabados en mi memoria: el Puente de Hierro, las tapias del cementerio, el Paseo Nuevo. Paulina, hija del conserje del cementerio, amiga de mi madre y ya difunta, me contaba las experiencias de esos días cuando todavía era una niña. Cómo los milicianos del Frente Popular traían los cadáveres de los que fusilaban y los depositaban a las puertas de Polloe. Cómo subían por Eguía grupos de mujeres y hurgaban entre los cadáveres en busca de alguna alhaja.

Comenzó el racionamiento de alimentos. Me acuerdo de haber ido con mi marmita para ponerme a la cola del suministro de leche o de agua después de que los batallones carlistas cortaron el suministro de agua desde Navarra. Pero hay un episodio de la historia de aquellos días difíciles que no me resisto a contar por su contenido humano. En una de aquellas noches de finales del mes de julio llamaron a la puerta de la casa. Mi padre bajó a abrir. Era un vecino, el comandante Julio Yngunza, viudo, que venía con su hija y solicitaba refugio en nuestra casa ante el temor a ser detenido y fusilado. Mi padre admitió a ambos en casa y con nosotros permanecieron hasta el final del gobierno del Frente Popular. Y sucedió lo siguiente tras ese final. Un hermano de mi padre y su esposa, dueños del restaurante Pedro Mari en la calle Iñigo de la Parte Vieja, fueron detenidos, llevados al Gobierno Civil por elementos de Falange Española y acusados de izquierdistas. La vida en aquellos días valía muy poco. Sucedió que el comandante Yngunza acababa de ser nombrado Jefe de Orden Público. Mi padre no dudó en acudir a él en demanda de auxilio. El comandante tampoco dudó en dar la orden de libertad para los detenidos que así salvaron la vida.

El 12 de septiembre fue el último día de gobierno del Frente Popular. Recuerdo aún las octavillas lanzadas desde el aire en que el general Mola amenazaba con bombardear San Sebastián por aire, mar y tierra si la ciudad no se rendía. La autoridad gubernativa optó por rendirse. Pero en aquella noche elementos anarquistas venidos sobre todo de Asturias se propusieron dar fuego a la ciudad y comenzaron a hacerlo. En el barrio de Gros ardía el llamado “Garaje Garnier”. Desde casa veíamos las llamas. Teníamos las maletas llenas en previsión de un incendio. Hacia las doce llamaron a la puerta. Eran los “gudaris” que, apostados en la terraza del convento del Servicio Doméstico, nos ofrecían protección. En las calles donostiarras ellos se enfrentaron esa noche a los incendiarios y salvaron la ciudad de las llamas.

3. El 13 de septiembre y el nuevo régimen

Fue imposible conciliar el sueño en esa noche. En ella y en los días anteriores tuvo lugar un inmenso éxodo de donostiarras por tierra y por mar hacia Bilbao, San Juan de Luz y Bayona. En la mañana del 13 de septiembre, muy temprano, mi padre me cogió de la mano y salimos hacia el centro de la ciudad. Era impresionante. No había nadie en las calles. Llegamos al Gobierno Civil, situado entonces en la calle Oquendo. Estaba absolutamente vacío. San Sebastián era una ciudad sin autoridad gubernativa. Se oían de vez en cuando las sirenas de los últimos vaporcitos que abandonaban el muelle llenos de gente que huía por temor a las represalias. Se había oído hablar mucho de la

crueldad de las “hordas fascistas”. Hacia las once de la mañana nos acercamos a la carretera de Ategorrieta. Pronto comenzaron a llegar los vencedores. Eran tan sólo un batallón de tropas carlistas, el Tercio de Montejurra, al mando de un capitán. Hombres algunos de ellos mayores, con escapularios y emblemas religiosos al cuello y en la guerrera y barba de muchos días. Se dirigieron hacia la Diputación y tomaron posesión del edificio. En las horas y días subsiguientes entraron las milicias falangistas y las tropas del ejército. Recuerdo al famoso boxeador de Régil Paulino Uzcudun, sentado sobre el techo de un blindado. Una nueva época se iniciaba para la ciudad, la de la otra España. Comenzaron las venganzas y represalias sobre los que eran apellidados “hordas rojo-separatistas”. Una triste anécdota. La citada Paulina, la hija del conserje del cementerio donostiarra, me contó que, tras la entrada de las llamadas entonces “tropas nacionales”, comenzaron a aparecer sepulturas con las placas que llevaban los nombres de milicianos del Frente Popular, sindicalistas de la UGT y de gudarís, aplastadas y troceadas. No había manera de dar con el autor hasta que se pusieron vigilantes nocturnos que contemplaron lo increíble: el capellán mismo del cementerio, que lo había sido antes de un batallón carlista, daba saltos sobre las placas y las iba destrozando una a una. El hecho insólito se puso en conocimiento del alcalde de la ciudad que destituyó de su cargo a aquel clérigo fanático.

4. La vuelta al colegio

Nosotros los niños donostiarras de entonces no perdimos curso como sucedió en otras partes de España. A mediados de octubre volvíamos al colegio, a nuestra querida Villa Eizaguirre. Nos encontrábamos casi los mismos del año pasado. Había alumnos nuevos, muy pocos, y faltaba un compañero del pasado curso: Zabaleta. Su padre era el dueño de un bar en las casas de Jai Alai. Jugaba muy bien al fútbol. Se ahogó en las aguas de un pequeño estanque situado cerca de la cuesta que sube al cementerio. Pero entre los compañeros había quienes vestían completamente de luto. Sus nombres son los de Aldabaldetrecu, Balmaseda, Sierra, Tapia y Wakonig. El primero era hijo de un padre de simpatías nacionalistas que había sido fusilado por los nuevos dueños de la situación. Los otros habían perdido a sus padres o hermanos fusilados por milicianos izquierdistas en los días del Frente Popular. Nosotros no éramos conscientes de la tragedia que se estaba viviendo. Hacíamos nuestra vida de niños, casi adolescentes, con una naturalidad pasmosa que todavía hoy no deja de sorprenderme.

Tampoco había entre nosotros discusiones y enfrentamientos por razones políticas. Los vencedores imponían su ideología y sus leyes. En vez de los

nombres de Aguirre, Alcalá Zamora, Azaña, Gil Robles o Prieto ahora oíamos en la radio los de militares como Franco, Millán Astray, Mola, Queipo de Llano, Sanjurjo etc. Lo nuestro no era la política, sino el estudio, el aprobar a fin de curso, el fútbol, la pelota, las vacaciones. Empezaron a llegar a San Sebastián los refugiados de la que llamaban la “zona roja”, sobre todo de Barcelona y Madrid. Alumnos procedentes de esas ciudades se iban incorporando a nuestros cursos. Entretanto el levantamiento en armas, cuyos autores pensaron duraría tan sólo semanas, se iba prolongando para no concluir sino el 1 de abril de 1939 tras el trágico saldo de un millón de muertos.

Alfredo Tamayo Ayestarán S.J.
Filósofo y Humanista

*IGNACIO TELLECHEA Y ESTEBAN TERREROS S.J.,
ALGUNAS IMPRONTAS EN MÉXICO*

Estas breves líneas, en homenaje al invaluable Maestro y Amigo, se refieren a algunas experiencias vívidas sobre el padre Tellechea, y a una pequeñita aportación al conocimiento sobre la cultura española del siglo XVIII, que sé muy bien que, al tener conocimiento de ella, nuestro homenajeado me hubiera animado a publicarla.

I

Mi primera percepción del padre Tellechea fue con motivo de su visita a México el “Año Ignaciano”. A propósito de su magnífica biografía *Ignacio solo y a pie*⁴⁰, había arribado a nuestro país, invitado por los ex alumnos de los colegios jesuitas, para impartir conferencias en varias ciudades. En la Universidad Iberoamericana demandó una visita al Departamento de Historia, pues quería ver sus publicaciones. Al mostrarle nuestros libros y proponerle que eligiera los que fueran de su interés, tomó los dos volúmenes sobre la empresa mercantil de Francisco Ignacio de Yraeta, y me advirtió: “Me llevo éste porque es sobre mi paisano”⁴¹. Reconozco que, aunque entonces me llamó

(40) *Ignacio de Loyola, solo y a pie*. Madrid, 1986, 404 pp.

(41) Torales *et. al.* *La Compañía de Comercio de Francisco Ignacio de Yraeta 1767-1797*, México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1985, 2vols.

la atención su respuesta, en mi concepción entonces de la historia empresarial de ese individuo, sus palabras tuvieron escaso sentido. A principios de los años ochenta, había coordinado y escrito parte de ese libro, sin advertir la relevancia que tuvo la identidad vascongada en la biografía y trayectoria del comerciante Yraeta.

Cuando se acercaba la fecha de su retorno a Europa, el padre Tellechea regresó a nuestra Universidad y comentó: “Leí su libro y el comerciante que usted ha estudiado, así como otros individuos que menciona, pertenecieron a una sociedad de la que soy miembro”. Me entregó un sobretiro de su ponencia presentada en el Segundo Seminario de Historia de la RSBAP, donde publicó una nómina con quinientos socios de la RSBAP que residieron en México⁴², y me expresó: “El año próximo celebraremos, en San Sebastián, el III Seminario de Historia de la RSBAP; le anticipo una invitación que habrá de confirmarle el Director de nuestra Sociedad, para ver qué nos puede decir de estos socios mexicanos”. Esto fue el inicio de una amistad que marcó innumerables experiencias de los últimos dieciocho años. Entre éstas, tracé las actuales líneas de mi investigación, y con ello reconocí a los vascos pretéritos y presentes en la sociedad y cultura mexicanas⁴³. Debo decir que rebasaron, mis intereses profesionales, los estrechos lazos de amistad que me unieron al padre Tellechea, y gracias a él conservo numerosos *Amigos del País*.

Fueron breves y escasas las visitas del padre Ignacio Tellechea a México, pero dejó huella indeleble en quienes le conocimos. Su ejemplo de vida: cristiana, austera y caritativa; su amplia concepción de la historia de la Iglesia en la época moderna, expresada con sencillez en la cátedra, en sus conferencias y en sus innumerables publicaciones. Fue director de trascendentes empresas; entre las que tuvieron un impacto significativo en México, debo citar los Seminarios de Historia de la RSBAP y el impulso de las relaciones del gobierno Vasco y la comunidad vasco-mexicana, etc.⁴⁴.

(42) J.I. Tellechea Idígoras “Socios de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en México en el siglo XVIII” en *II Seminario de Historia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, San Sebastián, 1988, 119-170.

(43) Torales, “Expresiones de la Ilustración novohispana: un programa de investigación de la Universidad Iberoamericana 1977-2007” en *Historia y Geografía*, México, Universidad Iberoamericana, n.30, 2008, pp. 91-114.

(44) En 1992, con motivo de la visita del Presidente del País Vasco a México, publicó *El Colegio de las Vizcaínas de México y el Real Seminario de Vergara*, en colaboración con el Dr. Justo Gárate. Vitoria, Gobierno Vasco, 1992, 160 pp. En *La Real Sociedad y América*, San Sebastián 1992, además de haber escrito el prólogo y coordinado la publicación, publicó “La RSB en Guanajuato”, pp. 149-69 y “Socios de la RSB en Chihuahua”, pp. 171-85.

Tellechea, en su prolífica escritura de la historia, orientó su pluma con discreción hacia México y lo mexicano. Despertó, con sus textos, vocaciones, y extrajo del anonimato a numerosos actores que hoy en día se reconocen como artífices de la cultura mexicana⁴⁵. No perdía oportunidad de indagar los rastros textuales de los vascos en México, en los archivos y bibliotecas que visitó. Por ejemplo, en el archivo del Colegio de Vizcaínas identificó una carta del Dr. Camino⁴⁶ y un voluminoso legajo sobre *Astarloa* que dio lugar a uno de sus libros⁴⁷. En el Centro de Estudios CARSO, encontró un raro y curioso documento sobre los mártires del Japón, entre los que se reconocen al novohispano Felipe de Jesús y el guipuzcoano Martín de la Ascención⁴⁸. En los Acervos Históricos de la UIA, seleccionó una interesante carta que José María Basoco dirigió a Miguel de Lardizábal, siendo éste director del Seminario de Bergara⁴⁹.

En particular, debo mencionar que sus sabias y amenas conversaciones durante sus visitas a México iluminaron mi quehacer investigativo. Sería muy temerario pretender resumir, en unas líneas, lo mucho que aprendí del padre Tellechea, pero no puedo dejar de expresar, al menos, que gracias a él puedo ahora reconocer la singularidad de la cultura vascongada y su impronta en la cultura americana; valoro el árbol en el bosque y, en mis incursiones por el centro histórico y las pinacotecas virreinales, es un hábito, casi un vicio, el ejercicio de vincular las expresiones estéticas como referentes sustantivos de los procesos sociales⁵⁰.

(45) En esta línea hay que citar como ejemplo su libro y sus artículos sobre la monja alférez. *Doña Catalina de Eruso, la monja alférez*. San Sebastián, 1992, 330 pp. “La monja alférez, Doña Catalina de Erauso en *XX siglos*, 2, 1993, pp. 57-67 y “La monja alférez en la *Revue des deux mondes* (1847) en *BEHSS*, 29, 1995, pp. 663-704.

(46) “Una carta del Dr. Camino (1818) en el Colegio de las Vizcaínas” *BEHSS*, 30, 1996, 735-41.

(47) “Contribución de vasco-mexicanos a la edición de la obra de Astarloa” en *Astarloa. En el II Centenario de la “Apología de la Lengua bascongada”* (1803-2003), San Sebastián, 2003, 141-78.

(48) Este documento dio origen a su libro *Nagasaki. Gesta martirial en Japón (1597). Documentos*. Salamanca, 1998, 356 pp.

(49) Con motivo de la visita a México del Presidente del País Vasco, el padre Tellechea publicó la carta junto con otros materiales sobre los vascos en México.

(50) El año 1991, le invité a impartir un curso de Historia de la Iglesia para el Posgrado en Historia en la Universidad Iberoamericana de México. Con este motivo visitamos juntos el Colegio de las Vizcaínas, donde estaban en proceso de restauración los retablos laterales y la casa

II

Unas semanas antes de su muerte, recibí una carta del padre Tellechea con las adiciones al prólogo que escribió para mi libro *Expresiones de la Ilustración en Yucatán*⁵¹. Hacía tiempo le había enviado el manuscrito y él, presto, me había escrito varias cuartillas para el prólogo. Sin embargo, cuando la obra ya estaba próxima a ser entregada a la imprenta, pude advertir un testimonio fehaciente de los vínculos que los socios novohispanos de la RSBAP tuvieron con los jesuitas antes de que éstos fueran extraditados. Eso me llevó a incluir un capítulo y un documento más al libro. Nuestro amigo Tellechea ya no vio impreso su prólogo y tampoco pude expresarle que ese azaroso hallazgo fue la punta de la madeja que ahora estoy desenmarañando y que sus últimas letras escritas sobre México continúan iluminando mis tareas de investigación.

En los últimos años, me he propuesto estudiar a los jesuitas y sus vínculos con los novohispanos miembros de la RSBAP. Durante el proceso de investigación para confirmar las relaciones del jesuita Agustín Castro, durante su estancia en la Península de Yucatán, con el funcionario de la Real Hacienda Diego Lanz, socio benemérito de la RSBAP, promotor y corresponsal de dicha corporación en el puerto de Campeche, fue localizada la colección de cartas dirigidas al jesuita, entre 1712 y 1767. De éstas resaltan las misivas del Amigo Lanz durante el año de 1766, cuyo análisis me ha permitido adelantar algunas afirmaciones respecto a cómo los jesuitas participaron del debate para instrumentar el libre comercio en Hispanoamérica.

De la correspondencia en cuestión, para este libro homenaje a nuestro Amigo Tellechea, he seleccionado una carta que nos muestra los vínculos del jesuita Castro con otro ilustre vasco-navarro. Se trata del padre Esteban de Terreros (2.VII.1707, Valle de Trucíos en las Encartaciones-3.III.1782 en Forlí), quien le escribió al padre Agustín Pablo de Castro, extrañado de no recibir noticias suyas durante casi dos años.

...

del capellán apuntalada y casi en ruinas. Especulamos sobre la posibilidad de clausurar en ese magnífico recinto del siglo XVIII, factura de los Vascongados, el *IV Seminario de Historia de la RSBAP*. Otro día acudimos al Museo de San Carlos donde estaba expuesta una selecta muestra del retrato novohispano. El padre Tellechea salió entusiasmado, muchos de los retratos estaban vinculados a las familias de los socios novohispanos de la RSBAP.

(51) Torales. *Expresiones de la Ilustración* en Yucatán, México, Fundación Arocena, 2008.

De la lectura de su misiva podemos desvelar numerosas cuestiones. Entre éstas, las limitaciones del sistema epistolar entre los jesuitas de la Asistencia Hispánica; el buen estado de salud del corresponsal y la fragilidad corporal del destinatario; la amistad que se profesan los dos literatos; el apoyo de Terreros para la adquisición de libros para la Provincia Mexicana; entre éstos *El Paraíso Perdido* de Milton y la *Vida de Lope de Vega*. Entre líneas, es posible apreciar el ambiente antijesuita prevaleciente en la Corte de Madrid, después de la expulsión de los jesuitas de los territorios lusitanos y de la monarquía francesa. De su labor intelectual, Terreros nos informa la conclusión de su *Historia del cielo* y nos da luz sobre el proceso editorial de su *Diccionario Cuatrilingüe*, del cual, al tiempo en que escribió su misiva, le llegaban para su revisión pruebas de la imprenta dos veces al día. Valiosos datos para la historia cultural son las palabras del padre Terreros sobre el estado de impresión y los costos de su *Diccionario*. Mientras que, para la aprehensión de la obra de Castro por los estudiosos de la cultura mexicana, Terreros nos advierte cómo éste le había comunicado su idea de escribir su poema latino sobre el conquistador Hernán Cortés. En su *Cortesiada* había que resaltar el papel del extremeño en la tarea evangelizadora del nuevo mundo.

Éstas son algunas afirmaciones que me sugirió la primera lectura de la carta de Terreros en México. A continuación, la transcribo en aras de que los estudiosos de este literato identifiquen otras claves de lectura para una mayor comprensión de la trayectoria del jesuita de las Encartaciones y, en general, de la cultura en el mundo hispánico.

**Carta del padre Esteban Terreros y Pando al padre
Agustín Pablo de Castro**

Al padre Agustín de Castro de la Compañía de Jesús que le guarde muchos años. Maestro de Cánones en su Colegio de Mérida de Yucatán

Fecha Colegio Imperial y mayo 16 de 1766

P. C. Etc.

Padre mío, si a las cartas que yo escribo sucede lo que a las de V.Ra. es cierto que no llegará ninguna: de parte de V.Ra. me vino a hacer una visita el que fue secretario de que sé yo que Gobernador⁵² a quien V.Ra.

(52) Se trata del Gobernador de Yucatán Felipe Ramírez de Estenoz quien también fue Capitán General y Gobernador de Caracas. Falleció en Mérida, Yucatán, el 11 de diciembre de 1764.

asistió ahí para enviarle a la eternidad, y cuya viuda, que es habanera⁵³, casó aquí con don Francisco Rubio, antes Gobernador de Veracruz, y me dijo que V.Ra. me escribía en aquel viaje, pero tal carta no ha llegado. Siendo así que aquí se acude al correo, y que yo que no tengo por ese mundo otra correspondencia que la de V.Ra., he encargado particularmente en el correo mis cartas; pero creo que habrá ya dos o más años que no he tenido más razón que la del secretario dicho, aunque yo he escrito varias veces, y estaba esperando la orden de los libros que se debían comprar según la insinuación de V.Ra., de los cuales ya tengo algunos de los más curiosos que en orden a nuestras cosas han salido, y como ya dije a V.Ra. en otra hallé *El Paraíso perdido* de Milton que es raro: ya dije que ya que no vinieran en derechura las cartas a mí (que sería lo mejor, pues más quiero pagarlas que tener cuentas con procuradores) podrían venir al padre Escorza, o Torres: los tiempos están tales que no sería mucho si venía alguna noticia política en la carta, que otra política la detuviese; ya sabe V.Ra. que en nosotros no hay pecado venial, y que no sólo *odio habuerunt me gratia* sino que, aún desentrañándonos por el público, nos arranca la malicia las pocas entrañas con que nos quedamos para servirle; pero vamos adelante que esto sería nunca acabar: yo prosigo, gracias a Dios, con salud, y con mi pluma en la mano: “La Historia del cielo” tengo acabada⁵⁴, y ya sacando, o tallando las láminas para darla como entre renglones a la prensa cuando pueda: del Diccionario cuadrilingüe⁵⁵ va ya impreso casi un tomo (recelo que no quepan los cuatro diccionarios sino en cinco tomos), por hoy se completan 132 pliegos de marquilla, de los cuales tendrá toda la obra 700, y cuesta cada uno con tirado, plana y papel, 230 reales de vellón de a 34 marabedís, que, contando como allá, son una mitad, esto es 115 reales de plata, cantidad que es menester ser un príncipe, o de un valor heroico, o ambas cosas, para aventurarla, y más, cuando vuelven puntapiés por los servicios: pero como pueda nada de esto me arredra. Las demás noticias las darán otros, unas son buenas, otras malas, y otras pasaderas o medianas: yo deseo que a V.Ra. le vaya bien entre esas losas y bejucos y aún quisiera que le sacaran de ahí adonde lo vi entrar con sola la conformidad de la obediencia, y con natural repugnancia, y que V.Ra. prosiguiera como por entretenimiento la idea de su poema heroico a Cortés, que aun entre los jesuitas saben no olvidarse de su cultura las

(53) Thomasa Herrera, hija de Gonzalo Luis de Herrera Berrio, cuarto marqués de Villa Alta.

(54) Se refiere a la traducción de la obra *Histoire du ciel*, París 1935 (1748), 2 vols. Del abate Pluche que incluía 28 láminas de los “símbolos de Egipto”.

(55) Se refiere a su magna obra *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes, y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, que fue publicada después de su muerte bajo el patrocinio del conde de Floridablanca, en la imprenta de la Vda. de Ibarra, 1786.

musas, y V.Ra. en su primera carta me pintó cómo tales, a esas gentes donde pasan los literatos por bárbaros *quia non intelligit ulli*: San Luis Gonzaga se ha desatado a hacer milagros, y no tan *equivocos* como los que achacan a su Sto. de Vms. Pues ya los envían a Méjico siempre donde parece se reimprimen, no obstante, cuando vayan más libros, podrán ir sin mucho aumento algunos. La vida de Lope de Vega que fue un hombre insigne, y un compendio de la de Santa María de la Cabeza tengo en borrador para cuando Dios quiera, que ahora no ha lugar por varios capítulos: V.Ra. mande y escriba, y a Dios, que nos llaman las pruebas de la imprenta que vienen dos veces al día.

De V.Ra. siempre de corazón

Estevan de Terreros

Fuente: Archivo General de la Nación de México, Indiferente Virreinal, v. 4393, exp. 15. F. 61

María Cristina Torales Pacheco

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

JOSE IGNACIO TELLECHEA A TRAVÉS DE JOSÉ DE ARTECHE

Pido perdón a los que me lean por que el título puede hacer pensar que corresponde a un estudio profundo sobre las influencias que pudo haber entre la producción literaria de ambos autores. Nada más lejos de mi intención. El título responde más a mi sentimiento personal nacido de mi conocimiento y trato que tuve con estas dos personas.

Conocí primero a José de Arteche, quien tenía una relación de parentesco y de buena amistad con mi familia política. Relación que, una vez casado, mi esposa y yo mantuvimos hasta la muerte de José. Contactos que se expresaban en las visitas personales que ambos hacíamos a José cada vez que veníamos a Donostia y a través de las cuales, poco a poco, aprendí a conocer y apreciar la valía personal y el sentimiento cristiano universal de José de Arteche. No es ésta la primera vez que he manifestado que debo reconocer que José, por sus cualidades humanas, al igual que en otras muchas personas, dejó una profunda huella en mí.

Consecuencia de ello fue mi compromiso personal de escribir, como expresión de mi sentimiento, una biografía que, bajo el título de *José de Arteche Aramburu, vida y obra de un vasco universal*, salió a la luz en 1996⁵⁶.

En la investigación previa a la publicación de toda la obra artechiana a mi alcance, encontré desde el principio las primeras huellas de Tellechea. Un artículo publicado en *La Voz de España*, en 14 de Julio de 1951, titulado *Misa nueva en Ituren*, en el que Arteche describe la primera misa del entonces recién ordenado sacerdote José Ignacio de Tellechea Idígoras.

Vuelvo a encontrar a Tellechea en la tercera parte de su diario, que se publicó bajo el título de *Un vasco en la postguerra*⁵⁷, cuando éste, junto al también sacerdote Sebastián Laboa, sirven a Arteche como introductores de una audiencia en la que el papa Juan XXIII recibió a Arteche.

Es Tellechea Idígoras la última visita personal que acoge José de Arteche en su casa el mismo día de su muerte. Éste estaba escribiendo la tercera edición de su biografía *San Ignacio de Loyola*⁵⁸ y las consultas con Tellechea y los comentarios de éste sobre los diversos contenidos de la nueva edición daban lugar a constantes encuentros y cambios de impresiones entre ambas personas.

Tras la muerte de Arteche, es de José Ignacio Tellechea la idea motriz de dedicar a Arteche una obra “in memoriam”, *Canto a Joxe*⁵⁹, que reprodujo lo que él mismo llamó “la carpeta de Marichu”, es decir, los artículos necrológicos publicados en la prensa, fundamentalmente donostiarra, que su esposa y, creo no ofender su memoria si digo que también fue su musa, había recogido amorosamente durante el tiempo inmediato a la muerte de su esposo. Este compendio de sentires procedentes de personas de estilos dispares pero unidos en el sentimiento y la admiración por José de Arteche, Tellechea lo titula *Canto a Joxé*, que, según sus propias palabras, es el único título que jamás hubiera podido escribir Arteche.

(56) A. Villanueva Edo. *José de Arteche Aramburu. Vida y obra de un vasco universal*. Donostia-San Sebastián, 1996. Fundación Social y Cultural Kutxa. Obra social de Kutxa. Caja Guipúzcoa.

(57) *Un vasco en la postguerra. Diario 1939-1971*. Bilbao 1977, Editorial La Gran Enciclopedia Vasca. 248 págs.

(58) *San Ignacio de Loyola*. Barcelona 1941, Editorial Herder. 2.ª edición, corregida y notablemente aumentada, Bilbao 1947, Editorial El Mensajero. 400 páginas.

(59) Varios autores. *Canto a José*. Donostia-San Sebastián, 1972. Editorial. Grupo Dr. Camino de Historia Donostiarra de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Obra Cultural de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián.

Mi biografía sobre Arteche estaba ya escrita en 1995, un año antes del vigésimo quinto aniversario de su muerte. Me hacía una gran ilusión que pudiera publicarse con motivo de éste aniversario y que su publicación fuera un intento de llamar la atención hacia esta figura, el escritor vasco que mejor escribía en castellano, según la opinión autorizada del doctor Gregorio Marañón, y que permanecía casi olvidado en su propio pueblo⁶⁰.

Acudí a José Ignacio Tellechea con mi pretensión de encontrar un editor que sacara a la luz mi libro. Creo que nunca he sentido una actitud tan acogedora ante una petición de ayuda para sacar adelante mi pretensión de ver negro sobre blanco mi biografía sobre Arteche como la que me ofreció Tellechea.

Éste me abrió de par en par el servicio de publicaciones del Instituto Doctor Camino de Historia Donostiarra, que entonces presidía, y me acercó a otra figura señera, a Juan Antonio Garmendía, a quien también he de agradecer su colaboración y sugerencias de aquellos momentos.

Pero, lo que aún es mejor, José Ignacio Tellechea hizo una aportación a mi obra en forma de prólogo, que hubiera quedado muy incompleta si no hubiera sido el pórtico de mi libro.

En ese prólogo, Tellechea nos descubría facetas personales de Arteche y nos señala en sus recuerdos, los perfiles de su carácter, aquellas anécdotas entrañables de su vida y, sobre todo, su admiración por su vida y obra.

Por ello, por muchas de las cosas que decía Tellechea en este prólogo, me vi obligado a rectificar y añadir en algunos de los capítulos de mi libro detalles no bien expresados, ideas olvidadas e, incluso, sus aportaciones originales.

Mantuve durante los últimos años una excelente relación personal con Tellechea, durante los que él tuvo que pelear con sus problemas de salud, que lo retiraron de forma sustancial de su vida activa.

Sin embargo, cuando hace dos años, en 2006, el doctor José María de Urkía Echabe, a la sazón Director de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País, tuvo la excelente idea de celebrar el primer aniversario del nacimiento de José de Arteche, un grupo de personas, que nos dimos el calificativo de “artechianos”, nos comprometimos a recoger lo más sustancial de la obra de Arteche⁶¹.

(60) Por aquellos tiempos una publicación, que pretendía recoger y ser una antología de los mejores escritores vascos, olvidó totalmente a Arteche.

(61) *José de Arteche, un hombre de Paz*. I y II Tomos. Donostia - San Sebastián, 2006. Editor Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País - Euskalerrriaren Adiskideen Elkarte.

En el grupo inicial⁶², que integrábamos, además del Dr. Urkía, María Teresa Echenique Elizondo, Emilio Múgica Enecotegui y el que esto escribe, José Ignacio Tellechea Idígoras aportó la importante revisión de la biografía artechiana de San Ignacio de Loyola, completando así su tercera edición, que Arteche dejó inconclusa el día de su muerte.

No me siento capacitado para glosar toda la obra pastoral, científica, investigadora y literaria de José Ignacio Tellechea Idígoras, sacerdote, investigador, catedrático universitario, publicista, que otros harán mucho mejor que yo. Únicamente me agradaría dejar bien alto y claro que, al igual que Arteche, fue fundamentalmente un hombre bueno.

Antonio Villanueva Edo
Doctor en Medicina

¡QUÉ BUEN AMIGO!

Nuestro José Ignacio Tellechea Idígoras fue investigador de primera mano en numerosos archivos. Dejó tras de sí generosa cosecha de conferencias, artículos y libros sobre diversos asuntos históricos. Detallar, matizar y valorar todo ello corresponde a la competencia de sus amigos académicos. A mí se me ha pedido que describa algún que otro aspecto existencial de su convivencia con nosotros, con el grupo de profesores y formadores del Seminario de San Sebastián. Mis pinceladas evocarán al Ignacio de mi espejo retrovisor de copresbítero y amigo.

Donostiarra de pro, nacido en San Sebastián, un lunes, 13 de abril del año 1928, una *añada excelente*, que, además de él y su amigo, Jose María Setién Alberro, el Obispo emérito, nos regaló, entre otros, a Jeanne Moreau, Adolfo Marsillach, Miguel Poblet, Pere Casaldàliga, Obispo de São Félix de Araguaia, Félix Rodríguez de la Fuente, García Márquez, José María Cabodevilla, Hans Küng, Fabiola de Mora y Aragón, Ernesto *che* Guevara, Stanley Kubrick y el Padre Kolbenbach, Prepósito General emérito de la Compañía de Jesús.

(62) Este grupo se amplió posteriormente con la participación, en los epílogos de esta obra, de José Ignacio Alberdi Egaña y Santiago Aizarna y de sus hijos Agustín, en la presentación de esta obra, e Iñaki, autor de las ilustraciones de las portadas de la obra.

Felizmente arraigado

Además de historiador, Ignacio se profesaba curioso y romántico. Tras hurgar en su árbol genealógico, se sabe «vasco por más de cien costados». Se complace en la eufonía de sus apellidos navarros: Tellechea, Jorajuría, Maya, Santesteban, Ayoroa, Lasaga, Apezteguía, Labayen, Vera, Aldaya, Munarriz, Tornaría, Xubil, Mutuberria, Carraquería, Auricenea, Urroz, Nabaz, Saldías, Ariztoy, Alberro, Zozaya, Azcue, Sagardía, Irigoyen, Lizarbe, etc. Goza también de la otra mitad de los apellidos guipuzcoanos: Idígoras, Arámburu, Azpiazu, Zufiría, Múgica, Astaburuaga, Albisu, Sorozábal, Irazusta, Astiazarán, Goitia, Izaguirre, Segurola, Erquicia, Urquiola, Letamendía, Oria, Arabaolaza, Arrieta, Aranzadi, Leturia, Eguiazábal, Larrea, Tellería, etc.

A través de esos nombres y de tantos otros topónimos, goza de la evocación de su amada y bella tierra: su costa, sus montes y cimas, sus praderas, sus riachuelos, el aroma y la sombra de sus bosques. Desde este punto de vista, se siente, sobre todo, afortunado con el pueblecito de Ituren en Navarra, pueblo natal de su padre y el de los ritmos ancestrales del *Zanpazar* local.

«Tan tonto me parece el racismo como el negar las diferencias, que son más que de sangre, y hasta de sangre. Pero éstas no me producen ni orgullo ni acomplejamiento, sólo tranquila satisfacción. Después de todo, es el lote que nos regaló la vida, y lo importante es aceptarlo, como la estatura, y llevarlo con dignidad, sea cual sea».

En efecto, somos creados dentro del cúmulo de resultados, tanto positivos como negativos, a través de una multitud de generaciones previas. Ciertamente cada cual es absolutamente único. Inventado de cuajo en su identidad absolutamente propia. Algo de esto sabía ya el salmista:

«Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Tú conocías hasta el fondo de mi alma, no desconocías mis huesos. Cuando, en lo oculto, me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra. ¡Qué insondables encuentro tus designios, Dios mío!» (Sal 138).

La verdad es que Ignacio se sentirá a lo largo de toda su vida muy zubiarianamente religado, de una muy recia espiritualidad.

Estudiante en Vitoria y en Roma. Primeros destinos

Un 20 de marzo de 1942, a sus catorce años, siendo de 3.º de Humanidades, en la concertación pública, diserta ante el pleno del Seminario sobre *Las Instituciones de los Galos*; al año siguiente, en una solemne celebración con motivo del segundo milenio del nacimiento del Tito Livio, desarrolla su *T. Livii notitia*; y todavía mocito, en 1943, presenta otro estudio:

Tucidides y Salustio. Como se ve, desde su adolescencia están ya centradas y fijas su atención y su ilusión en la historia y los historiadores. En 1948, a sus 19 años, ya cursando Teología, en la pública Disputa Teológica del 22 de abril: *De Ecclesia Christi*, le toca intervenir como defensor de la Iglesia en contra de sus dos contraatacantes: curiosamente le tocó defender el gran amor de su vida: la Iglesia en su concreta densidad histórica. Por fin, un 15 de marzo de 1951, le corresponde actuar de objetante –también esta vez *pro Ecclesia*– a una con su amigo José María Setién, en contra de la exposición, que se le encomendó a otro gran amigo de ambos, el donostiarra Manuel Sesma: *Hacia una Iglesia nacional en Rumanía.*

Bajo la guía de su pariente, D. José Zunzunegui Aramburu, Profesor de Historia Eclesiástica y Bibliotecario en el Seminario de Vitoria, durante los ratos libres de su larga retahíla de cursos vitorrienses de Filosofía y Teología, se fue haciendo cargo de las estructuras y recovecos propios de aquella monumental biblioteca. Se avezó en el tiento e instinto del minero, a solas, en silencio, ejercitando su recién adquirida metodología eurística: «*Qui scit ubi est scientia, proximus est habenti eam*». Le apasionaban sus conquistas primerizas. Es así como, todavía simple estudiante, con asombro de sus compañeros y profesores inició la ofrenda de sus cosechas en revistas especializadas de Historia.

Ordenado de presbítero el año 1951, novel sacerdote, se traslada a Roma para los cursos que van de 1951 a 1956. Estudia, en la Gregoriana: *Teología* –Doctorado *summa cum laude*– e *Historia Eclesiástica* –mera Licenciatura–. Es ya famoso en varias revistas internacionales. Su doble nombre y sus dos apellidos son ya conocidos en la minoría erudita de Europa. Es ahora, al pasar de la Facultad de Teología a la de Historia Eclesiástica, cuando descubre al que va a ser su gran amigo de por vida y por toda la eternidad: Fray Bartolomé de Carranza O.P., natural de Miranda de Arga (Navarra), Arzobispo de Toledo, figura apostólica estelar del siglo XVI, *mártir* de la Inquisición. Era el tema para la tesis de su doctorado. Lo fue dejando para culminarlo con el arco completo de su vida. Con sus numerosísimos trabajos publicados sobre Carranza tenía para una decena de doctorados.

Por lo demás, en aquella afortunada estancia en la Ciudad Eterna, Ignacio era un compañero ideal con sus pertinentes ilustraciones ante cada ruina, ante cada una de las infinitas lápidas y ante cada fachada. En aquellos remotos años *cincuenta* del siglo pasado, ¡en Roma! Le hechizó la maravillosa Urbe. Por una parte, «*quanta Roma fuit, ipsa ruina docet*», las ruinas célebres pobladas de gatos, el foro y las vías –sobre todo, ¡la Vía Appia!–, corporeización de recuerdos históricos, tanto entrañables como ominosos. Por otra parte, acumulación de basílicas y santuarios; acopio de tesoros culturales del más eximio

nivel; las tumbas silenciosas y las fontanas con diversidad de melodías acuáticas; escudos por todas partes –¡ay, las tres abejas de los Barberini!–; Por lo demás, la sabiduría del romano de a pie y la degustación del *cappucino* de Sant’Eustachio; el Tíber escurriéndose escarmentado bajo los numerosos puentes monumentales. Roma es una amalgama perenne: devoción a los primeros mártires y realismo mundano; el reconocimiento del *Deus christianorum* por doquier y los dioses paganos nunca olvidados; bendiciones indeficientes y óbolo de san Pedro; admiración por los aguerridos del evangelio y dispensación de honores y títulos; solicitud por toda la *Oikumene* y los héroes de la utopía evangélica emplazados a comparecer ante los Dicasterios.

¡Qué felices, para Ignacio, aquellos años de estudiante de *Historia Eclesiástica* en la *Pontificia Universidad Gregoriana*! En esa Facultad lucía un plantel de profesores procedentes del ancho mundo. Varios especialistas de fama internacional, atinados pedagogos en eurística y metodología, en arqueología y paleografía, profesores copiosos en erudición, de gran amplitud de horizontes culturales, de exquisito afán de objetividad, fraternos en su capacidad de acogida. Le aleccionaron en el estudio de la historia de la Iglesia, en el que venía ya avezado. Los años veinte de su edad, con un sacerdocio recién estrenado, en la Ciudad Eterna, con sus rincones y calles resonantes de pasados más o menos remotos. ¡Qué fortuna la de aquellos años en aquel pequeño grupo de la Facultad de Historia, en medio de la ecuménica muchedumbre gregoriana! Una verdadera fortuna, desde el doble punto de vista humano y cristiano.

Ahora bien, Roma era también el propio rincón de estudio y las bibliotecas. Horas y horas de lectura, confrontación, relación, memorización, anotación, síntesis, meditación, reflexión y también de profunda conomoción más de una vez. Peregrinaciones por el Paleocristiano, por el Alto y Bajo Medioevo, por el Renacimiento, la Reforma y la Contrarreforma, el Manierismo, el Barroco y el Rococó, la Ilustración, la Revolución y las Revoluciones del XIX, el Romanticismo y las Restauraciones, y la primera mitad de nuestro propio siglo XX, con sus hecatombes, por una parte, y con su auroral deseo de un nuevo Concilio, por otra. Se gozaba, al ampliar los conocimientos, al ir completando los cuadros epocales, perfilando personajes, contemplando el movimiento de las ideas y de los gustos.

¡Qué grato recuerdo el de aquella maravillosa excursión en varias *vespas* –con hermoso sol y brisas invernales– por Campo Verano a la Vila Adriana, a Tíboli y a Subiaco! Era el día 11 de febrero de 1956, como en cada curso, día no lectivo por ser el aniversario de los Pactos Lateranenses, logrados entre Pío XI y Musolini, con los que se resolvió por fin aquella malhadada *Cuestión Romana* y de los que nació el moderno Estado Vaticano.

Aparte de investigador de primera mano, Ignacio era de siempre un apasionado lector, un lector empedernido. De memoria muy amplia y al mismo tiempo vigorosamente selectiva. Nutría su magnífica erudición desde la que con citas oportunas sazonaba sus escritos y su misma conversación. En la convivencia familiar y amical, resultaba felicísimamente ocurrente.

Ya en noviembre de 1958, José María Cabodevilla, con su pizca de humor –tan habitual en él–, ofrendaba a Ignacio su libro *Aún es posible la alegría*:

«Dedico este libro a José Ignacio Tellechea, hombre sapientísimo, de vasto y cordial magisterio en sitios muy principales y remotos, y que tiene su mejor cátedra montada en Ituren, junto a un río que siempre lleva agua. Aún anda este sabio por los treinta años recién cumplidos, pero con el tiempo será un hombre que los presuntos bachilleres tendrán que conocer para no salir malparados en reválida elemental. El que hace historia del siglo XVI, fácilmente argüirá de error metodológico a quienes pretenden hacer ya historia del siglo XXI. No importa».

Nada más recalar en su diócesis, recibe el obvio nombramiento de Profesor de Historia Eclesiástica en el Seminario Diocesano de San Sebastián. La misma responsabilidad y tarea le toca ejercer también en el Seminario Hispano-Americano, sito a la sazón en Madrid. También en la Facultad de Teología del Norte, sede de Vitoria y en la Universidad de Salamanca. Sus alumnos subrayan su tino metodológico. Agradecidos admiran cómo se empeñaba incluso en iniciarlos en la práctica de la investigación. Los asociaba a la corrección de las pruebas de imprenta de sus publicaciones. Era agradable ser discípulo suyo. Y lo recuerdan también generoso en sus calificaciones académicas.

Viajero incesante, siempre a la búsqueda de aumentar sus cazas, pescas y cosechas en algún archivo, más o menos remoto. Nada gnóstico y menos aún maniqueo, sabía gozar degustando «un cordero de Aranda o morcillas fabulosas de Briviesca».

Además de Profesor de Historia, fue también Bibliotecario en el Seminario de San Sebastián, en la que *«tanto esfuerzo e ilusión puso»*. Posteriormente, cuando quiso ser sustituido por su brillante discípulo y gran amigo Xabier Basurko, no por eso abandona el enriquecimiento de sus anaqueles. De cada uno de sus viajes a ciudades como, Toledo, Sevilla, Burdeos, París, Amsterdam, Berlín, Munich, Zurich, Milán, Génova, Nápoles y, por supuesto, mucho más frecuentemente de Roma, venía, como un rey mago, cargado de libros de ocasión que, como un sabueso, seleccionaba y adquiría para su biblioteca del Seminario de San Sebastián, que, con suma complacencia, la veía crecer ya por sí misma, incesantemente.

Una misión muy difícil

En los años sesenta, virulentos desde varios aspectos, le toca un imprevisto contratiempo, el de tener que abandonar en buena parte sus trabajos de investigación a fin de arrostrar, como Rector del Seminario, la vida disciplinar y académica de éste, en circunstancias delicadas y difíciles. Había que reabrir el Teologado, que se encontraba clausurado por orden episcopal. Mal que le pesara, además de profesor e *investigador en paro*, era responsable de una institución eclesiástica que de pronto se había declarado en plena crisis. Más que nombrado, fue suplicado para que se hiciera cargo de esta difícil responsabilidad. En especial el Teologado se encontraba seriamente probado y soliviantado. Le fue costoso aquel *tener que perder el tiempo* —¡tantísimo tiempo!— un día sí y otro también, bien en su despacho rectoral como en torno a la mesa del salón del Obispo, en compañía de sus colaboradores, preocupados todos por actuar con la máxima lucidez y el más fino tiento con respecto a la situación. Eran trascendentales los asuntos acerca de aquellos jóvenes. Su discernimiento vocacional era importante, ante todo para ellos mismos y luego para la diócesis.

En aquellas azarosas circunstancias, era, por una parte, un alivio ver que un buen número de ellos abandonaba el seminario por su propia decisión, sin necesidad de tener que obligarlos. Por otra parte, sin embargo, era un gran pesar tener que presenciar aquella criba. Empezábamos a ver los primeros síntomas de problemas nuevos en la pastoral vocacional, que se nos vuelven ya desde entonces endémicos.

Eran los años *sesenta*. En ellos recae, ante todo, la tromba de la apasionada opinión pública acerca del proceso conciliar; después, el primer *posconcilio*. Llegan también las olas del convulso *mayo del 68*. Por otra parte, arrecian los temores y apremios éticos de un marxismo todavía rozagante y retador. En ese panorama más o menos general terciaban, por supuesto, aquí, en nuestro inquieto Seminario, los componentes político-nacionalistas, en ese momento muy eferrescentes en nuestro País. Era la indignada oposición en contra del otro nacionalismo, de siempre acosador por parte incluso de la misma Jerarquía eclesiástica.

El 7 de junio del 68, se pasa ya el Rubicón del asesinato: José Pardiñes Arcay, Guardia Civil, natural de Malpica (A Coruña), soltero de 25 años, cae abatido por los disparos a bocajarro de Javier Etxebarrieta Ortiz, en la carretera entre Aduna y Villabona. En el cruce de Benta-Haundi de Tolosa, Etxebarrieta se topa de nuevo con la Guardia Civil. Le dan el alto. Al verse identificado, se enfrenta. Es herido. Lo llevan al Hospital de Tolosa. Allí falle-

ce. El cuartel general de la Guardia Civil se encontraba todavía entonces en nuestro Paseo de Hériz, fue tremendamente turbador aquel atardecer, aunque nadie podía sospechar aún la incesabilidad del reguero de sangre que se acababa de iniciar.

Nuestros seminaristas teólogos eran gente buena. Procedente de familias muy cristianas. En medio de esas circunstancias comprometedoras, tenían que decidir entregarse de veras o a abandonar de una vez la costosa vocación sacerdotal. En un ambiente en que «*es difícil, cuando todo baja, no bajar también*», como diría Antonio Machado, comenzaban a encontrarse –independientemente de su libre voluntad– abrumados por la *glaciación religiosa* que se les iba cayendo encima. Una determinada lectura del libro de Robinson, obispo anglicano, *Honest to God*, y de Paul Tillich, *El coraje de existir*, y una muy sesgada interpretación del talante espiritual-pastoral del mártir Dietrich Bonhoeffer, determinaron en algunos la búsqueda de *otro* cristianismo y el abandono de la vocación sacerdotal. ¡Cuántas veces, algunos de ellos, no se encontrarían quizá como sin brújula, hasta inseguros de su propia fe cristiana! Los famosos «*maestros de la sospecha*» habían tenido que comparecer –ellos, a su vez– ante la crítica tanto filosófica, como teológica; pero eso sólo valía para los que accedían con convicción a esta doble crítica efectuada ya con solvencia. Ello exigía un serio compromiso de estudio y reflexión. Pero, entonces nuestros jóvenes seminaristas medían todo con el rasero marxista de la «*eficacia*». Esta palabra era mágica y comprometedora. Todo lo demás era adscribible simplemente al prejuicio y a los gustos burgueses.

Precisamente entonces, esas influencias socio-culturales comenzaban a incidir en las masas creyentes. Para todos eran tiempos recios. En este año de 1968, una orden gubernativa prohíbe la convocatoria para aquella marcha nocturna de los jóvenes al Santuario de Arantzazu. Esta marcha era de carácter anual y de una concurrencia cada vez más multitudinaria. Sin embargo, la última convocatoria –dubitativa ya por parte de los organizadores– tiene lugar en 1969. En cambio, varios de nuestros seminaristas no dudaron en colaborar activamente en la celebración del neopagano Akelarre nocturno de Larraitz.

De cerca y de lejos nos llegaban noticias penosas: En Bizkaia, el Seminario de Derio se encontraba relacionado con la Cárcel de Zamora, específica para eclesiásticos. En Kanala, un grupo de curas del entorno queman ostentosamente sus sotanas. En Ondarru, la comunidad de Kamiñaspi se declara en cisma. En Navarra, el párroco y el coadjutor de Viana prefieren ser barrenderos del Ayuntamiento que *conservadores* y *custodios* de la iglesia parroquial y de su fastuoso tesoro artístico. En la Rochapea, atruena con furia el poeta y sacerdote Larrainzar proclamando su peculiar revolución. En un

Cursillo Nacional de Prefectos de Estudios, en reunión informal de los representantes de las cuatro diócesis vasco-navarras, un profesor del Seminario de Pamplona enfatiza: «*Aquí está visto que no hay más Dios que el hombre, ni más cielo que la tierra*». Ese afamado y superpoblado Seminario, de pronto se vacía por completo. De nuestro propio Claustro de Profesores de San Sebastián se nos secularizan nueve, dos de ellos señores canónigos.

De Alemania nos llega la noticia de que el Abad mitrado de un emblemático monasterio cuelga sus hábitos y su cogulla. En Suiza y en Argentina se secularizan sendos obispos. De Roma nos aseguran que nada menos que un dignatario de la Corte Papal se escapa también, proclamando que prefería su nuevo anillo marital en vez de su anterior abultado anillo pastoral. Una etapa perturbada y perturbadora. Una verdadera pena. Pero, en la historia, las cosas son como son, no como quisiéramos que fueran.

E. Hobsbawm –historiador británico del siglo XX– llega a decir:

«Desde los años sesenta del pasado siglo estamos inmersos en una revolución, la más profunda que haya ocurrido en la sociedad humana, desde la Edad de Piedra –revolución no política, ni social, ni económica, sino antropológica–. Incide, sobre todo, en el trastrueque de las relaciones humanas. No es tan extraña a esa luz la imagen absurda, irónica, surrealista y monstruosa que más de una vez da nuestra época. Nuestro mundo es un mundo en el que no sólo no sabemos a dónde nos dirigimos, sino tampoco a dónde deberíamos dirigirnos».

En un panorama de esta naturaleza Ignacio y, con él nosotros, teníamos que discernir. Teníamos que optar. Teníamos que actuar de forma que no se desarreglaran más las cosas. Ciertamente, a Ignacio –nuestro nuevo *señor Rector*– veíamos claramente que no estaba hecho para eso. Tantas –tantísimas– cosas le repateaban en su sensibilidad tanto religiosa como académica, estética y cultural. Todo ello en colisión también con su vivo amor a la tierra. Le tocó aguantar mucho. Con suma discreción sirvió a la Iglesia que, desde muy altas instancias, le pidió ese costoso favor.

Aún en aquella sombría época era, eso sí, una compensación tenerle de comensal en el refectorio. Alegre a pesar de todos los pesares, ocurrente y gracioso. Era un artista del relato. Le encantaba sorprender con sus golpes de gracia. Hacía gala de un repertorio inagotable de *navarrerías* y otras mil historietas. Contribuía a aliviarnos, mientras intentaba relajar sus propios nervios.

Por lo demás, en la excursión de fin de curso por la preciosa costa vizcaína, en el itinerario que va de Lekeitio a san Pelayo de Bakio, visitamos detenidamente bajo la guía del paleontólogo Dr. D. Jesús Altuna, la Cueva de

Santimamiñe (Kortezubi) y sus pinturas –la sorpresa de *Ekain* tendría lugar tres años más tarde–. Finalizamos el recorrido didáctico, tras de aquel medio centenar de animales, la mayoría bisontes y algún que otro caballo y un excepcional oso pardo. Entonces, bajo aquellas bóvedas pétreas, por sugerencia del poeta, miembro de Euskalzaindia, Dr. D. Juan María de Lekuona, el grupo se sumió en un rato de profundo silencio oracional sólo punteado por el impacto de las gotas de agua sobre la costra estalagmítica del suelo. Y, como final de esa meditación, en total oscuridad, cantamos el motete polifónico *O salutaris Hostia* de Lorenzo Perosi. La evocación eucarística nos envolvió en una sublime empatía con el pasado, presente y futuro de toda la humanidad y con toda la precedente historia de la naturaleza. Fue un valioso privilegio, un inolvidable momento de fe y de consuelo.

Vuelta al cauce propio

Superada esa penosa fase, Ignacio siguió de profesor aquí en San Sebastián pero, al mismo tiempo, en Vitoria y en Salamanca. De nuevo incesante investigador: en Simancas, Sevilla, Madrid, y en otros ricos archivos de Roma, además de en el celeberrimo del Vaticano, en el que se movía como por su propia casa.

Precisamente desde aquellos *años sesenta* preside el *Instituto Dr. Camino de Historia Donostiarra*, en el que despliega su celo por los estudios históricos vascos –guipuzcoanos y más en concreto donostiarras–. En los catálogos editoriales de la Institución aparece la copiosa eficacia personal de su título y de su tarea. Por otra parte, Ignacio que, de siempre estaba muy vinculado a la ilustre Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, unos años más tarde –desde 1993 hasta su fallecimiento– se hará cargo también de la dirección del Boletín de la Bascongada.

Ignacio se distinguía también por saber aplicar un magnánimo desinterés a algunos arduos trabajos de investigación. Tanto en el Seminario de Vitoria, durante los años de formación, como aquí, en el de San Sebastián, contábamos con el inestimable servicio de las *Hermanas de la Caridad de Santa Ana*. Congregación sumamente simpática y a la sazón floreciente en vocaciones. Como todos, Ignacio sentía intensa gratitud hacia estas Hermanas. Pero él, como nadie, pudo demostrarles esa gratitud.

Mucho tiempo atrás, se había iniciado la causa de beatificación de la Fundadora, la Hermana María Rafols –la heroína de la caridad en la ciudad de Zaragoza en los caóticos comienzos del XIX–. Pero, en Roma esa pretensión fue de pronto truncada para siempre con el fatídico *dilata*.

El castigo se debía a las presuntas revelaciones político-religiosas nada menos que del Sagrado Corazón de Jesús, a la Hermana María. El prudente examen de ese texto provocó el descrédito definitivo de la benditísima catalana. Para la Congregación era un severo disgusto y sin esperanza de posible superación.

Ignacio tuvo la corazonada de revisar, en diversos archivos, toda la documentación existente de los orígenes congregacionales y de la vida y muerte de la Fundadora. Logró una gran victoria: hizo brillar la absoluta inocencia de la Hermana María que, fallecida ya, nada tuvo que ver con aquella torpe superchería. Ignacio derritió el *dilata* y, tras el normal proceso, un 16 de octubre de 1994 la Congregación pudo exultar con la Beatificación de María Rafols por Juan Pablo II, en la basílica de san Pedro, en Roma.

Una grave enfermedad

Cuando menos pensábamos, Ignacio sufre una enfermedad grave y complicadísima. Le tocó ser un enfermo muy notable. Hizo de su enfermedad una obra de arte. Un *caso clínico*, el de la famosa *enfermedad de sus tapices*. Pero aquello no fue broma. Extrema gravedad. Inminencia de la muerte. Se le preparó, aquí en su Seminario, con detalle y con gran dolor, la Eucaristía de su funeral. Todo estaba preparado para celebrar a Ignacio como ya fugitivo en los nuevos cielos y la nueva tierra. Pero, ¡no! Nos deparó la gratisima sorpresa. Para unos cuantos años más se quedó de nuevo con nosotros. Con un bemo!: una notable disminución auditiva. Esto en las comidas con mesa grande le obligaba a refugiarse en alguno de sus dos inmediatos comensales al que poder hablar y no tener que escuchar. Su capacidad admirativa y su gratitud hacia cuantos colaboraron a su curación dejó profusamente consignadas en sus *Tapices de la memoria - Historia clínica 279.952*, editada por KUTXA, en 1991.

La apoteosis de uno de sus libros

Tras el paréntesis de esa larga enfermedad, Ignacio concluye un libro excepcional. Lo data con precisión el 31 de julio de 1982, fiesta de san Ignacio de Loyola, en su Ituren. *Ignacio de Loyola, solo y a pie*. Todo un éxito: edición tras edición y traducciones al francés, al italiano, al alemán, al portugués, al inglés, al polaco y al japonés. El P. Pedro Arrupe, Prepósito General de la Compañía, le hace saber que lo ha leído y vuelto a leer, y que considera una de las más bellas biografías de san Ignacio. El libro, sobre todo en su primera mitad, es todo un poema conmovedor. En aquella Europa caótica y, pronto,

sumamente belicosa, ¡qué gozo atender a cómo José Ignacio nos hace vivir la transformación espiritual de Iñigo! Luego, su irradiación y la polarización, en torno a él, de los primeros *socios* de la Compañía, compartiendo todos ellos la única e incondicional obsesión: ¡Jesús! Hicieron célebre el *de veras* ignaciano que iba a aportar a la Iglesia de Occidente la pléyade de notables seguidores, extraordinarios en saberes, en arriesgos y en santidad.

Con ocasión de esta publicación, José Ignacio registra con gozo una larga serie de testimonios que le llegan directamente de la influencia positiva experimentada por determinadas personas con la lectura de su libro. No podía menos de dejar anotada la noticia de esta fecundidad sobre el *palimpsesto* de la aseveración de su nonagenaria madre: «*a los seis meses de darte a luz te llevé a Loyola, para ponerte a los pies de tu Patrón*». Creo que, sin ningún énfasis, se podría decir que José Ignacio se sentía pariente próximo del propio san Ignacio y de su Compañía

Por lo demás, los años posteriores, siguió *genio y figura*, con sus investigaciones, sus clases, sus conferencias, sus múltiples publicaciones, sus viajes y sus adquisiciones de libros de interés –valoraba mucho incluso la buena encuadernación– para *su* biblioteca de nuestro Seminario.

Pero, ¿es que Ignacio no tenía defectos?

Como uno de los Obispos vascos proponía, acerca de esas fichas optimistas que se envían a la Nunciatura imaginándose el obispo ideal para la diócesis peticionaria: «*Además de todo ello, tan bello, deberían pedir también, que ese obispo deseado sea pecador y que sepa que lo es y que tenga defectos palpables para sí mismo y para los demás*». Sensato el Monseñor.

Pues bien, Ignacio, sensible y vulnerable, no olvidaba fácilmente los maltratos –muy pocos, por cierto– que su vida le deparó, desde tiempos juveniles. En esto no era único: hay otro Ignacio, el P. Ignacio Ellacuría –el mártir de El Salvador–, cuando presenta su espléndida tesis para el doctorado en Filosofía, en la Central de Madrid. Excepto Muñoz Alonso, nadie en el tribunal ha leído la tesis. Nadie, tampoco, tiene tan siquiera la deferencia de hacerle alguna pregunta al doctorando. El tribunal se retira acto seguido a deliberar. Sorprendidos por la osadía y la brillantez del joven Ellacuría, quieren darle una lección. Muñoz Alonso se las ve y se las desea para que, al menos, no le nieguen un sobresaliente, ya que le niegan el bien merecido *cum laude*. De allí a veinte años, a Ellacuría aquel episodio todavía le punzaba: «*El tribunal de empecinados escolásticos antizubirianos a poco me defenestran. Muñoz Alonso lo impidió*». Nuestro José Ignacio le hubiera comprendido perfectamente.

Por otra parte, Ignacio –tan espontáneo, tan comunicativo, tan expresivo– mostraba una cierta morosidad en la complacencia por la fecundidad de sus esfuerzos y la admiración que suscitaban, como, por ejemplo, desde muy joven por parte del propio D. Gregorio Marañón. Era muy goloso de su noble vida de investigador y publicista.

Como historiador que era y quería ser, Ignacio se ceñía al campo de la investigación y la docencia de lo propiamente histórico. En este campo, no rehuía los asuntos apasionadamente discutidos, como, por ejemplo, la conducta del Rey Católico en la anexión de Navarra a Castilla y la de Felipe II en el proceso del Arzobispo de Toledo. Pero lo suyo eran el rigor y el tema históricos. Podría decirse que tendía a sentirse des-ubicado en este otro momento puente, el del presente, que, por definición, vaga entre el pasado real conocido y el futuro todavía incierto. Así, con respecto a los *derechos humanos* –tan conculcados en su tiempo, lejos y cerca, desde un flanco u otro– su actitud habitual era la de confiarlos a la ciencia y pericia –tanto laicas como pastorales– de los profesionales o directamente responsables de lo social. De ahí que podría señalarse en él una cierta desafección –si no hosquedad– con respecto a su contemporaneidad, de cuya intemperie parecía querer refugiarse en el ámbito religioso y estético –para él casi hogareño– del siglo XVI, sobre todo.

Algo de esto le sucedía también, en buena medida, cuando el Consejo Pastoral y el Consejo Presbiteral de su diócesis –de los que era miembro– trataban de concretar el espíritu del Concilio Vaticano II en las orientaciones éticas, estéticas y religiosas para el pueblo fiel y su clero. Pero, tampoco en esto era el único. A otros ejemplares, valiosos, del clero guipuzcoano –grandes amigos suyos– se les veía también sufrir y disentir en esos nada fáciles esfuerzos de adaptación.

Con lo bueno que era, con la característica ternura de su corazón, con la hondura de su experiencia religiosa y de su refinada sensibilidad estética, necesariamente le perturbaba no poco la convulsa historia de su siglo biográfico y sus huellas de superficialidad, zafiedad e infidelidad cada vez más perceptibles. En una conversación amical –recuerdo– nos abrumaba a ambos la *glaciación religiosa* que se nos había echado encima y que nos tocaba padecer como presbíteros de cara a nuestra conciencia y a nuestras propias comunidades. Esa historia reciente muestra la herida abierta de unas catástrofes humanas, las más espantosas y masivas registradas jamás en ningún archivo antiguo. De hecho, las consecuencias de esa desolación, que tanto mal ha traído consigo, no son seguramente aún del todo visibles. También le afectaban mucho las noticias de la *geografía del hambre*, con su tristísimo ‘iconostasio’.

¿Una ficha acerca de su personalidad?

Esas tenues sombras resaltan el altorrelieve de sus virtudes. ¿Qué ficha podría yo firmar acerca de Ignacio? En síntesis, ¿cómo lo veo yo? Para mí, de primeras, era la personificación de los escarmientos históricos. Le caracterizaban una muy peculiar cautela o discreción al emitir juicios, como también la amplitud de miras y de horizontes. Pero, por supuesto, era muy amante de su tierra, de su costa, de sus valles y montes, en especial de la aguda cima abrupta y rocosa de la Trinidad de Mendaur. Erguida sobre su Ituren y sobre el Baztán y, por encima de esos valles, rauda avanzada hacia Francia y hacia Europa.

Era, sin embargo, más amante todavía de sus gentes de ahora y de antes. Fue idea suya la titularidad del Colegio Diocesano con el nombre del jesuita andoaindarra del siglo XVIII, P. Manuel de Larramendi. Le atenazaba la pasión por enriquecer nuestra memoria histórica local, modesta, por encima de imágenes míticas y contra errores, estratégicamente mantenidos.

Le caracterizaba un fino humor expansivo. Un humor a veces terapéutico: de fina y cálida ironía. Era divertido. Hábil contador de chistes y de *navarrerías*, sin ceder nunca a la chabacanería. Recio. Delicado. *Animal subridens*. Agraciado de rostro, de buena talla y buen tipo. De un evidente ‘hacerse querer’.

Fiel hijo de la Iglesia –para él bien conocida en su quebrada realidad histórica–. Era admirable por su extremada discreción en juicios y calificativos. Sabía transformar la adversidad en don y hacer de un menos un más. Sin embargo, era obvio que se negara, tajante, a aceptar su designación para obispo de Bilbao. Por lo visto, según uno de los actuales obispos: «*Cuando te ordenan obispo, pierdes calidad de vida*». Pero Ignacio hubiera perdido muchas otras y más importantes cosas. Gobernar no era lo suyo: lo pudimos constatar en los pocos años de su doliente rectorado en tiempos difíciles. Por lo demás, tener que exhibirse con vistosas hopalandas era todavía menos suyo.

Por otra parte, consideraba con admiración que, en su mismo siglo –no demasiado grato para él–, el pre-concilio del Vaticano II y el propio Vaticano II han constituido una época privilegiada con respecto a toda la historia de la Iglesia. Consideraba que un Concilio como aquel –en sí mismo tan bueno y con tanta voluntad de bondad– no había existido jamás a lo largo de toda la historia cristiana. Otra cosa era lo que, después, algunos hayan querido hacer de él en un sentido u otro.

En definitiva, ¿podría yo calificar a nuestro buen amigo como «*alma bella y corazón hermoso*»? Además de todo lo intelectual, laborioso y fecun-

do que Ignacio fue, en todo ello y desde todo ello, ¿no llegó a ser de verdad «*un alma bella, un hermoso corazón*»? A cualquiera de las celebridades no cabe aplicar tales expresiones. Cualquier hombre bueno e inteligente no es, sin más, un *alma bella*. Los *atributos trascendentales* no son sólo dos, sino tres: *verdadero* (*verum-lógos*); *bueno* (*bonum-agazós*); y el tercero: *bello* (*pulchrum-kalós*). Esa calificación –que pretendo defender para mi querido Ignacio– pide la presencia –en su ser y en su relacionarse– de ese tercer elemento, el de la estética (en su sentido original –no kierkegaardiano).

En medio de sus excelencias ética e intelectual –que en un alma bella no pueden faltar– creemos que florecían, connaturales en Ignacio, *una vivacidad y una gracia peculiares*. Afectaban en la vivencia del *gratum* a quienes lo trataban o lo recuerdan. Fulguraba en su personalidad la gratuita belleza interior. Sin excluir ni exigir el donaire corporal, fluía más bien en una graciosa agilidad de existir, relacionarse, de comunicarse.

Hay que tener en cuenta que, incluso se puede tener un gran sentido de la belleza plástica o musical y, sin embargo, no ser en absoluto un alma bella, sino todo lo contrario. Unos pocos recuerdos: Cellini (Benvenuto, 1500-1571), Caravaggio (Michelangelo Merisi, 1571-1610), Cano (Alonso, 1601-1667). Excelsos artistas los tres, fueron al mismo tiempo personalidades detestables: orgullosos y violentos.

Existe el arte de pensar bellamente (*pulchre cogitandi*) y de amar hermosamente (*pulchre diligendi*). *Pulchre*: bellamente. Para ello no basta preclara inteligencia ni acrisolada bondad. Con el siglo XII, la influyente Orden del Cister revaloriza este ideal de *belleza interior*. Para Bernardo de Claraval, es superior a todo ornato exterior. «*Pulchrum interius speciosius est omni ornatui extrinseco*». Ciertamente, no cabe duda de que, a este nivel, la propia vida es o puede ser *arte*. Puede y debe realizarse en la forma más estética posible; aunque un ser humano que cumple hermosamente, con la misión de su vida, no pueda llamarse artista en el mismo sentido que Goethe o Miguel Ángel. Creo que en este preciso sentido a Ignacio se le debe reconocer su condición de «*artista de su vida y de su corazón*».

Su atardecer, en el «arrabal de senectud»

Ya, en los dos años 1985 y 1986, Ignacio sufrió cursos intensivos de aprendizaje para el *bien morir*. Ejerciendo a la vez de hijo y de presbítero, le tocó despedirse primero de su venerado padre: «*Un final digno de él, lúcido y sin teatralidad, como si fuese a dormir la siesta*»..., y, después, bien pronto, le tocó también despedirse de su adorada madre: «*¡Cuándo fue la última con-*

versación, aunque fuese elemental...! Dejó de latir su cansado corazón, cuando declinaba ya la luz de la tarde».

Al final, cuando en plena vida comenzó a presentir la proximidad de su marcha definitiva, decididamente comenzó a expoliar su copiosísima biblioteca personal, entronizada con mimo en dos sedes: una gran parte en su domicilio de la Calle Usandizaga de San Sebastián, y la otra en la casa natal de su padre en Ituren. Con estas sucesivas entregas parciales de su biblioteca a su biblioteca del Seminario, quería dejar aliviada en buena parte su total entrega *post mortem*. Ahí, estos ricos fondos constituirán en un futuro próximo una sala dedicada a su memoria y presidida por su retrato realizado por Enrique Albizu.

Últimamente, por una segunda vez, después de mil preocupaciones por su salud, le ingresan en la Residencia Nuestra Señora de Arantzazu, el idéntico escenario de sus *Tapices*. Padece su lento pero definitivo declive con una soberana paciencia. En una de las visitas, lo encontré refugiado *–recoleta–* en el estrecho espacio entre el armario y la ventana, rezando el *Oficio de las Horas* (antiguamente denominado *Breviario*). En su fase final, requerido tantas veces: *–«Ignacio, estás sufriendo mucho, ¿verdad?»*. *–Su invariable respuesta era: «Es soportable».*

Al fin, esta vez, el 8 de marzo de 2008, no pudo menos de consentir en su morir *«con voluntad placentera, / clara y pura, que querer el hombre vivir / cuando Dios quiere que muera, es locura»*. Murió con una paz envidiable. Más suave que el océano invade los puertos en la hora de la marea, mejor que la luz de la aurora invade paulatinamente todo el cielo, el Cristo de la vida, se insinúa dentro de José Ignacio. Con mayor seguridad que la savia asciende en el cuerpo de las plantas en primavera, la vida del Resucitado se apodera de su corazón y destruye en él todo resabio de muerte. Se ha ido en paz, sabor de que puede presentarse ante Dios con plena confianza. No hay mayor homenaje de fe y de amor a Dios que esa incondicional confianza para con Él.

La muerte le ha sorprendido en el tajo, con multitud de tareas y proyectos entre manos, mientras seguían llegando paquetes de libros a su casa. Muy pocos días antes, escribió para la prensa un cariñoso artículo sobre el Padre Arrupe.

Expresamente deseó que sus despojos se sembraran *–junto a los de sus venerados y maravillosos padres–* en el entrañable rincón del planeta Tierra, su Ituren, a la sombra de la Trinidad de Mendaur. Ha llevado su corazón lleno de nombres contemporáneos y de tantas gentes de siglos pasados. Podría haber repetido la ocurrencia del Obispo emérito de São Felix (Mato Grasso, Brasil),

Pere Casaldaliga: «*Me preguntarán si he amado: en silencio abriré mi corazón lleno de nombres*».

¡Qué verdad profesaba su gran amigo, D. José Luis Ansorena: «*La vida es bella, cuando es bella el alma que la vive*»! Nada extraño que, tras su partida y, a pesar de su ausencia, a una con Jorge Manrique podamos decir: «*dejó-nos harto consuelo su memoria*».

José María Zunzunegui

Profesor emérito de *Fenomenología del Hecho Religioso* y de *Historia de las Religiones* en la Facultad de Teología del Norte, en la Sede de Vitoria-Gasteiz, y en el Seminario de San Sebastián



I Seminario de Historia de la RSBAP. 1985. Con Juan A. Garmendia Elósegui.



I Seminario de Historia de la RSBAP con Aizarna y Uría. 1985.



Actos Bicentenario del Conde de Peñaflorida. Tellechea y el Dr. Barriola, Director de la RSBAP. 1985.



II. Seminario de Historia de la RSBAP con G. Vives e I. Zumalde. 1988.



Lección de Ingreso de Luis Enrique Rodríguez-San Pedro. 15 de diciembre de 1988.



Con David Brading y M. Gárate. 1990.



La Ilustración “Ciclo de Conferencias”. Con el Profesor Antonio Domínguez Ortiz, y Aycart. Noviembre 1990.



Con E. Lluch y M. Gárate. 1990.



III Seminario de la Historia de la RSBAP. 1991.



Presentación del libro *Ser y saber modernos. El Conde de Peñaflores y la RSBAP (1729-1785)*, del P. Iriarte, introducción y estudios de J.I. Tellechea. 28-XII-1991.



Presentación del libro *La RSBAP y América* con López de Juan Abad. RSBAP. 1992.



Presentación en la Diputación Foral de Gipuzkoa de los Índices Completos del Boletín y de E.G.A.N. 1993.



Presentación de los Índices Completos del Boletín (1945-1992).
1993.



C. Torales y Tellechea. Presentación Seminario de México.
1993



Presentación Diputación Foral de Gipuzkoa. Congreso México 1993.



Guadalupe Jiménez Godinach, Urkia, Luis M.ª Mujika y G. Etxeberria. México 1993.



Colegio de Vizcaínas. 1993. México



Con Amaia Garritz y el Presidente de Euskal Etxea. México 1993.



Tellechea con Urkia, Eli Azurmendi, Aycart y Pilar Barba.
Seminario México 1993.



Lección de Ingreso de G. Vives. Sala Biblioteca Municipal, Plaza Constitución.
12 de enero de 1995



En México D.F., San Ángel Inn. 1995.



En Vizcaínas con Aycart. México 1995.



Acto inaugural I Seminario Peñaflovida. Toulouse 2000.



Seminario Peñaflovida. Toulouse 2000.



Toulouse. Universidad Le Mirail. I Seminario Peñaflores. 2000. Con A. Risco y el Rector de la Universidad.



Tellechea. Academia de Ciencias y Bellas Artes. Sala C. Isaure. Toulouse 2000.



Instituto Cervantes. Toulouse 2000.



Presentación del libro de C. Torales *Los Ilustrados en la Nueva España. Los socios de la RSBAP*. Biblioteca Dr. Camino. 2001.



En la conferencia de Miguel Cordero del Campillo en la Sala Dr. Camino con Luis Elízegui y Carmen Lobo. 2003.



En Santiago-etxea. Lección de Antonio Risco, con Fernando Salazar. Zumaia. 2003.



Presentación del libro *Astarloa en el II Centerario de la "Apología de la lengua Bascongada (1803-2003)"*. B. Sarrionandia, Tellechea, Alcalde de Durango, Urkia, Mujika y Astorgano. 2003.



Presentación del libro de Idoia Arrieta. “Ilustración y Utopía. Los frailes vascos y la RSBAP en California. (1769-1834)”. Aránzazu 2004.



Presentación del libro sobre *Simón de Berasaluce* de Félix Elejalde. KM. 2004.



Diputación Foral de Gipuzkoa. Aula de Bioética con el Dr. Etzaniz. 2004.



Presentación libro “La Sociedad Económica Vascongada de los Amigos del País y su segunda época. (San Sebastián, 1899-1944)” de J.M. Aycart. 2005.



Presentación libro de Aycart. 2005.



60 años de Boletín. Diputación Foral de Gipuzkoa. 2005.



Lección de Ingreso de E. Alcorta, con Urkia y Aranberri, Alcalde de Azkoitia. 2006.



Agosto de 2006.



Homenaje a Tellechea. Con Tere Zulaica de Zaragüeta. Loiola. 2006.



Homenaje a Tellechea, con el Decano de la Facultad de Teología de Salamanca. Loiola 2006.



Homenaje a Tellechea. Loyola. 2006.



Homenaje a Tellechea. Loyola. 2006.



Homenaje a Tellechea. Loyola. 2006.



Homenaje a Tellechea. Loyola. 2006.